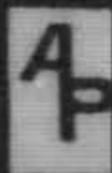


LOS PROFETAS DEL ODIO

EL MAPA
LA COLONIZACION PEDAGOGICA

A. PEÑA LILLO
- editor



ARTURO
JAURETCHÉ

ARTURO JAURETCHE

**LOS
PROFETAS DEL ODIO
Y LA YAPA**

(La colonización pedagógica)



A. PEÑA LILLO editor S. R. L.

© A. PEÑA LILLO, Editor S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en la Argentina

Printed in Argentine

- 1ª Edición Junio de 1957
- 2ª Edición Agosto de 1957
- 3ª Edición Julio 1967 (ampliada con la Yapa)
- 4ª Edición Setiembre 1967 (ampliada con la Yapa)
- 5ª Edición Marzo 1968 (ampliada con la Yapa)
- 6ª Edición, Abril 1973 (ampliada con la Yapa)

DIEZ AÑOS DESPUÉS
(A MANERA DE PRÓLOGO)

I

Para entender este ensayo, descifrar las razones del éxito en el instante de su aparición y el interés que continúa despertando, es necesario, en primer lugar establecer la situación del país en la época en que se publica; luego advertir sus cualidades ajenas al episodio político suficientes para otorgarle el valor que aún posee.

En Mayo de 1957 aparece la primera edición de "Los Profetas del Odio" a los dos meses la segunda. En el breve lapso se editan veinticinco mil ejemplares, número poco común para una obra que carece de la publicidad que brinda la estructura cultural del país. La vertiginosa difusión obedece, en consecuencia, a otras causas más profundas que las que surgen del aparato publicitario. Acaso la más evidente consista en atribuirle una perfecta condición de obra de circunstancias. Lo que no consiste en un error, aunque restrinja al plano de lo ocasional del momento político, situaciones en que éste se anuda con sus antecedentes inmediatos, con la historia y, de manera fundamental, con la estructura cultural del país. Operan, además, en el conjunto de factores, el lector acuciado por la crisis y, por qué no, la personalidad del autor.

En los veinte meses transcurridos desde el 16 de setiembre del 55, la restauración liberal victoriosa en la instauración de

sus formas económicas, transitaba de fracaso en fracaso al pretender idénticos resultados en lo político. La resistencia contra el sistema no sólo movilizaba a los vencidos por la revolución. Al mismo tiempo sus iniciales partidarios, fervorosos creyentes en los estribillos ideológicos liberales, advertían la paulatina erosión de sus ilusiones democráticas. El inmediato pasado, diez o quince años a lo sumo para una generación todavía joven, resolvíase en las torpes contradicciones impuestas por la realidad política.

El argentino que abre los ojos a la vida del país en los últimos años de la década del treinta, se encuentra sumido en un entrevero ideológico en el que el país no existe. El imperialismo instalado, a través de sus personeros, en el manejo de nuestros intereses reproduce los términos de la contienda internacional. Por un lado la "barbarie nazifacista", por el otro la "democracia y la libertad", la "civilidad" contra el "militarismo". Al desencadenarse la matanza, la propaganda moviliza su arrolladora maquinaria. La tradicional dependencia de la Argentina, gobernada por los abogados de la libra o del dólar la ubica en el bando de la "democracia". El otro sector, integrado también por miembros de las clases altas, reacciona a favor del nazismo obedeciendo a consignas tan extrañas al país como las de su oponente por más que agite una bandera nacionalista. Mientras "nazis" y "democráticos" disputan en el idioma de los patrones internacionales, la mayoría del pueblo permanece al margen, indiferente al desnaturalizado conflicto. Me refiero a una mayoría popular inmunizada contra las agresiones ideológicas, por la simple razón de no haber padecido las deformaciones espirituales de los beneficiarios de la "cultura". Estos últimos, productos de la escuela media o de la Universidad, soportan el fuego cruzado de ambos bandos. Permanecer neutral resulta casi imposible, significa ingresar a una tierra de nadie agredida por ambos contrincantes. Los diarios, los compañeros, los profesores, el agradable rostro de la vida "libre" conducen a adoptar una actitud, en la mayoría de los casos, favorable a los defensores de la libertad. Moreno, Riva-

davia, Sarmiento, Mitre, aparecen junto a los políticos que a la sazón dirigen la batalla contra Alemania. En la misma selección de los "próceres" nativos se pone especial cuidado en preferir a los "civiles"; cualquier manifestación militar cae bajo la sospecha de nazi. La formación histórica, la presión del medio social y cultural, la identificación del actor o la actriz de moda con los personajes de las bélicas epopeyas cinematográficas, configuran una carga, racional y subjetiva, demasiado pesada para que el joven de la clase media universitaria no sucumba bajo su peso.

Al producirse la caída del "nazi" Castillo, durante un breve período el gobierno revolucionario despierta las esperanzas democráticas. Serán, empero, los profesores universitarios, junto a ocasionales aliados, quienes inicien la oposición contra los nuevos gobernantes, esta vez con alguna razón, por las simpatías que éstos experimentaban a favor de los dictadores de derecha europeos. Los ridículos sueños virreynales de algunos funcionarios, el hispanismo colonial de otros y las prusianas veleidades de ciertos militares, integran un panorama lleno de confusión que servirá a los democráticos para calificar en todo su transcurso a la revolución del 43. Alineados en sus propias trincheras, escasos serán los que lleguen a evolucionar; por el contrario cada episodio endurece los antagonismos, fomentados por los combatientes de ultramar y sus servidores locales.

Los "democráticos" incapacitados por su distorsión ideológica, no alcanzan a reconocer el valor de las masivas manifestaciones de octubre de 1945. La democracia es patrimonio de los democráticos. El pueblo, por numeroso que sea sigue los pasos de un militar, en consecuencia, el pueblo es nazi. La puerilidad del razonamiento mantendrá idéntico vigor diez años después. Será entonces cuando la genealogía de los vencedores se pondrá de manifiesto, los inmutables próceres presidirán el "reencuentro", idéntica "civilidad" repetirá los estribillos reconocidos, subsistirán idénticos los odios.

La misma clase que en la "Junta de la Victoria" brindaba por las armas de "Papacito Stalin" obedece al mandato democrático de sus verdaderos patronos, enfrentados con el antiguo y venerado compañero. El comunismo podrá ser el enemigo internacional, mas aquí dentro de la frontera del país actuará como democrático aliado contra el enemigo nacional de los privilegios de clase, uniránse con el fervor de los tiempos de la batalla de Stalingrado contra el "nazismo criollo", contra el "totalitarismo militar". Sólo que en esta nueva alianza andarán junto a los democráticos y sus amigos de la izquierda los frustrados hispanistas, los nacionalistas de derecha.

Si me detengo a describir los hechos señalados es porque considero necesario conocer los antecedentes que ordenaron ideológicamente a la revolución del 55. Se ha convertido en un lugar común, afirmar que cada argentino preocupado por la condición dependiente del país, debe recorrer un ineludible camino de Damasco. Educado para publicano, un día descubre la vocación apostólica estrechamente unida a la irredenta situación de la Patria. En la enturbiada realidad política se confunden los perfiles de muchos antagonistas. Es verdad que detrás de las palabras prestigiadas por la propaganda, como democracia y libertad, se esconden los más formidables intereses económicos. No menos verdadero es que las ideologías se condicionan desde los centros de poder económico, regulándose al servicio de su objetivo. A pesar de ello, jamás hubiesen triunfado sin la protección de la máscara ideológica. Sólo que es menester señalar el carácter de las diferentes clases que integran la sociedad argentina, en relación con la proclividad a adquirir ideologías.

La clase alta y la clase obrera —la oligarquía y el pueblo— conocen el tamaño de sus intereses; poco propensas a la metáfora, acostumbran a llamar las cosas por su verdadero nombre. Rara vez yerran en la elección del instrumento para alcanzar sus objetivos; distinguen, en lo más confuso del entrevero cuál es el verdadero aliado y cuál el meramente ocasional. La clase media en cambio, colindante en sus extremos

con las otras dos, actúa bajo la presión que le imponen ambas, en la beligerancia que las enfrenta. Condicionada por la estructura económica imperante y por la dependencia internacional del país, conoce de una manera rudimentaria la injusticia social que la sostiene. Se rige en los aspectos primarios de la vida por las pautas de sus vecinos de arriba, mientras procura idealmente comprender las necesidades de los de abajo. Educada dentro de la tradición pedagógica del liberalismo, por maestros elegidos en mérito a la adhesión al régimen, culturalmente subordinados a las metrópolis del prestigio mundial, la clase media padece íntimas contradicciones, cayendo, en procura de su expresión, en las trampas ideológicas tendidas a su paso. Escindida por la artificial antinomia izquierda-derecha, pretende reconciliarlas en lo social y económico, le preocupan la libertad y la igualdad en términos individuales, éticos, como propone la tradición liberal. Planteado el problema, su único fundamento se encuentra en la ideología que por serlo carece de raíz nacional.

Toda nuestra historia reproduce el mismo enfrentamiento entre la ideología y el "hecho". Al cabo la verdadera versión de civilización y barbarie. Ibarra devolviendo el "cuadernito", como designa a la Constitución que le ofrece el galerudo Tezanos Pinto; Sarmiento, indignado bajo el peso de su uniforme de oficial europeo, por el poncho y el espléndido emprendado de Urquiza, muestran, en lo mejor de la anécdota, el desencuentro entre el formalismo racionalista —ideológico— y el irracionalismo de una realidad sin medios de expresión lógicos.

Ni el pueblo ni la oligarquía, repito, se dejan engatusar por la sonora pomposidad de los idealismos vacíos. El pueblo por ser protagonista y promotor de los "hechos" nacionales, inexpresados, hasta ahora por lo menos, en forma doctrinaria. La oligarquía tampoco cae en el engaño ideológico. Si alienta el uso de un lenguaje cargado de connotaciones formalistas, lo hace respondiendo a los intereses internacionales que representa, cuya expansión mundial aparece acompañada por un léxico que disimula sus estrictas ambiciones económicas.

De la clase media confundida por los años de lucha, proviene la mayoría de quienes gobiernan durante la revolución del 55. Debe recordarse que no solamente los civiles pertenecen a dicha clase, sino la mayoría de los miembros de las fuerzas armadas. Merece un trabajo aparte el esclarecimiento de las relaciones que dentro de los cuadros castrenses posee, junto con la formación pedagógica, el origen social de sus integrantes. En este Prólogo interesan los civiles, porque son ellos quienes movilizan el episodio político durante el cual aparece el ensayo de Jauretche.

El lapso trascurrido hasta mayo del 57, muestra el verdadero rostro de la democracia y de la libertad. La intromisión descarada de los intereses antinacionales y la presencia de sus personeros en las funciones de gobierno, no deja ninguna duda sobre el carácter oligárquico del movimiento. Se desvanecen las ilusiones libertarias alimentadas durante los años de huelgas estudiantiles, de corridas callejeras. Paulatinamente la euforia se trueca en escepticismo o violenta crítica. El oficio político, la necesidad de captar con fines electorales la buena voluntad de los antiguos adversarios, conduce a un intercambio de opiniones, a contactos humanos, que afirma a éstos en sus creencias y desubica a los otros cada vez más con relación al pasado. Los guiones políticos caen en el descrédito, sostenidos solamente por un sector que permanecerá inmune a las enseñanzas de la crisis. Al abrir la nueva instancia a la comprensión del ensayo nacional que acaba de clausurar, la ideología liberal ha consumado ingenuamente su propia derrota. En ese instante aparece "Los Profetas del Odio".

Al revelar lo endeble de la estructura liberal, la crisis política arrastra en su derrumbe a los supuestos históricos que la sostenían. Jauretche, con gráfico humor exclama en otra parte: "Flor de revisionistas estos libertadores". Efectivamente, la repetida apelación a la similitud con Caseros, provoca, en términos históricos, una reacción parecida a la que se producía en lo político. Entran a tambalearse los ídolos de la "civilidad", se reconoce la brutalidad de las agresiones imperialistas,

el Estado recobra su prestigio como órgano realizador de una estrategia nacional, se advierte, en fin, la falacia de un régimen fundado sobre la ignominia. Permanecía aún, sostenida por el largo prestigio acumulado, la regencia cultural de los figuras de nuestras letras y de nuestras artes.

Producida la fractura del régimen, desaparecen los motivos que impedían escuchar las voces de cordura provenientes del sector nacional.

El soldado de Paso de los Libres, el casi legendario fundador de FORJA, conservaba, a pesar de su militancia en el "totalitarismo" derrocado, un singular prestigio derivado de su persona más que de su obra. Poseía esa condición tan argentina de reconciliar en una índole aparentes opuestos. En él coincidían el coraje y la cultura, insertados en una conducta invariablemente fiel a la Patria.

La torcida máscara ideológica permitía que asomase el perfil de los intereses antinacionales, provocando una fervorosa —acaso— ingenua reacción en los redimidos liberales. La mera formulación teórica de otros tiempos cedía a la presión de un medio político ávido de un idioma que lo expresase. Un idioma nacional, argentino, agresivo, contra la entrega y como medio de afirmación de la conciencia nacional. El patriotismo, en ocasiones primario, deformado por los intereses de grupo, casi siempre, encuentra un vacío espiritual propicio en el desplazamiento de las ideologías liquidadas por la realidad y en la desvergüenza del gobierno que justifica la reacción.

El personaje, el hombre Arturo Jauretche encerraba en su índole las calidades que en el momento exigía a quien pretendiese hacerse oír. Restaba conocer su capacidad para captar en la contingencia política la raíz cultural —en una acepción muy especial de la cultura— deformada por el estéril mimetismo de unos y con el deliberado objetivo de otros.

Sin "Los Profetas del Odio" —aludiré más adelante a otras obras— la crisis liberal hubiérase resuelto en términos exclusivamente políticos. Los conversos habrían levantado ca-

dalsos para exterminar a sus ex cofrades en un vertiginoso tránsito del desenfrenado liberalismo al extremo opuesto. Un simple cambio institucional expresaba, sin más, el sentido de la conversión. Restaba la investigación profunda, que encontrase en las causas culturales el motivo de la deformación paralela ocurrida en lo político.

En "El Plan Prebisch. Retorno al Coloniaje", aparecido poco después de los sucesos de setiembre de 1955, anunciaba Jauretche las consecuencias que acarrearía al país la aplicación de las medidas económicas aconsejadas por el conocido personaje. Sus profecías se fueron cumpliendo con dolorosa exactitud.

En "Los Profetas del Odio" encara otro de los perfiles de la deformación del país. El tema es viejo, bien conocida la habitual actitud de los intelectuales acolchados en su torre o bajo la cama, donde no llega el bochinche de los que sufren, pelean, viven. La novedad en Jauretche consiste en que su crítica es la de un intelectual —muy a pesar suyo— comprometido con su condición humana y nacional. Irreconocible para la generalidad de los cultos en su calidad de intelectual, al no encontrar su lenguaje y su método en los métodos de la denominada "cultura". El mismo reniega del calificativo casi injurioso para quien conoce las traiciones que esconde, prefiere el menos prestigioso de político, sin advertir, o sin decir, que la cultura es un instrumento de la política, para bien o para mal, depende de la concepción del intelectual y de los objetivos que se proponga. Toda la crítica a los personajes que desfilan por el ensayo obedece a este concepto de la política cultural, contraria a la simulada asepsia de quienes construyen sobre el país, ajena, lejana, ficticia, una cultura instrumentada desde afuera.

Jauretche se introduce en el centro del proceso deformante, sigue la trama de la intrincada urdimbre y, con la contenida prudencia y la ironía del criollo, argentiniza una nueva concepción de la cultura. Habla el idioma de sus compatriotas, antiguos adversarios unos, desamparados camaradas otros, pai-

sanos y puebleros, "nacionalizados" todos, dispuestos a escuchar.

Ahí, en ese vértice de comprensión, se perfecciona el carácter de obra de circunstancias de "Los Profetas del Odio", justificando al mismo tiempo, su instantáneo éxito.

II

La obra de circunstancias ingresa en la "perennidad" por razones estéticas o por reproducir un tema de constante interés. La forma recobra de la actualidad el instante fugaz, para concederle una existencia perdurable, de la misma manera que la raíz histórica de un tema, le otorga valor permanente. En "Facundo" o "Martín Fierro" ambas condiciones, tema y forma, fuertemente unidas sustráense de la circunstancialidad que las origina, proyectadas al más alto plano de lo perdurable, ingresando al ámbito de la clasicidad. Lo actual no excluye la trascendencia hacia lo permanente ni la intención de lograrla, por el contrario, esta última acompaña a cada empresa humana como legítima y entrañable aspiración.

El valor circunstancial, ya indicado de "Los Profetas del Odio", permite interrogarse si logrará otro similar que trascienda el instante que lo engendró. No se trata de profetizar en torno a la sobrevivencia y el éxito de la obra, sino de desentrañar la sustancia perdurable que posee.

En las escasas páginas que Jauretche dedica a describir la vida del campo, de la estancia vieja, de los paisanos desterrados en las orillas de los pueblos y de las últimas patriadas orientales, se enlazan tres condiciones de este ensayo que le otorgan perdurable valor. Me refiero a la forma, el lenguaje y el método.

El estudio de una realidad nacional exige el método idóneo para indagarla y la forma de expresión adaptable a sus peculiaridades. La historia de nuestra cultura consiste en una repetida deformación de los métodos y de las formas. La pre-

sencia de Occidente, con todo su prestigio, se cierne sobre los intentos de originalidad nacional. Por un lado el indefinido rostro de la realidad propia, exclusiva, espontánea, inarmónica. Enfrente, la subyugante imagen de la deliberada, racional y ajena cultura. La cultura provee de instrumentos cuyo uso sirve, si se conoce la manera de adaptarlo, para alcanzar particulares objetivos. Pero insisto, son instrumentos, simples medios, carecen de finalidad propia. La dificultad comienza cuando el instrumento aun adecuadamente utilizado no prevé la existencia de una realidad desconocida o novedosa. Es entonces cuando el paisano recorta la hoja del sable adaptándola a su forma de pelear a caballo, originada por la manera de sentarse en el recado nacida, a su vez, de la necesidad de poseer una montura que sirva al mismo tiempo de improvisado lecho. Sable "rebajado a cuchillo", cama, forma de estribar en el recado, condicionados por un "ámbito de destino" que configuran la realidad nacional. Objetos de cultura indiscriminados en cuanto a su utilidad, que el paisano, inmune al prestigio del medio cultural que lo produjo, puso al servicio de su peculiar situación. La carencia de normas que distorsionan las dictadas por la realidad inicia una "cultura" primaria, a la espera de medios expresivos más elevados, sin despojarla de las propias esencias.

La cultura no consiste en el blanduzco menjunje, elaborado para consumidores sin dientes ni capacidad digestiva, impuesto por Occidente, respetado por nuestros intelectuales en el papel de correctores de pruebas, que agregan un acento o modifican algún signo. El texto permanece inalterable y ajeno.

Detrás de la formidable cultura occidental se advierte la existencia de las múltiples culturas nacionales. Cada una representa un largo proceso en el que subyacen íntimamente abrazados los valores del espíritu y los objetivos políticos de cada país. Una constante lucha por la hegemonía en la que la cultura es eufemismo de "política cultural" y ésta una eficaz servidora de los intereses menos espirituales de cada nación.

De la multiplicidad de políticas culturales surge la construcción occidental, en la que convergen los rasgos que enhebran la comunidad histórica de intereses y el paulatino agotamiento de las perspectivas particulares de cada entidad nacional en los términos que permitieron el ascenso a la grandeza. La expansión imperialista se produce apuntalada por el desarrollo de teorías científicas o filosóficas que racionalizan el proceso, confiriéndole argumentos aparentemente no comprometidos con los intereses en juego.

Estupidez o deliberada ceguera, impiden al intelectual percibir detrás de las creaciones del espíritu las caravanas de mercaderes, de aventureros y de soldados sosteniendo la "barbarie" de sus inmediatos intereses. Del triunfo o del fracaso de estos "bárbaros" depende la difusión de la literatura o el arte de un país. La cultura, en su comprometida intimidad con las fuerzas que la rodean, se convierte así en ideología de la estrategia política.

La mutua dependencia existe, con mayor vigencia aun entre nosotros. Principalmente la historia ha servido como instrumento de la deformación cultural. La "ciencia histórica" manejada por los admiradores de la ciencia se transforma en chirle novela plagada de prejuicios ideológicos. Mas no solamente la historia, la literatura, el arte, la sociología, la filosofía, se contagian las angustias, los temas y los espasmos nacidos en los centros de prestigio mundial.

El uso de cierto léxico exige una inevitable fidelidad lógica. Las palabras se convierten en trampas de las cuales resulta difícil evadirse, traen del orbe cultural que las genera el poder de transportar, casi mágicamente al lugar de origen. Al mismo tiempo conducen al tema propiciado por un juego en el que la semántica se transforma en una especie de cárcel del espíritu. Tema y léxico entran en un círculo vicioso, en el que el contorno social, político o cultural, desaparece por no encajar en el plano en que aquéllos actúan, resultando indescriptibles por carecer de una terminología apta. Como si la realidad se colase por debajo —o por arriba— del lenguaje. Podría

escribirse una extensa serie de palabras, utilizadas y difundidas por nuestros intelectuales, con las que resulta sumamente arduo describir el carácter del pueblo argentino o indagar los problemas del país. Al cabo, lo que en gráfico lenguaje popular se denomina "hablar en difícil".

Dice Jauretche: "En el lenguaje llano de todos los días, hilvanando recuerdos, episodios o anécdotas, diré mis cosas como se dicen en el hogar, en el café o en el trabajo. Seré muy feliz si el lector adquiere, en esta modesta lectura, el hábito de someter las suyas a la crítica de su modo de pensar habitual, utilizando la comparación, la imagen, la analogía y las asociaciones de ideas con que se maneja en su mundo cotidiano. Le bastará esto para salir de la trampa que le tienden los expertos de la cultura".

Primero la anunciación de un modo de pensamiento propio, en el lenguaje de "todos los días"; luego el método humilde en apariencia, aunque tenso, como la armada de un lazo, listo en la mano diestra para que no se escapen las ariscas formas de una realidad insólita, para los occidentales cazadores de mariposas. Por último el consejo dirigido a escapar de los tramposos expertos que Jauretche conoce tan bien.

El párrafo es un modelo de la teoría de Jauretche. Ni una palabra cuyo significado oscuro limita la comprensión del más humilde de los lectores. El estilo conversado, cordial, "entrador", para que nadie crea que los temas trascendentales que se van a tratar pertenecen a un mundo esotérico de especialistas o de magos. Son los temas del país, escamoteados con terminología difusa, escondidos detrás de un muro de acepciones remotas.

En el "Martín Fierro" el lenguaje pertenece a la índole del personaje y a la realidad cultural y política que lo circunda. Su éxito, a pesar de las imbecilidades de los críticos, proviene del reconocimiento inmediato del lector. La clave, no simple retórica, la da el mismo Hernández cuando desliza el "Pa que me entiendan los criollos" de las estrofas finales. Al margen del intencionado diálogo con sus lectores permanece-

rían los intelectuales, desde Carlos Octavio Bunge y Tiscornia a Martínez Estrada y Borges, que continúan sin entender el "Martín Fierro". Intentarán aproximarse a la obra, producirán innumerables glosas, acaso aporten eruditas investigaciones filológicas empero, la trama íntima, las alusiones a aspectos únicos de la vida del paisano, las alegrías y las penas del gaucho, permanecerán tan ajenas como para éste las angustias occidentales o las inquietudes "nórdicas" de los pobres intelectuales.

Otro ejemplo lo brindan las letras de tango. La realidad es descrita con palabras que le pertenecen. El abandono de la mujer amada llorado en todos los idiomas, adquiere una indudable ubicación cuando se dice: "Percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida". El esquinado mirar de un personaje significa "Como con bronca y junando de rabo de ojo a un costado". El lenguaje y el tema se prestan mutuo apoyo; imposible perderse en ajenos laberintos con palabras que se anudan a la propia circunstancia.

Vale la pena, de paso, aludir a la reciente incorporación como autores de letras de tango de ciertos intelectuales. Se me ocurre, sin negarle méritos poéticos, que el oficio de escritores les vedará introducirse al lenguaje del tango. Excluirán ripios sin comprender que el sentimentalismo popular suele ser ripioso. No se atreverán a describir una nostalgia expresando: "El alma está en orsai, che bandoneón".

La originalidad de Jauretche en "Los Profetas del Odio" consiste en señalar con el ejemplo de su estilo una nueva manera de indagar nuestra cultura. Las palabras que transcribimos más arriba agotan su exposición metodológica; no se detiene a informar sobre el modo de investigar. Simplemente lo hace, sirviéndose de las figuras intelectuales más representativas.

Al unir los aspectos políticos con los culturales, en la deformación expresada por los personajes elegidos, presenta la faz oculta de una tergiversación de lo nacional. La cultura deja definitivamente de pertenecer a sus exclusivos propietarios, de-

rrúmbase la máscara de respetabilidad con que disimula sus patrañas. Ingresa, de este modo, al campo de las situaciones habituales, empapadas por la diaria, hirviente actualidad. El oropélico disfraz de tantos intereses políticos, convertido en harapos, permite distinguir la verdadera imagen de innumerables empresas malversadas. Consumada la quiebra liberal en el fracaso de la restauración oligárquica, la cultura adquiere un renovado valor: Se le acusará, con razón, de servir a la frustración de lo genuinamente argentino, más instantáneamente, al redescubrirla, se convierte en la causa eficiente que motiva y promueve el descubrimiento de la Argentina histórica. Sustráida de su enervamiento recobra la exacta dimensión del país. Comienza un período de formidables proyecciones, en el que los sepultados ídolos asumen el papel de ejemplos negativos. La cultura, supuesta actividad de los cultos, aparece limpia de excrecencias extrañas. Convertida en verdadera "industria argentina", ávida de "materias primas" de origen nacional.

Acrecentadas las perspectivas de investigación por el novedoso camino a recorrer, nace el compromiso espiritual con el país que exige aplicar el método sin concesiones ni prejuicios. Revélanse de a poco nuevas verdades que a los intelectuales del liberalismo resultan excesivamente restringidas por lo que ellos llaman "provincianismo", sin entender que las verdades culturales son provincianas, en tanto dimanar de un momento histórico, en un lugar del mundo. Lo importante, en todo caso, consiste en que la provincia transite desde su condición menuda a la nacional, arrastrando en el fascinante itinerario la integridad de sus logros, hasta conferirles carácter universal.

Así se alcanza a comprender el significado trascendente del "Epílogo montevideano" de este ensayo. Jauretche, en páginas aparentemente nostálgicas, ofrece —sobre todo sugiere— la visión integrada por la política y la cultura de la despedazada Patria Grande. El "provincianismo" nacional convertido en ariete que destruye las superestructuras sostenidas por "derrotas presentadas como victorias". El lenguaje contenido, peligroso y exacto, transfigura la aparente nostalgia en riesgosa profecía

I I I

Los diez años transcurridos muestran el trayecto de la conciencia nacional enriquecida por incesantes aportes. El régimen instaurado compulsivamente conserva el poder sin autoridad ni prestigio, mientras un país verdadero, sin oficializar, abrumba con la dimensión de sus obras a las tímidas y gesticulantes defensas del sistema.

Dice Alfred North Whitehead: "En cada período ha existido un tipo general de formas de pensamiento, este tipo es tan traslúcido, tan penetrante y tan aparentemente necesario que solo podemos adquirir conciencia de que existe mediante un esfuerzo "extraordinario". Las palabras del filósofo inglés se adecuan a nuestra repetida situación durante largos años. Sometido a las normas dictadas por una política cultural, el pensamiento de los intelectuales argentinos obedecía a una ficticia "necesidad", la insurrección, producida por el "esfuerzo extraordinario", provoca en un lapso extremadamente breve la caducidad de notorios prestigios y el ascenso de valores que permanecían soterrados.

En el mismo año de 1957, poco tiempo después de publicarse "Los Profetas del Odio", aparecen "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" de Jorge Abelardo Ramos e "Imperialismo y Cultura" de Juan José Hernández Arregui, dos extensos ensayos imprescindibles para entender las razones profundas de nuestra subordinación espiritual. Las tres obras completan un panorama de la falsificación cultural, enraizada en la historia, desde el cual se inicia la nueva visión del país. Innumerables son los ensayos, novelas, cuentos, investigaciones en general, animados por una idéntica voluntad de expresión nacional, publicados durante los últimos años. Bastaría señalar que desde la fecha indicada hasta la reciente aparición de "El Banquete de Severo Arcángelo" de Leopoldo Marechal, sólo los autores del sector nacional han producido obras de verdadero valor. En el liberalismo cunde una esterilidad traducida en la falta total de aportes de reconocida calidad. La única

expresión consistiría en "Sobre Héroe y Tumbas" de Ernesto Sábato, sin que le quepa el calificativo de liberal a su autor, sino más bien el de "aceptado" por la superestructura cultural.

Al tiempo no solamente lo miden las horas o los años, arbitrarias divisiones establecidas por el hombre para "Saber lo que ha vivido o le resta por vivir". Son los acontecimientos que modifican una época los que indican el paso del tiempo o producen la impresión de lejanía de sucesos cronológicamente cercanos. La insurrección espiritual de los últimos años se alza vertical ante un pasado que parece remoto, perteneciente a otro siglo. La obra de una nueva generación de argentinos comprometidos con los problemas del país, relega hacia el olvido los nombres de los usufructuarios de la colonización intelectual. Se conoce el aparato publicitario, que ya no funciona para ellos con la matemática precisión de otras épocas. La fama, el prestigio o la gloria no esperan el espaldarazo de las academias o de la gran prensa, el lector, el público, por qué no el pueblo, es quien las concede sin esperar el juicio de los caducos pontífices de la cultura.

Los "diez años después" cobran la dimensión de los logros alcanzados, mientras ingresan a la penumbra definitiva los autores y cómplices de la torcida imagen del país.

I V

Pertenezco a la generación descrita en las primeras páginas de este prólogo. Conozco, en consecuencia, el itinerario que, partiendo del liberalismo, conduce a través de la reflexión y del ejemplo ajeno a descubrir el verdadero perfil de la Argentina. Por las mismas razones fui, naturalmente, adversario de Arturo Jauretche, hasta que aprendí en su vida y en su obra, junto a la de otros hombres, a comprender a mi país. Esta breve confesión final explica, mejor que extensos argumentos, el encuentro del liberal equivocado, ejecutor ingenuo de su propia derrota en el '55, con la conciencia nacional encarnada en uno de sus más ilustres sostenedores.

JUAN CARLOS NEYRA

MIS PADRINOS (1)

“Y los pobres ignorantes se encontraron que tenían mejor cosa que aprender; y se prestaron a ello mucho más que sus compatriotas educados, por lo mismo que no tenían nada que desaprender”.

C. K. Chesterton, “Pequeña Historia de Inglaterra.

*¡Qué gente que sabe cosas la gente de este albardón!;
¡qué gente que sabe cosas, pero cosas que no son!”*

R. P. Leonardo Castellani, en “Cuentos de Margarita Ofelia y Cuentos de Fantasma”.

“Es mejor que aprender mucho el aprender cosas buenas.”

José Hernández, “Martín Fierro”.

“¡Libros! —decía— ¡libros! ¡Lee uno tantos, pero trata con tan pocas personas y conoce tan poco del mundo!” “No puede usted figurarse la cantidad de libros que existe. Debo de haber leído veinte o treinta toneladas de libros durante estos últimos cinco años. Veinte toneladas de raciocinios. Y cargado con este lastre lo echan a uno a vivir.”

Aldous Huxley, “Los escándalos de Crome”.

(1) Como alguien dijo de este libro, cuando su primera aparición,

que era un elogio del analfabetismo, para redomonearlo, ahora me he buscado padrinos —el cura y el gaucho— que van al medio de estas citas y paleteándolos, traigo dos “gentlemen riders”.

Como no hay que confundir gordura con hinchazón, tampoco hay que confundirla con empacho, que es el que viene de leer mucho sin digerir.

Este libro trata precisamente del empacho. Y como los “doctores”, en esta materia, suelen cederle la derecha a los curanderos, me atrevo a intentar quebrarlo con unos tironcitos...

INTRODUCCION A LA PRIMERA PARTE

Deseo que Ud. entre en este libro como en su casa. Ya pasó la tapa que es el umbral, y ahora está en la cancel, que es este capítulo preliminar.

Aquí, en la cancel, debo advertirle que esta casa tiene dos puertas y usted está entrando por la del frente que es "Los profetas del odio" que se reedita, ampliado y corregido. Pero intento que usted vaya más adelante entrando por la puerta trasera. Por eso su "Yapa", que es "La Colonización Pedagógica", ahora incorporada. Así conoceremos dinámicamente el aparato de la superestructura cultural del país, alternando el viejo material del libro con el nuevo.

Será como en el teatro. Solo que veremos la acción y los personajes desde la platea, pero también de telones adentro. Así conoceremos los fosos, las parrillas, las poleas, los telones y teloncillos, las bambalinas, los maquinistas que mueven todo eso, el apuntador que desde su concha sopla el recitado, los instrumentos para los efectos sonoros —del canto de los pajarillos literarios al trueno tremebundo de los expertos y sabios—, los efectos luminosos —que destacan lo que se quiere que brille y ocultan lo que se disimula— y hasta el bombero de guardia. Descubriremos los afeites que embellecen los rostros a la luz de las candilejas, los papeles dorados y las cuentas de vidrio que son el oro y los diamantes de la farsa y las espaldas de hojalata de los reyes y guerreros, así como los zancos y los coturnos que hacen altos a los petisos, las

pelucas que lucen las cabezas de los calvos, todos los recursos, en fin, de la comedia.

A la estructura material de un país dependiente corresponde una superestructura cultural destinada a impedir el conocimiento de esa dependencia, para que el pensamiento de los nativos ignore la naturaleza de su drama y no pueda arbitrar propias soluciones, imposibles mientras no conozca los elementos sobre los que debe operar, y los procedimientos que corresponden, conforme a sus propias circunstancias de tiempo y lugar.

La superestructura cultural es la que da el espectáculo. "Los profetas del odio" es la crítica de algunos actores, vistos desde la platea: "La Colonización Pedagógica" el análisis de la instrumentación vista de telones adentro.

En las anteriores ediciones, de hace diez años, intenté definir las características de nuestra "intelligentzia" practicando un muestreo en tres libros de reciente aparición, donde comprobé la incapacidad de esa "intelligentzia" para conocer la naturaleza profunda de nuestros hechos.

No podía exigirse una visión de intelectuales a los actores directos de la Revolución de 1955 —militares o civiles— en cuanto eran arrastrados por el turbión de los acontecimientos inmediatos y las pasiones y los intereses en juego. Pero a los que se creen intelectuales había el derecho de reclamarles una mayor objetividad de juicio capaz de separar lo incidental de lo permanente, lo profundo de lo superficial, lo sustantivo de lo adjetivo, diferenciando el hecho de las apariencias. Por el contrario, los libros analizados revelaban aún menor ecuanimidad que los contendientes, y sobre todo una falta de interpretación de los hechos profundos que demostraba que ellos, como cuerpo, se sentían agredidos por un proceso histórico que los lesionaba.

De este muestreo que el lector tendrá la bondad de leer ahora si no lo conoce de antes, resultará bien claro que la identidad de la actitud no proviene de la respectiva posición ideológica; es una actitud común, en bloque, que revela la

existencia de una común tabla de valores, dentro de la aparente disparidad de sus posiciones teóricas, que aflora por la simple presencia del pueblo en el escenario de los acontecimientos. Es que hay dos Argentinas paralelas; una, la de la realidad, que se elabora al margen de los estratos formales, y otra, la de las formas, que intenta condicionarla y contenerla en su natural expansión: la "intelligentzia" pertenece a ésta y siempre reacciona de la misma manera y en conjunto, que es lo que iremos viendo.

Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges no son ejemplos tomados al acaso. Los dos son figuras máximas en las alas extremas de la aparente disparidad ideológica de la "intelligentzia". Su actitud del momento que se analiza revela en qué medida esa divergencia es ajena a nuestras divergencias y coincidencias nacionales. En cambio su coincidencia en un hecho concreto, cuando el país real expresado por el pueblo intenta definirse —y esto con reiteración histórica sin excepción— y contra el mismo, evidencia la comunidad que está en la base de sus supuestos culturales y sobre la que se apoya toda la arquitectura de la "intelligentzia". Agregar más sería adelantarse al contenido demostrativo de este trabajo y sus conclusiones.

El tercer libro comentado es el de Julio Irazusta, cuya labor histórica ha sido tan útil a los esclarecimientos del pasado, pero cuyo despiste en la emergencia revela que no basta la visión histórica cuando no se la ha integrado con el conocimiento de los hechos económicos y sociales. Así puede ocurrir que quien está en lo cierto en 1840 se confunda en lo contemporáneo. Y lo que importa no es ser "federal melancólico" de 1840 para terminar en "unitario práctico" en 1955. Así la historia no tiene objeto y el revisionismo es una labor, para emplear la expresión de Pirenne, de *anticuarios útiles*. Es que, como dijo Monod, "los historiadores se han acostumbrado demasiado a prestar exclusiva atención a las manifestaciones brillantes, ruidosas y efímeras de la actividad humana, a los grandes acontecimientos y a los grandes hombres,

en lugar de presentar los grandes movimientos de las condiciones económicas y de las instituciones sociales que constituyen la parte verdaderamente interesante y permanente del desarrollo de la humanidad, la parte que, en cierta medida, puede ser sintetizada en leyes y sometida hasta cierto grado a un análisis exacto".

El historiador que obsesionado por la figura del personaje visible pierde la noción de aquellos "grandes y lentos movimientos", equivoca el protagonista de la historia confundiendo con su expresión circunstancial, que es la que se realiza a través del héroe o del anti-héroe.

Creo que haber ajustado lo circunstancial a una visión general es lo que ha hecho que "Los profetas del odio" siga vigente cuando ya se ha perdido la memoria de los libros comentados. Esta vigencia, que motiva esta reedición, es válida también para explicar que reproduzca las introducciones a las dos primeras ediciones por cuanto contienen juicios de orden general que creo siguen siendo actuales.

Habrá en esto redundancia, como en todos mis trabajos, pero conviene no olvidar que persigo un fin didáctico, por lo que hay que caer y volver a caer sobre lo mismo para compensar, con la reiteración, el ocultamiento de las verdades que se dicen, de que se ocupa el mecanismo de la publicidad, que a falta de elementos de convicción utiliza su difusión masiva y continuada para la deformación del pensamiento argentino, cultivando memorias y olvidos maliciosos. Ya sabe, pues, el lector que con tanto prólogo y explicación no me propongo cansarlo "en partidas", como ocurre en las carreras cuadreras donde los "pingos" se gastan en aprontes. Como estas van aquí, me atengo también a un dicho turfístico: "los kilos no pesan en las cintas; pesan en el disco". Será pues al final que veremos si hay recargo. Ahora no se trata de aquella prueba corta de "Los profetas del odio", pues su prolongación en "La colonización pedagógica", nos lleva a la distancia.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION DE JULIO DE 1957

La primera edición de LOS PROFETAS DEL ODIO se agotó en pocos días y es así que a muy poco tiempo de la aparición del libro, sale esta segunda. Consciente de mi escaso o ningún mérito literario, debo atribuir el éxito a la profunda politización del país a que me refiero en el texto y a que los hechos y las ideas expuestos no son más que la expresión de un estado de conciencia colectiva, al que el escritor no hace otra cosa que dar expresión definida.

Si nunca segundas partes fueron buenas, el segundo Caseros, de 1955, es sólo la pueril tentativa de reproducir la técnica de los vencedores de entonces, pero ha sido peor, en cuanto a los resultados buscados por los copistas.

Desde luego que el primer factor que juega en contra de ellos son las circunstancias históricas completamente inversas. Porque el primer Caseros se produce en el sentido de los acontecimientos mundiales. Rosas y los federales, han actuado sólo en el sentido defensivo de las condiciones del país y su sociedad; han obedecido al espíritu de conservación, tanto en el terreno de la integridad territorial del país como de las condiciones de producción de la economía, pero no han propuesto soluciones proyectivas, no han logrado la posición dinámica, que en oposición a la dinámica del liberalismo conquistador fuera capaz de una construcción futura en sustitución de la que ofrece este.

No se trata de intentar un vago posibilismo. ¿Los federales pudieron oponer al liberalismo de la indefensión, que es el de las doctrinas importadas, las formas de un liberalismo nacional y por lo tanto defensivo, que promoviendo el desarrollo del país, lo hiciera a favor del mismo, y no de las finalidades colonizadoras? No otra cosa es lo que ya habían hecho los Estados Unidos e insinuaban los primeros pasos de la política alemana. Se trataba de aplicar el análisis a los maestros del liberalismo y descubrir la falacia maliciosa, que señalara Litz, por medio de la cual Adam Smith llegó a ser un conquistador más terrible que Napoleón, conduciendo las doctrinas delante de los mercaderes, para desarmar a los naturales de los países conquistados, como iba el lenguaraz delante de nuestro ejército de línea, entre los salvajes.

Pero, si no los federales, la "intelligentzia" argentina de entonces pudo haberse inspirado en la experiencia que le ofrecía los Estados Unidos haciendo la aplicación nacional del liberalismo económico.

He tratado de señalar esa constante de la "intelligentzia" argentina que le ha impedido cumplir una función útil al país, supliendo las deficiencias de lo nacional como hecho, y dándole las soluciones teóricas, para ser instrumento de las fuerzas contrarias al hecho nacional y popular, por su actitud simiesca y su incapacidad de creación que principia por el desconocimiento de los factores propios en juego.

Pero si en el pasado al sumarse al bando de lo foráneo, privando a lo nacional de una expresión intelectual propia, marchaba a favor del progreso que reclamaba de nosotros, a falta de equilibradas soluciones nacionales, el pleno desarrollo de la etapa pastoril de la economía, en el presente, actúan en contra del proceso histórico.

El nuevo Caseros la coloca al servicio del antiprogreso porque 1853, en 1957, es 1853 y no 1957. Las condiciones históricas se han alterado totalmente y toca a los técnicos del progresismo resolver la ecuación en función de los nuevos términos del problema, uno de los cuales, el esencial, es la

existencia de una población que dobla con exceso la máxima tolerada por las formas de producción que se buscaban entonces y cuyas exigencias de nivel de vida no pueden resolverse con la fórmula superada. Volver atrás significa entonces volverse precisamente contra todas las fórmulas progresistas que constituían la demanda de los vencedores de Caseros. Y creyendo ser Caseros, son anti Caseros, por antihistóricos.

Después del 6 de septiembre de 1930, un sector intelectual dio los primeros pasos hacia la comprensión de lo nuestro, y allí se tuvo la evidencia de cómo estaba instrumentado el mecanismo de dominación cultural del país. Una promoción entera de escritores que hasta entonces gozaba de publicidad y prestigio, desapareció del primer plano que ocupaba, oscurecida por su destierro de todos los órganos de difusión periodística.

Así le pasó a Doll, a Scalabrini Ortiz, a Castelnuovo, a Cancela, a Gabriel, a Ernesto Palacio, a estos mismos Irazusta que parecen haberse olvidado, en su euforia "libertadora" del ostracismo a que fueron condenados. Desaparecieron con muchos otros, del escenario intelectual al que sólo pudieron volver más adelante cabalgando sobre una nueva conciencia, que todos ellos contribuyeron eficientemente a formar, a veces desde rumbos completamente encontrados. Del primer plano de las consagraciones pasaron al último, en cuanto salieron de sus torres de marfil, o de las verdades de la cátedra y en una posición revisionista histórica, económica o social, intentaron penetrar en la autenticidad.

Los que están ahora en el primer plano eran los segundones de entonces; los dóciles que se pusieron a comer en la mano el grano elegido por los continuadores del mitrismo. Contando con esas tribunas de difusión, y con el silencio de los otros, fue fácil darles una apariencia de gigantes. Pero el nuevo Caseros sacó a la calle estos enanos de la venta, y ha bastado un año y medio de exhibición para que el ridículo haya cubierto el estruendo de sus vozarrones con el espectáculo demasiado prodigado de sus enclenques figuras. Es así como

los "intelectuales libres" andan ya con las orejas gachas, conscientes de su perdido prestigio; y sus amos, que han percibido su ineficacia, están prefiriendo ya la contratación de los charlatanes dorados, tipo Arciniegas y Barea. (1)

Creo que estamos en presencia de una nueva oportunidad para la inteligencia argentina que no se resigna al papel de "intelligentzia". Estas líneas intentan contribuir a su esclarecimiento con la experiencia de un hombre que ha sido a la vez espectador y actor de lo que narra, y que ya en los altos años, lo único que puede ofrecer a los jóvenes es el índice de los errores que ha profesado, para ahorrarles las sendas extraviadas. Es lo que quiero decir; que los caminos están aquí mismo, señalados por los pastos y las picadas y por las estrellas de este cielo que no es el de la estrella polar sino el de la Cruz del Sur. Y esta no es una simple figura, sino la

(1) En 1955 German Arciniegas, al servicio de la "Revolución Libertadora", fue el locutor internacional de la misma, detractando todo lo anterior y ponderando la política económica expresada en el "Plan Prebisch" que sometía al país al "dictat" de los organismos financieros y económicos externos. Han pasado diez años y ahora los efectos del "dictat" los percibe en su patria, Colombia, y en su presidente y amigo, Carlos Lleras Restrepo.

La Razón (Diciembre 15 de 1966) reproduce una carta del mismo "charlatán dorado" dirigida al New York Times defendiendo las medidas que el gobierno colombiano adoptó, en *asunto que es sólo de competencia del gobierno colombiano* —son sus palabras—, frente a las imposiciones de la Alianza para el Progreso y el Fondo Monetario Internacional. Las medidas que ahora defiende Arciniegas consisten en *la congelación de las cuenta en dólares en los bancos privados de Colombia; que las transacciones en dólares se hagan solamente por conducto del Banco de la República; el establecimiento de licencias de importación para impedir la fuga de divisas.* (Las mismas que denostó cuando se aplicaban en la Argentina.)

Dice además que el Presidente Lleras Restrepo explicó en una conferencia los antecedentes que lo obligaban a tomar las medidas que desde aquel día rigen en Colombia y que esa explicación ha sido ocultada por el periodismo mundial. Ya no cree en el mito de la libertad de prensa y lo denuncia. Como dijo el correntino: "puñalada en barriga ajena no duele ch'amigo". (Nota de la 3ª Ed.).

base de todo análisis y razonamiento que se quiera hacer al servicio del país y sus dereceras.

Tal vez sea útil recordar una anécdota de Ricardo Güiraldes referida por Adam Diehl. Güiraldes llegó a París, con el caudal de su cultura europea, bien armado de las últimas novedades, del "dernier crie" de las letras, pero lo invadía una profunda desazón cada vez que alternaba con sus colegas parisinos que lo aplastaban con su mayor dominio del tema y del "metier". Demasiado inteligente Güiraldes para no percibir su desubicación —cosa que no les pasa a estos exóticos suburbanos de Europa impermeabilizados por la petulancia cipaya—, reaccionaba diciéndole a Adam Diehl: "¡Yo los quisiera agarrar a estos pialando un novillo!"

De esta reacción nació el reencuentro de Güiraldes consigo mismo, y su fruto fue "Don Segundo Sombra". Especulo que estas evidencias que la Revolución Libertadora ha logrado, a contrario imperio, den sus frutos, por lo menos en los nuevos, pues los otros ya están encallecidos y encanallecidos.

Varios son los que desde entonces han escrito proponiéndose impugnar "Don Segundo Sombra" y su principal argumento es que se trata del peón visto por el estanciero. Esto da idea del método de nuestros intelectuales: pretenden que Güiraldes viera el peón desde el ángulo de un tercero, y no del propio, del estanciero. Y todo nuestro problema consiste en empezar a ver las cosas desde el ángulo de nuestra realidad, la individual y la colectiva.

Los que tienen más afición por las alpárgatas que por los libros según las teorías culturales de Ghioldi, lo han hecho siempre así. Tal vez por eso son más inteligentes que nuestros intelectuales, que sólo expresarán la inteligencia cuando sean expresión de la propia realidad. Cuando con humildad de cabecitas negras, comprendan que ellos también son en el mundo cabecitas negras, y que el esfuerzo intelectual consiste en dar una cada vez más alta expresión del cabecita negra.

A. J.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION DE JUNIO DE 1957

“Temed la dureza de corazón de los hombres cultos”

Mahatma Gandhi

EXPLICACION AL LECTOR

Una carta que dirigí a Ernesto Sábato, motivó que algunos amigos, conocedores del texto, me pidiesen su divulgación.⁽¹⁾ Resolví hacerlo comentando al mismo tiempo algunos libros y publicaciones de reciente aparición y de ahí este libro. Quiero poner en evidencia los factores culturales que se oponen a nuestro pleno desarrollo como Nación, a la prosperidad ge-

(1) Estimado amigo:

“Acabo de leer en el número de hoy de “Marcha” de Montevideo una nota sobre las torturas que Ud. publicó como director de “Mundo Argentino” así como la secuela radiotelefónica y periodística del episodio. (Sábato ha sido revolucionario de 1955 y en función de ello ha llegado a la dirección de uno de los periódicos incautados, y desde éste, creyendo en la libertad de prensa, informa al público del sistema de torturas inaugurado por los “libertadores”. Se ve obligado a renunciar, y ASCUA, la línea Mayo-Caseros, y todos los demás grupos intelectuales le dan la espalda, pues se sienten traicionados cuando uno de los suyos cumple con el deber de denunciar el crimen).

Quiero ahora comentarle su último libro “El otro rostro del peronismo” con que Ud. contesta a la última publicación de Mario Ama-

neral y al bienestar de nuestro pueblo, y los instrumentos que preparan las condiciones intelectuales de indefensión del país.

Me ha parecido el mejor método utilizar a los escritores que sirven a ese propósito, para ponerlos en evidencia en el comentario de sus propios libros. Ello me llevará a considerar paralelamente, y desde un punto de vista general, cómo y en beneficio de quién actúan nuestros "medios intelectuales".

Pido disculpas al lector si encuentra agresividad en algu-

deo. Debo decirle que por más que supere la adversa posición que tenemos en política, lamento que Ud., que tiene formación dialéctica, haya recurrido a la interpretación, inaugurada en nuestro país por Ramos Mejía, de querer resolver las ecuaciones de la historia por el camino de las aberraciones mentales y psicológicas.

No, amigo Sábato. Lo que movilizó las masas hacia Perón no fue el resentimiento, fue la esperanza. Recuerde Ud. aquellas multitudes de octubre del 45, dueñas de la ciudad durante dos días, que no rompieron una vidriera y cuyo mayor crimen fue lavarse los pies en la Plaza de Mayo, provocando la indignación de la señora de Oyuela, rodeada de artefactos sanitarios. Recuerde esas multitudes, aun en circunstancias trágicas y las recordará siempre cantando en coro —cosa absolutamente inusitada entre nosotros— y tan cantores todavía, que les han tenido que prohibir el canto por decreto-ley. No eran resentidos. Eran criollos alegres porque podían tirar las alpargatas para comprar zapatos y hasta libros, discos fonográficos, veranear, concurrir a los restaurantes, tener seguro el pan y el techo y asomar siquiera a formas de vida "occidentales" que hasta entonces les habían sido negadas.

Cualquier ensayo de la realidad argentina que prescinda del hecho fundamental de nuestra historia, es solo un arte de prestidigitación que hurta los términos del problema que están dados por la gravitación británica en sus tres etapas: 1º — Tentativa de balkanización, parcialmente lograda; 2º — Promoción del progreso en el sentido del desarrollo unilateral agrícola-ganadero (para crear las condiciones de la granja) y 3º — Oposición a la integración industrial y comercial de nuestra economía, para mantenernos en las condiciones óptimas de la segunda etapa, con un país de grandes señores y peones de pata al suelo y una clase intermedia de educadores, profesionales y burócratas para su instrumentación.

Deje, pues, eso del resentimiento y haga el trabajo serio de que Ud. es capaz y que el país merece. No importa lo que diga de nosotros, pero no eluda el problema de fondo o no lo mencione solo incidentalmente. Es Ud. mucho más que Ghioldi o un Sánchez Viamonte, para usar la técnica que esos intelectuales ya utilizaron contra el otro

nas partes del texto. Considere la actitud de los escritores a que me refiero: yo entré a su lectura de buena fe, conociéndolos adversarios, y prevenido sobre el pensamiento colonialista que representan. No esperé de ellos revelaciones sobre las raíces profundas de los males que nos afligen, pero soy un combatiente, y entre combatientes vivo, y fui a su lectura esperando la crítica como el resultado de meditaciones

movimiento de masas, también "resentidas", que acompañó a Yrigoyen, el otro dictador. (Lo remito a la literatura periodística y a los ensayistas de la época).

Más lógico hubiera sido en Ud. señalar la coincidencia entre estas dos épocas, las dos grandes guerras y el proceso de industrialización y plena ocupación que, al permitir levantar el nivel de vida de las masas, les dio acceso a la acción política, con sus demandas nacionalistas y de justicia social, fenómeno del que los conductores fueron más efecto que causa. Percibiría también las profundas analogías entre Septiembre de 1930 y Septiembre de 1955, aunque sus autores momentáneos parecieran en un caso ultramontanos y en el otro jacobinos. El vencedor imperial fue siempre el mismo.

.....
 Deje que los intelectuales, tipo Mayo y Caseros, le metan fierro a los caudillos y a los "negros". Pero son los negros los que nos volverán a salvar de esa economía pastoril ordenada en inglés.

.....
 Bromas aparte. Yo le conozco el espíritu de luzbelito que seguramente Erro no le conocía y no creo que Ud. haya escrito en serio ese libro. Hasta me sospecho que lo ha hecho para darse el gusto de contestarse, con el trabajo serio que esperamos de Ud.

El ochenta por ciento de los argentinos y Ud. entre ellos coincidimos en lo fundamental: la liberación nacional, la justicia social y la soberanía del pueblo. Unos marcan más el acento sobre una de las consignas y otros sobre otras. Nuestras diferencias en este momento dramático son adjetivas con respecto a lo fundamental; pero entretanto, una mano extranjera organiza el cipayaje y los vendepatrias.

Quisiera que Ud. interpretase en cuánto estimo su valeroso gesto como periodista. Pero con la misma lealtad debo decirle, en cuanto creo que lo desmerece, su mal paso como escritor. Sus nuevos enemigos cargarán en su cuenta esta adhesión al primero y no le estimarán esta disención al segundo. Cualquiera sea la impresión que le causa esta carta, recuerde que sigo considerándome su amigo.

ARTURO JAURETCHE

Montevideo, septiembre de 1956.

hechas en la serenidad del laboratorio o del gabinete de investigación. Preveía conclusiones falsas, pero contaba con el aporte cierto de muchos datos y la corrección de los erróneos que pueden gravitar en mi pensamiento. Eran además vencedores, y si pude admitir su violencia en el combate —que no fue mucha, cuando lo hicieron—, pude esperar que ésta se amenguara en la victoria. Esperaba balances, con su activo y pasivo, compulsa de errores y aciertos, y conclusiones fundadas y útiles para el futuro.

Pero desde la torre de marfil del estilista puro al gabinete de trabajo del ensayista, sólo han salido a las puertas los tachos de los desperdicios. La injuria a personas y a íntegros estratos sociales, la incapacidad total, más que para comprender, para ponerse en actitud de comprensión, y un fárrago increíble de analogías disparatadas y asimilaciones imposibles, es el contenido único de esos basureros, volcados sobre el país entero, sobre su pasado, sobre su presente y, ¡ay!, sobre su futuro. En el vasto panorama de la Argentina, sólo unas pocas figuras y unos pocos momentos escapan al ludibrio: las figuras de sus congéneres intelectuales y los que impusieron, por la fuerza y con bellos nombres, las distintas variantes de curatela que nuestro pueblo ha padecido: el “despotismo ilustrado”, que intentan restaurar.

En largos años de lucha al servicio de la idea de la emancipación nacional, me fue dado conocer la mentalidad de los hombres que se autodesignan como “intelectuales”, y su absoluto divorcio con la realidad del país, así como los obstáculos que ellos crean a la inteligencia argentina cuando busca su camino. Esperé, sin embargo, que la politización general que ha habituado a nuestro pueblo al manejo de las ideas políticas, sociales y económicas, y que es un fruto de los agitados años que vivimos, hubiera producido sus efectos en ellos. Pero, no han respondido al movimiento general, y esta impermeabilidad es una prueba más de su extranjería: aislados por completo de la realidad nacional, sólo les ha afectado lo episódico y adjetivo en reacciones personales —y eso explica la violencia de sus

actitudes verbales— que intentan trasladar a sus generalizaciones, uniformemente proyectadas sobre esquemas extraños con la única finalidad de adecuar los hechos nacionales a los cuadros sinópticos confeccionados sobre hechos foráneos, que difunden los “slogans” de la propaganda internacional. Es éste el canevá envejecido sobre el que bordan sus arbitrarias conclusiones, con el apoyo y transcripción constante de libretistas y panfletistas ocasionales, cuya memoria desaparecerá muchísimo antes que la de los acontecimientos que comentan, y a los que pretenden atribuirles autoridad de “clásicos”, cuando ya no lo son ni de la moda que representan, y que les llega tarde.

En realidad es hacerles un favor poner a estos “intelectuales” en la línea de sus congéneres del pasado. Invito al lector a releer los libros que comento y convendrá conmigo en que si el error fundamental es el mismo —el divorcio con lo nacional— no es la misma la actitud. En el pasado, el frenesí por ajustar al cuerpo del país el corset recién importado se cohonestaba por la pasión de hacer y por una imagen, que aunque deformada, era la imagen de la Patria; verá en cambio, en estos lamentables ecos sólo la sórdida irritación de los “incomprendidos” y el desprecio por un país al que se sienten desterrados desde otro, perfecto e indeterminado, al que ni siquiera hay esperanzas de pertenecer.

Vuelven a moverse sobre el consabido tema de “Civilización y Barbarie”, pero el estilo es otro. La anatomía y la fisiología de aquellos libros —digamos “Facundo”, para el caso— son expresiones nuestras; nuestro es el apóstrofe, nuestro es el relato y la forma de la pasión, y nuestros son el tema, la evocación, los hechos; se siente correr por las páginas de aquellos libros la misma sangre del Facundo de carne y hueso —uno “agarró” para los libros, como el otro “agarró” para el caballo, he dicho alguna vez—, y si el lector aparta el texto contrariado por la falsedad de los planteos o de las conclusiones, vuelve al mismo conquistado por el encuentro con la propia sensibilidad, por la identidad nacional que reconoce

en la factura de quienes ejemplifican con hechos propios del país, por los modos de decir, que son los de sus paisanos, y por las analogías, referidas siempre al paisaje, los hombres y los hechos que le son familiares.

Lea usted a uno de éstos. En él será incidental la referencia a un hecho local, a la geografía, a la economía, a la sociedad en que vive. Citará autores y autores —quinientos o un millar en trescientas páginas— y lo remitirá constantemente a hechos políticos ocurridos a millares de kilómetros, en paisajes y con nombres distintos, bajo circunstancias distintas, cuando no inversas, sin que usted pueda reconocer en el vertiginoso caleidoscopio, una cara conocida por una experiencia vital, una imagen parecida a las que le brinda la naturaleza que los rodea. Nunca pasará ante el lector el retrato, el paisaje, la anécdota, el episodio vivido, la enseñanza de la naturaleza o de los hombres, ese contacto vivo que hace reconocer al combatiente de las letras como un hombre de los bandos argentinos.

El tema que voy a tratar es el ya muy transitado de la "traición de la *intelligentzia*", que en los países coloniales y semi-coloniales adquiere caracteres mucho más graves que en los otros, pues a la deslealtad social se suma la deslealtad a la Nación, que es la perdurabilidad del pueblo.

Este constituye mi segundo trabajo después de la revolución de septiembre. En el primero he recurrido al lenguaje esquemático de las cifras para demostrar cómo se adulteraron éstas y cómo se deformó su interpretación, para preparar con el Informe Prebisch los fundamentos teóricos destinados a justificar la elaboración de un Plan Económico —que es sólo parte de un plan más vasto—, cuya finalidad última es la restauración y consolidación del Coloniaje.⁽¹⁾

Afronto ahora la tarea de evidenciar los instrumentos de que se vale esa planificación general para oscurecer la inteligencia argentina, ya claramente advertida de lo que se pre-

(1) A. J. "El Plan Prebisch, Retorno al coloniaje" (Ed. El 45 - 1955 - Bs. As.).

para. Aquí los expertos son los artífices de las bellas palabras y los sancochadores del pensamiento foráneo, y su misión en el plano de la cultura es la misma que cumplen los expertos de la economía.

Invito al lector a que los lea, si no los ha leído. Quiero la confrontación de sus dichos con los míos, confiando en que mi debilidad literaria frente a sus plumas consagradas será ampliamente compensada por la validez de mis argumentos que, el lector verá, se encuentran a su vista y a su mano, ofrecidos por la realidad circundante al que está desprovisto de anteojeras intelectuales. Esa lectura servirá también para que el lector me comprenda en los momentos en que la pasión levante su tono sobre la serenidad con que quiero expresarme.

Pocas citas de autores y de acontecimientos exteriores al país se encontrarán en este trabajo. Estoy lejos de ser un erudito. Mis lecturas se han ido, como el caudal de los arroyos que mientras marchan van cavando el cauce y dejando en las orillas el metal de las montañas, que es lo valioso de su arrastre. Lo valioso no es la totalidad del aluvión sino aquello que se decanta y ayuda a la formación del propio pensamiento y el hábito de conocer. Suele ocurrir a los eruditos lo que al improvisado agricultor que fía solamente en los riegos y los abonos, y ve revenirse sus tierras, pues no sabe que aquello que vivifica, mata, si es mal administrado. Lo poco o mucho que he leído no lo retuve para respaldar mis juicios en autoridades, y me repugna también esa ciencia barata que se logra en diccionarios especializados. Así como las ciencias de la economía y las finanzas son totalmente accesibles al hombre común, y la apariencia de misterio de que se las rodea es un arte de prestidigitación, cuyo prestigio desaparece cuando se revela al público el secreto, toda la erudición exhibida es un malicioso esoterismo, destinado a rodear de misterio verdades que están al alcance de cualquiera, con sólo el auxilio de un buen razonamiento.

Se trata del lenguaje y del método. Estamos en presencia

de una nueva escolástica de anti-escolásticos, que en lugar de ir del hecho a la ley van de la ley al hecho, partiendo de ciertas verdades supuestamente demostradas —en otros lugares y en otros momentos— para deducir que nuestros hechos son los mismos e inducir a nuestros paisanos a no analizarlos por sus propios modelos y experiencias. Pretendo oponerles el método inductivo, que es el de la ciencia, y esclareciendo hechos parciales nuestros, tratar de inducir las leyes generales de nuestra sociedad. Parecería ésta una afirmación pretenciosa y debo restringirla. Sólo se trata de lograr algunas conclusiones, algunos atisbos, para ir aprendiendo la verdad, según nosotros y para nosotros.

Si el lector me sigue encontrará que mis verdades tienen un origen modesto; son asociaciones de ideas, relaciones de hechos, conjeturas fundadas en la propia observación y en la experiencia propia o de mis paisanos; en la parte de historia nacional que me ha tocado vivir y en la más lejana, pero no tan lejana que casi no la conozcamos por testimonios directos, deliberadamente ocultos muchas veces, pero cuyo rumor no se ha apagado para quien se recuesta, con el oído pegado a la tierra en que nació, y oye el pulso de la historia como un galope en la distancia.⁽¹⁾

(1) La enseñanza de nuestra historia que nos ha habituado a verla fuera del tiempo y del espacio, nos hace perder, la conexión con la realidad, la noción de la continuidad y de la inmediatez del país presente con el de ayer. Además, como en la enseñanza nunca se llega a la historia inmediata y la referencia más próxima no suele pasar de los acontecimientos del 80, la solución de continuidad que se establece contribuye a ubicar los acontecimientos de la Independencia en un remoto pasado legendario. La historia así, además de falsificada, es una mitología de dioses benéficos y maléficos que se mueven en un Olimpo lejano e inaccesible. El héroe no tiene nada en común con el hombre que fue, porque se lo ha hecho desaparecer en la imaginación para sustituirlo con la imagen divinizada o condenada.

Y sin embargo es una historia cortita, el aliento de cuyos personajes podemos sentir si logramos deshacernos de la imagen adulterada.

El 25 de Julio de 1918 falleció Carlos Guido y Spano, que había nacido del matrimonio celebrado en plena campaña libertadora, de la

En el lenguaje llano de todos los días, hilvanando recuerdos, episodios o anécdotas, diré mis cosas como se dicen

Independencia, del General Tomás Guido, el compañero y amigo de la intimidad de San Martín, y la dama chilena doña Pilar Spano.

Dice E. M. S. Danero en "Guido y Spano, Poesías escogidas y Autobiografía" (Ed. Castellvi - Santa Fe - 1955): "Vivía el anciano poeta en pleno barrio de Palermo y permanecía en su lecho desde tiempo inmemorial. Eran muchas las generaciones que así lo habían conocido y casi incontables los escolares y admiradores" que para su cumpleaños el 19 de Enero "llegábase hasta él portadores de un saludo conmovido, flores y algunas veces también deplorables e interminables discursos". "Su larga, y en realidad pluvial cabellera blanca caíale sobre los hombros, se le confundía con la barba, etc., etc."

Los escolares de mi generación hemos conocido así a un testimonio vivo de la Guerra de la Independencia. Acercándonos a él, prácticamente estábamos en contacto con su padre, actos de la epopeya sanmartiniana y de la política internacional argentina, signo de don Juan Manuel. Pero íbamos a visitar al poeta, al abuelito de las letras y no al hombre en cuya infancia había resonado la voz de mando del padre, cuyo hogar había vivido los azarosos años de la fundación de la Patria y las luchas por la conservación de su integridad. ¡Estamos aún vivos quienes vimos vivos a los que nacieron con la fundación de la Patria, gestados y nacidos con ella, y modelados en la presencia de sus hombres y de sus hechos! Pero el testimonio vivo que teníamos delante se nos presentaba como una pieza de museo o como una imagen para beatitud admirativa. Nunca al niño se le dijo que ese hombre había sido niño, para encarnarlo en la historia de que era testimonio con la sugestión de la empresa emulable y del deber de continuidad que enlazaba al niño de ayer con el contemporáneo que lo visitaba. El anciano que teníamos delante no era un hombre en el fin de su ciclo, sino una imagen de altar que todavía respiraba y pronunciaba palabras. Así hasta la sobrevivencia del prócer en lugar de ponernos en contacto con la vida, es decir, con la historia vital, era sólo, y así la veíamos, una anticipación de museo.

También recuerdo que en mi infancia nunca oí nombrar el pueblo de Salto en la Provincia de Buenos Aires sin agregar, Argentino. A principios de siglo esta precisión era necesaria porque existía en el lenguaje corriente la presencia del Salto Oriental, tan estrechamente la Banda Oriental estaba identificada todavía en la memoria de mis paisanos en la comunidad rioplatense. La presencia de la Patria Grande era aun cosa viva en los tiempos en que se cantaba aquello de Gabino Ezeiza:

"Heroico Paysandú yo te saludo,
hermano de la Patria en que nací..."

en el hogar, en el café o en el trabajo. Seré muy feliz si el lector adquiere en esta modesta lectura, el hábito de someter las suyas a la crítica de su modo de pensar habitual, utilizando la comparación, la imagen, la analogía y las asociaciones de ideas con que se maneja en su mundo cotidiano. Le bastará esto para salir de la trampa que le tienden los expertos de la cultura. En definitiva, estas páginas han sido escritas con el propósito de ayudar a esa tarea, en la confianza de que desprovistos de torcidos andadores, todos aprendemos a caminar derechos.⁽¹⁾

Todos los instrumentos de la pedagogía colonialista han logrado desde entonces ahondar la separación que era un hecho político que no había podido vencer la persistencia de los valores culturales que no pasan por la escuela, el libro, la universidad, el periódico... Pero al fin, ellos ganaron.

Yo conocí a Guido Spano, oí siempre decir Salto Oriental y Salto Argentino, y ya diré más adelante que oí a cautivos de indios, a milicos de línea, a soldados, de la Guerra del Paraguay. Cuando me puse a revisar la historia oficial y a encontrar la huella de los caminos perdidos me ayudaron estas reminiscencias de una cultura exterminada por esa misma pedagogía colonialista para las generaciones que han venido después y que me dieron testimonio de una realidad que no estaba en los libros. ¡Y cuánto más linda y apasionante era esa historia que la de la escuela! (Nota de la 3ª Ed.).

(1) Creo que corresponde ampliar aquí lo dicho sobre el lenguaje y el estilo, en la diferencia que se establece con los precursores de la actual "intelligentzia".

Dice Ramón Doll ("Lugones el apolítico y otros ensayos". Ed. Peña Lillo, 1966): "...porque no hay una tradición literaria argentina ciertamente; pero nadie ha negado que existe en nuestra breve historia una línea de escritores que han recogido el acento, el tono, el matiz —ha dicho el mismo Borges— de nuestro modo de hablar, que es, seguramente, distinto a los españoles y que hasta contiene usos gramaticales ilícitos en España, pero indispensables para nosotros".

"Bien que la llamada prosa argentina tiene en su haber montañas de páginas que son inacabables sargas de solecismos, galicismos y gauchismos, en épocas que como la de los Sarmiento o los Mansilla, había que decir muchas cosas y no había tiempo de preocupaciones estilísticas, pero nadie puede negar que muchas veces, antes y ahora, esa prosa adquirió categoría literaria"...

Y bien; de esa llamada prosa argentina, la inclinación a la senci-

llez o a la naturalidad, por contraste con la tendencia española a la afectación y el énfasis, es una reconocida nota característica; de ahí proviene la preferencia por la construcción galicada respecto a la castiza... , esa preferencia por la dicción clara, natural, por el lenguaje directo y conversado, debe tener su origen en que somos más bien emotivos que intelectuales; tenemos una aversión innata al decir demasiado conceptuoso y trabajado, primero, porque reprime forzosamente la emoción, el subrayado afectivo y cordial del discurso, que hace más comunicativa la idea, y además, porque no nos gusta el esfuerzo mental demasiado sostenido”.

“Ya advertimos por qué la prosa de Borges es, si cabe el término, perfectamente anti-argentina. Primero, por su carencia de tono afectivo, porque quién como él prefiere helarse las entrañas y la cabeza antes de correr el riesgo de dejar adivinar sus emociones en un lugar común o una frase demasiado suelta, podrá tener de los buenos escritores europeos ilustres influencias, pero jamás dejará escrita una página argentina, con sus vicios, pero con sus encantos. Toda su expresión frígida, donde la emoción es espiada y luego anestesiada deliberadamente, es realmente una evasión obsesionada del lugar común, pero a costa de los más genuinos pero auténticos impulsos de sí mismo. Es un sacrificio desgraciado a miserables preocupaciones literarias. Busquemos, pues, en Borges nuestra expresión, y no encontraremos en su prosa sino un yermo intelectual, sin jugos vitales y sin aliento”.

Si bien el trabajo de Doll se particulariza en Borges y su estilo, éste no es más que el pretexto, como máxima expresión literaria de lo que señala, para mostrar la forma en que matando toda originalidad en las ideas se ejerció el mandarinato de la “intelligentzia” para matar también el estilo de los argentinos, lógica correspondencia si es que “el estilo es el hombre”. Así lo señala a continuación, y esto es lo que importa para el tema.

“Sin saberlo y sin quererlo Borges recapitula en nuestro país, uno de los más aborrecidos episodios de la vida intelectual argentina: la presencia de Groussac en nuestras letras. Aquel viejo inhóspito, presidió con su sonrisa nevada medio siglo de inquietudes artísticas y espirituales; cincuenta cobardes de la vieja generación, que temblaban ante la sagacidad del perdiguero de las citas erróneas y de las faltas de imprenta, nos enseñaron después a reprimir en la literatura nuestro brío romántico, nuestro lirismo innato, so pretexto de que el tropicalismo y el floripondio le daban jaqueca al glorioso bibliotecario”.

“Es posible que matara el floripondio, pero es seguro que con su odiosa mirada secaba el alma de los que lo siguieron. Yo creo que desde Groussac, comienzan nuestras letras a desconectarse de nuestro país, que aborrece cordialmente una literatura de mandarines, fabricada para los cenáculos porteños”.

“He aquí un argentino como Borges, que había nacido para aban-

donarse a su fino sentido intuitivo, adivinatorio, poético; y que, en cambio, se deforma en artículo literario, se adultera a sí mismo, envasa en conserva sus pasiones prensándolas en un decir castigado y oneroso".

Es que no es una simple casualidad el mandarinato ejercido por Groussac. En la evasión de lo nuestro que significó la consolidación de la oligarquía, como instrumento de la colonización, Groussac cumplió la tarea rectora en el terreno de las letras y desde ellas en la forma de la "intelligentzia".

Así continúa Doll: "Otro lugar común que corre fácil por los canales del pensamiento crítico es que a Groussac hay que considerarlo como un maestro providencial que nos ha llegado como regalado para que aprendiéramos a escribir los argentinos; que ha sido el higienizador de la mulatería y el sarnífugo de la peste declamatoria y faramallera de Sud América. Ha abundado, repetido y machacado este concepto, relativamente exacto, cierto tipo de intelectual criollo, que, sin acordarse de la cerda que el peluquero apenas ha podido disimularlo, tiene la pretensión de adoptar literariamente una postura que es la que él cree sea la medida, la parquedad, la corrección, la postura anti-tropical, en fin, siendo sencillamente la ramplonería; no declama, es cierto, pero es insulso y flojo hasta el bostezo; se cree complicado, analizador, frío, muy europeo, y es imitación de ambientes, razas, medios distintos a éste, y resulta una parodia vulgar".

Creo que con lo transcrito basta para comprender la ya dicha correspondencia entre el desapego intelectual al país real, y el papel que cumplió Groussac para convertir a las letras en un instrumento más del descastamiento.

Y no sólo el estilo, sino la actitud frente al país real, hicieron de Groussac símbolo del "saber puro" para que la "intelligentzia" modelada bajo su dirección estilística adoptara también una conducta de esteticismo ajeno a las inquietudes nacionales, elaborada en una dócil convivencia de los intelectuales a la sombra de sus mecenas, que es la repetición de la conducta acomodaticia que el maestro francés practicó entre nosotros.

Porque Groussac también actuó en política. ¿Pero cómo?

Doll nos lo dice: "Ha hecho la apología de muchos candidatos oficialistas a la presidencia de la República; ha tenido tantos amigos políticos, arriba, ¡siempre por arriba!, ¡nunca en la oposición!" "¡Ah! No podríamos explicarnos nunca cómo es que a un espíritu delicado como Groussac, tan enemigo de la plebeyez sudamericana, no le han chocado nunca, sin embargo, cosas mucho más graves que la mala literatura; sus agachadas, sus travesuras, sus compadradadas, sus groserías y sus brutalidades. No, no las podríamos explicar, si no supiéramos que muchas veces su sabiduría fue seducida por los protagonistas".

"He aquí, pues, que este filón europeo de Groussac, este europeizador de la Argentina, ha tenido su obra inficionada de una sarna

mucho más horrible que la declamación y la mulatería intelectual”.

Agrega Doll:

“Nosotros pudimos y debimos tener una literatura nacional en el siglo XIX. Pero la dirección de la cultura estuvo en manos de los coloniales; y los coloniales descastaron la vida nacional, recomendándonos que nosotros no fuéramos nosotros. La literatura no pudo ser más que un reflejo de esa fractura del alma colectiva”.

“No es cierto que una literatura nacional necesita siglos. Ahí están Norteamérica y Rusia. La primera tiene sus clásicos, no cometió el error de menospreciar la literatura inglesa, como nosotros nos dedicamos a menospreciar la literatura española; en un siglo literario como es el XIX, los yanquis dan una nota seria en literatura, incluso expresando, como Poe, que la llamada civilización yanqui no era más que brutalidad y estupidez”.

“Los rusos no sólo crearon una literatura genial sino que, en el mismo siglo, formalizaron y categorizaron el idioma con Pushkin; super-volaron por sobre todas las literaturas europeas con Dostoiewsky y hasta se salvaron de la decrepitud y la decadencia literaria de la Europa occidental, vieja enharinada...”

“Y bien: en tan breve tiempo surgieron, afloraron y fructificaron esas dos literaturas, porque ninguno perdió el rumbo nacional, ninguno se entregó al colonialismo, ninguna de las dos se ilusionó con cuentas de vidrios y cajas de música del bazar de cultura europea”.

Sañala el *snobismo*, “*enamoramiento de patán o de hortera* por lo que está en la vereda de enfrente”, anotando que desde la Asociación de Mayo a la revista Sur es la misma la actitud: “el snob lee en el último correo la última doctrina, la última novedad y enseguida declara que los que todavía no la han leído son pobres de espíritu, anticuados filisteos”.

Para terminar con las citas, esta última del mismo Doll: “El cuerpo nacional puede y debe renovar su guardarropía literaria, imitando expresiones inteligentes, renovando el contacto de literaturas foráneas, el atuendo poético. Pero lo que no puede, ni debe intentarse, es renovar la piel morena por la piel blanca y granulada de pavo nórdico, porque luego se olvida lo que se aprendió al mamar y no se gana más que una tartamudez crónica, con lo que no se puede expresar el rico acontecer de la realidad argentina”. “Así los problemas nacionales de los que desertó la clase letrada, fueron comentados a su modo por la sub-literatura, y no han quedado testimonios de categoría estética, sino géneros inferiores que, sin embargo, exponían a veces graves conmociones de acento dramático”.

Al agregar esta nota me proponía sólo añadir algunos conceptos sobre el estilo, a los ya dichos en la anterior edición, pero Doll me ha ido resbalando al problema de fondo. Es que en el tema que estoy tratando, la inter-relación es permanente. (Nota de la 3ª Ed.).

PRIMERA PARTE

ALGUNOS FRUTOS DEL ARBOL
DE LA INTELLIGENTZIA

CAPÍTULO I

DE RADIÓGRAFO DE LA PAMPA A FOTÓGRAFO DE BARRIO

CONSIDERACIONES SOBRE LA DEMOGRAFÍA ARGENTINA

Ezequiel Martínez Estrada, radiógrafo de la pampa, es autor de un libro titulado “¿Qué es esto?”, cuya lectura lleva fatalmente a formularse la misma pregunta, después que se han leído, en un tono de Antiguo Testamento, sus fulminaciones contra el país y especialmente su pueblo. Profetiza, abomina, injuria con ventilador y nos va llevando precipitadamente a la convicción de que esto es un estercolero y en el estercolero solo hay una flor: Ezequiel Martínez Estrada. Habla de todo, expurga minuciosamente el pasado, el presente y el futuro del país, sin perdonarle una llaga, una lacra, una náusea; pero, inútilmente buscará el lector —en esa prolija exposición de la infamia— una sola referencia a su condición semicolonial. Y desde luego la más mínima comprensión de los esfuerzos liberadores del proceso de emancipación que se intenta detener.

Paralelamente a la demostración de su deliberada ignorancia y de la falsedad moral de su posición, tendremos oportunidad de percibir la realidad social que intenta ocultar, y la

naturaleza de los movimientos y desplazamientos de nuestras masas populares, en relación con las transformaciones de la economía.

Corresponde a su postura de profeta bíblico una hipócrita postura de redentor del pueblo. Es una máscara frecuente, para impedir los pequeños triunfos sociales de todos los días, en el duro ascenso de lo popular, esta clase de apóstoles lo ofrecen todo, mientras retiran la escalera.

Dice Martínez Estrada (Pág. 84): "De la Argentina pastoril hizo, en efecto, una Argentina fabril en cuanto trasladó a Buenos Aires y a otras populosas ciudades la población campesina. Buenos Aires enriqueció sus industrias oriundas de la vivienda y el holgorio. En compensación el campo quedó desmantelado y en Córdoba, Santa Fe, y parte de la Provincia de Buenos Aires, los agricultores *tuvimos* que repoblar los campos con hacienda, disminuyendo el sembradío, debido entre otras razones, al costo de los materiales y combustibles, a la falta de repuestos de maquinarias agrícolas y a la escasez y exigencia de la mano de obra. Un poco más y el país habría regresado también a la explotación agraria de los tiempos de Azara y el Virrey Sobremonte".

La supuesta despoblación del agro es un lugar común, divulgado entre el sonzaje, por la propaganda colonialista.

Veamos las causas de los desplazamientos de población, su conveniencia social y económica y la verdadera situación del campo argentino.

Este mismo punto lo he discutido oportunamente con el ex-ministro Gómez Morales, cuando el gobierno se dejó influir por esa crítica superficial y trastabilló en el rumbo marcado a nuestra economía por ese gran argentino que se llamó Miguel Miranda. Fue a raíz de ese disentimiento, a fines del cincuenta, y otros que no es del caso mencionar, que me retiré a la vida privada.

Gómez Morales sostuvo en esa oportunidad que lo que aparecía como un aumento de ocupación era una simple transferencia de mano de obra rural a la industria, y en

apoyo de su tesis me mostró unos cuadros estadísticos. No comprendía que la ocupación rural de la estadística es una cosa y la ocupación rural de los hechos es otra, pues el supuesto trabajador rural era un ocupado transitorio, como se verá más adelante, mientras el ocupado industrial tenía carácter permanente.

COMO SE DESPOBLO EL CAMPO

Hagamos un poco de historia, dramática para unos, pintoresca para otros.

Allá por la primera decena del siglo terminaba una época de nuestra economía agropecuaria: la de la estancia primitiva. Entonces la paisanada vivía en el campo, en la estancia criolla, con muchos agregados en el patio. El estanciero creaba muchachos a bocha, y con sus hijos de la mano derecha se entreveraban los de la mano izquierda y los de nadie. Al mismo tiempo se toleraba que en todas las rinconadas del campo hubieran ranchos con intrusos, que de padres a hijos se criaban allí, disponiendo de campo para su majadita, su tropilla, sus lecheras y sus gallinas; el estanciero hacía la vista gorda si veía algún cuero estaqueado, y a lo sumo, lo reclamaba para "las casas". La hacienda valía poco, poco el campo y poco las mejoras.

Lo recuerdo al abuelo Guezanburo, de los Maya de Entre Ríos, que al pasar todos los días por un rancho de su campo, junto al arroyo, le preguntaba a la paisana cómo engordaba tanto, pensando en sus borregos. "¡Pescado señor, pescado señor!" Solo una vez el vasco, palmeándola debajo de la cadera, le dijo: "Mucha anca, sí, sí, para pescado".

El hombre no formaba parte del personal del establecimiento; changaba afuera: un arreo, las alambradas, las esquilas, pocero, alguna vez en el pasto. Los siete oficios y ninguno bueno del paisano sin oficio. Pero se iba tirando. El campo gratuito proveía a las necesidades esenciales de la familia: techo y alimentación. El numerario que se necesitaba era escaso,

para los vicios y algunas prendas, y salía de esas changas, de unas plumas de avestruz y algunos cueritos. La mujer ayudaba en algo a proveerlo: una era lavandera, otra comadrona o curandera; quien hacía pasteles y quien era bordadora o tejedora o juntaba los huevos de las gallinas; y los muchachos peludeaban, levantaban nidos en el juncal, hacían leña en el monte... Como dije, se tiraba.

El hombre sólo debía al estanciero su trabajo en la yerra —una “junción” dirá Fierro—, su voto en las elecciones y su brazo en las revoluciones.

Mal que mal, había un hogar. La humilde familia del criollo se asentaba en el orden cristiano de la sociedad.

Esa economía patriarcal murió con el frigorífico y el refinamiento de las haciendas. Estoy hablando de las provincias de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires a que se refiere Martínez Estrada.

Aquí, en el Uruguay, esos tiempos están más cerca. Es el tiempo de las revoluciones que es el de la estancia patriarcal. Aparicio pegaba el grito y se venía vivoreando de Cerro Largo. Se amanecía en el Sur y se anochecía en el Norte: estrategia de caudillo. Iba remontando escuadrones por estancias, y andando, la columna se alargaba detrás de la divisa blanca.

Aparicio cayó en Masoller en 1904. ¿Todo terminó por qué murió Aparicio? ¿Por la sabiduría de una legislación nueva? ¿Por el aumento de la cultura general? ¡No! Aparicio murió con su época, que es la de la economía patriarcal.

En Paysandú hay unas rancherías, donde asentó el último escuadrón de Masoller, que ya no tuvo estancia para el retorno. Éstos se fueron del campo gloriosamente. Nuestros paisanos se han ido de uno a uno, tristemente, sin ruido y sin desgarramientos: como hilacha de poncho. Recuerdo haber leído, de chico, los avisos: “*Se avisa que en la estancia tal hay majadas y tropillas que deben ser retiradas. De no se echarán a los caminos*”. Como a sus dueños.

Cambió la estancia, los potreros se achicaron y se llena-

ron de mejoras; la hacienda se refinó y el campo se valorizó. *Todo fue a más, menos los hombres que fueron a menos.*

Cuando cada hectárea representa un novillo, y el novillo es un valor económico, hay que desalojar a los intrusos. Está bien; es la lógica de la economía que es la lógica de la historia. Sin embargo, es el momento de resolver el problema de los hombres a quienes la transición económica ha dejado fuera del cuadro. Pero, no se hizo, ni siquiera nadie se anotició del problema; crear actividades productivas para esos hombres hubiera sido alterar los planes previstos en la economía pastoril programada para Argentina.

Ayer he estado con el Comandante Carbalho. Tiene para ir tirando en un modesto pasar, en su casita de Montevideo. Lo conocí Señor, en la costa del Arapey, donde crió sus hijos y 18 muchachos más que recogió bajo el ala. En sus montes acampaban escuadrones, carneando en sus borregadas. No se convenció de que había terminado una época en 1904, y cuando vinimos nosotros, después de 1930, en esa demanda tradicional de las dos márgenes del Plata, su estancia de Arapey fue hogar y fue cuartel. Lo mismo pasó en Río Grande del Sur, a lo largo del Uruguay; los recuerdo a Miguel Belleza, a José María Rodríguez, a Dioclesiano Facúndez, a Guimarães, a tantos que nos tendieron la mano en el año 33. Caballeros feudales, sobrevivieron a su tiempo y supongo habrán tenido la misma suerte económica de Carbalho. Es la lógica de la historia.⁽¹⁾

(1) El Profesor uruguayo Washington Reyes Abadie en un trabajo publicado en "Nexo" (Abril-Mayo 1955) bajo el título: "Aparicio Saravia en el proceso político-social uruguayo", dice sobre el particular: "La nueva estancia, con criterio de empresa, invierte capitales, fijo y semoviente, de alto valor y busca, lógicamente, el máximo provecho; por lo demás, recurre al peón asalariado y procura desenvolverse con el menor número de trabajadores, prefiriendo incluso solteros, o si casados, sin otorgar vivienda para la familia en el establecimiento, para librarse de toda carga económica que no fuera la estrictamente indispensable para la producción. Los medianeros, aparceros, los "agregados", con sus familias, todo el conjunto de los vasallos, por así decirlo, del hacendado-

LA MARCHA DEL CAMPO AL SUBURBIO PUEBLERINO

Estábamos en cuando los novillos desalojaron a los hombres del campo. Cuando los rurales dejaron de ser tales para hacerse suburbanos, porque se fueron a los suburbios de los pueblos de campaña, donde nacieron esas barriadas de lata y desperdicios que hay en los "fiscales" de junto a la laguna; barrios de las "latas", de las "ranas", o del "mondongo", que después emigraron con sus habitantes, como las carpas del tártaro, a las ciudades industriales aún no preparadas para recibirlos.

señor de la vieja estancia patriarcal, es desarraigado y comienza el éxodo hacia la ciudad y los pueblos, hacia los cuarteles, la policía, los oficios urbanos; pero muchos se refugian en rancherías, a los flancos de las estancias, en picadas o cruces estratégicos, a vivir de las tareas de zafra o del contrabando, formando los trágicos *pueblos de ratas*".

El autor señala cómo Batlle dilató la agudización del problema en un largo paréntesis logrado con la burocratización y el intervencionismo de Estado que crearon ocupación, así como con realizaciones socialistas injertadas en la economía liberal. (El secreto de Batlle y Ordóñez consistió en la expropiación impositiva de parte de la "renta diferencial" que en el Uruguay se destinó a la burocracia y a los efectos sociales de la legislación, y aquí se la dilapidó por la clase propietaria. En ninguno de los dos casos sirvió para asentar las bases nacionales de un desarrollo capitalista, pero en la otra Banda permitió el lujo de una estabilidad social que ahora está en crisis, porque la "renta diferencial" se acabó y hay que basar la economía rioplatense en otro presupuesto económico). Nada de esto ha ocurrido en la Argentina donde el drama no ha existido para la oligarquía terrateniente, ni para la "izquierda", social o intelectual, en cuyos cuadros encaja el colono, pero no el peón y mucho menos el desarraigado que ya no es ni peón. Por otra parte esta "izquierda" que quiere hacer parir con vaselina, fluctúa en su reformismo desde un vago cooperativismo, hasta el georgismo o el minifundismo, pretendiendo ignorar el hecho fundamental de la economía del siglo que es la transformación de la técnica y la producción en masa. Su sueño no es aumentar la riqueza del campo, sino estabilizarlo eludiendo lo social; acariciar una ilusión que corresponde a un supuesto anticapitalismo, que es la anacrónica defensa del artesano frente a la fábrica. Ese anticapitalismo sirve los mismos intereses que el anti-imperialismo corriente que no quiere concretarse en el estudio del imperialismo que

La fisonomía de los pueblos de campaña cambió. Mientras el grueso del proletariado rural vivió en el campo, el rancho de las orillas fue ese que conocí en mi infancia, con su jardín de humildes clavelinas o pensamientos y arrogantes mirasoles en canteros bordados por culos de botellas; el del cerco de madre selvas y el patio bien barrido —playo y elástico como cancha de taba— por el que el paisano conoce, antes de apearse, si es hacendosa la mujer de la casa.

Estos ranchos estaban poblados por los carreros y chate-

actúa en nuestra realidad, y se pasea por el Caribe o por Asia Menor cada vez que hay que resolver un problema en la Argentina.

Nuestro problema es concreto: somos una nación o somos una granja. Producimos para la grandeza de nuestro pueblo o para la grandeza de otro. El ser o no ser de la nación es nuestro problema y para ser una nación necesitamos producir como una nación moderna y que nuestro pueblo viva como un pueblo moderno. No necesitamos más gente en el campo; necesitamos menos, y más técnica y mejor nivel de vida. Necesitamos la gente en las ciudades con abundante ocupación industrial. Necesitamos también la diversificación de la producción rural que vendrá con una producción intensiva —que esa sí reclamará más gente—, sólo posible por el aumento de la capacidad adquisitiva popular lograda en las ocupaciones urbanas y por la sustitución de mercados exteriores que reclamen nuestra producción del agro, ya transformada. La naturaleza ha creado esos mercados y la política los ha derivado. La cuenca del Plata con Chile y Brasil constituyen una unidad de producción totalmente equilibrada que conforman un mundo tan separado del resto del continente por la olla amazónica, como de los otros por los océanos. La promoción del desarrollo y bienestar de los pueblos, obedeciendo al orden de la naturaleza, es la mejor contribución a la defensa continental y a las posibilidades de un mundo libre. La emancipación nacional es una etapa imprescindible de nuestras soluciones sociales, y en ellas se unifican los intereses de todas las clases de esta parte del continente. Pero es muy posible que a idea tan simple los papagayos intelectuales le llamen “fascismo” o “criptocomunismo” según les indique el “cipayaje” sin perjuicio de hablar en Brasil o Chile de imperialismo argentino y en Argentina de imperialismo brasileño o chileno. Porque ellos dan servicio completo con afeitada, fomentos y masajes y hasta le arreglan las uñas al que paga.

Alejandro Bunge (“Una nueva Argentina”, 1940) después de señalar como fenómeno universal el crecimiento de las ciudades a expensas del campo destaca que en Argentina el fenómeno es más acelerado.

ros, reseros y domadores, artesanos del cuero, peones de las ferias, puesteros retirados, empresarios de aradas y todas las varias actividades del paisano con oficio o algunos bienes.

Así que la población rural se hizo suburbana y se acercó en las rancherías de latas y desperdicios, crecieron los pueblos con esa población flotante que venía del campo; pero, junto al mísero techo no hubo más majada, ni gallinas, ni lechera, ni trabajo para la mujer. Ya no hubo hogar, sino un simple dormitorio. Ya no hubo economía familiar, pues ésta se tornó numeraria, y el hombre empezó a vivir en la larga espera de la changa.

En las aradas y en el pasto encontró algún trabajo en invierno —cada vez menos—, pues la motorización lo eliminaba de las aradas y disminuía el consumo porteño de alfalfa. A fin de año, veinte o treinta días de trabajo en la cosecha fina —a su vez, la corta y trilla que reemplazaba la trilladora disminuía la demanda de brazos—, y después a esperar

También se refiere a esa falsa población rural que no es ni agrícola ni ganadera remitiéndose al trabajo del profesor T. Lynn Smith de EE. UU., en "The Sociology of Rural Life". Y agrega: "En la Argentina posiblemente cerca de la mitad de su escasa población rural corresponde a esa denominación". Para explicar la poca necesidad de población rural en nuestro país, Alejandro Bunge analiza nuestra forma de producción determinada por la naturaleza del suelo y del clima, y la mecanización que hace que la producción sea mucho más voluminosa por unidad humana: "a igualdad de producción agrícola *per cápita* con Francia la Argentina debería dedicar catorce millones de habitantes rurales en lugar de tres millones trescientos mil que le bastan..."; "3.300.000 personas producen tanto o más que 14.000.000 de europeos dedicados a la producción ganadera y agrícola". Si Bunge hubiera extendido sus investigaciones a China o Egipto habría comprobado cómo aún es mucho mayor la necesidad de brazos para un volumen igual de producción. Son las bellezas del minifundismo y el atraso técnico. En cambio, se vería que la producción es mayor por hectárea en esos países por el máximo aprovechamiento de la superficie, pero a costos egipcios y chinos, es decir, con abundancia de población rural hambrienta e inculta. Tal vez sea esta la esperanza de nuestros coloniales ruralistas: un hombre con una azada por cada cuarto de hectárea, y recogiendo cuidadosamente sus deyecciones para mejor aprovechamiento patronal de la tierra.

el maíz con los primeros fríos, donde trabajaba toda la familia en cuadrilla, a destajo por bolsa. ¡Pobres paisanos urbanos-rurales cuando se perdía una cosecha de maíz, sin pan y sin lumbre para todo el invierno! Quedaba sólo la cola en el comité o en la Municipalidad, para entrar en planilla una quincena cada dos meses, en esa beneficencia que son las peonadas de Comuna. Cuando se perdía una cosecha de maíz, todos se acordaban de la suerte del chacarero. ¿Quién, de la del peón?

CROTOS Y LINYERAS (1) (2)

Así nació el croto que ahuyentó al linyera. Don Enrique Larreta, en una de sus desafortunadas incursiones por el teatro, exhibió a este último cuando ya había desaparecido de los campos argentinos. La miseria del croto corrió la pobreza del linyera. Éste era el inmigrante golondrina —italiano, generalmente— que aprovechando la oposición de clima de los dos hemisferios, empalmaba las cosechas de su país con las del nuestro. El golondrina no pudo competir con el brazo barato del peón criollo.

(1) Es hora aquí de recordar quién lanzó a nuestra política los términos “emergidos” y “sumergidos”, poniendo el índice en el punto preciso de nuestro problema social, pues lo que se intenta no es otra cosa que volver a “sumergir” el grueso de nuestra población, para que solo “emerjan” los colocados en la cúspide de la pirámide humana. Nuestros economistas del pasado han prescindido siempre del problema población que no ha contado en sus estudios sino como instrumento: nunca como finalidad. De allí salió la falacia de llamar “saldos” de exportación a los “faltantes” de nuestro consumo.

En la famosa reunión de la quinta presidencial en que el genio Prebisch fue asesorado por los supergenios Pinedo y Hueyo (dos mansos para acollarar un arisco) la población sólo debe haber estado presente como sujeto activo de la producción; nunca de consumo. El mismo Prebisch ha demostrado la declinación permanente de los precios de las materias primas de manera tal que para obtener mediante la exportación de productos rurales igual suma de divisas, cada año hay que aumentar el tonelaje exportado. Esto se ha visto comprobado en el primer año de

Ninguno de los intelectuales se ha puesto a averiguar por qué se llama croto al linyera nativo. Esto es, porque siendo Gobernador de Buenos Aires don José Camilo Croto, se le quejaron los ingleses de los ferrocarriles por la cantidad de paisanos que se "colaban" en los trenes de carga. Don José Camilo resolvió salomónicamente el entredicho, limitando a 12 los "colados" por tren, y aplicando esta disposición policial, cuando los oficiales de policía en la recorrida controla-

su plan con la carne: a un aumento del cien por ciento de exportaciones ha correspondido solo un treinta por ciento de divisas. Digamos de paso que esto ha sido ayudado por la devaluación de nuestro peso, pues el experto necesitó complementar la declinación mundial de los precios, cuya curva señala, con una "manito" personal.

Veamos ahora lo que dijo Arturo Frondizi en el trabajo titulado "Industria Argentina y desarrollo nacional", publicado en el suplemento mensual de "Qué", N° 1 (febrero 1957): "Los saldos que restan, luego de satisfecho el consumo de 20 millones de habitantes no son abundantes como antaño y, por otra parte, sus precios de comercialización exterior han disminuido considerablemente. El producto de esas ventas no alcanza ya a financiar la importación del mismo volumen de artículos manufacturados que antes consumía aquella población de 10 millones: con mayor razón, no alcanza para satisfacer las necesidades de 20 millones de habitantes".

"Las actuales exportaciones argentinas apenas reeditúan 1.000 millones de dólares anuales. Si se pretendiera prescindir de la industria nacional y adquirir en el extranjero todos los artículos que en este momento nuestra industria proporciona al mercado interno, sería menester elevar esas exportaciones a no menos de 7.000 millones de dólares. Ni nuestra inmediata capacidad de producción agropecuaria autoriza a soñar con tamaña fantasía, ni, en la mejor hipótesis, hallaríamos un mercado externo dispuesto a absorber tan enorme masa de artículos a los precios actuales".

"La opción que se plantea a nuestro país no es entre producir artículos manufacturados o importados. Tenemos que elegir entre tenerlos o no tenerlos".

Es decir, vivir como hombres de esta tan decantada civilización de occidente, o vivir como egipcios, persas o chinos.

(2) Frondizi encaró el problema de manera distinta una vez en el gobierno; en su discurso del 7 de noviembre de 1966 el presidente Onganía, a su vez, vuelve a reclamar saldos de exportación a expensas de faltantes del consumo. (Nota de la 3ª Ed.).

ban el número de “pasajeros”, contaban hasta doce haciendo bajar el resto.

“Ustedes siguen por Croto”, decían. Y de crotos les quedó el nombre.

Ese estado de desocupación permanente, picado de una que otra changa, y el nomadismo que originó la busca de trabajo, destruyeron el hogar criollo del suburbio pueblerino. Erraba el hombre en la miseria y en la miseria quedaba la mujer. ¿Qué extrañar entonces si a la vuelta la encontraba preñada de unos kilos de yerba o carne, o de unas prendas para tapar las vergüenzas suya y de sus hijos? De allí los hijos con el nombre de la madre, esas criaturas descalzas, buscando las sobras de las fondas con unas bolsitas, pidiendo limosna, lustrando botines o disputando las achuras a los perros de los mataderos, en los que otro escritor, que ya comentaré, llama “otrora florecientes pueblitos de campaña.

Sin la frontera y el salvaje pudo cantar el “croto”, como su padre Fierro:

*Si no lo quedó ni un cobre,
sino de hijos un enjambre
¡qué más iba a hacer la pobre
para no morir de hambre!*

No hay drama pasional. Cuando el drama es social se hace costumbre y no ofende.

Entre tanto subía la estadística de inaptos para el servicio militar por sub-alimentación de la infancia.

Para los intelectuales es un problema de cultura.

¡Ese es el trabajador rural que la industria le sacó al campo! Las estadísticas podrán decir que sólo hubo una transferencia de mano de obra rural a la industria, pero el hecho cierto es que era mano de obra suburbana, endémicamente desocupada, presionando en el medio rural, con una desproporcionada oferta de trabajo.

Este mal gravitó sobre las formas de producción agrarias.

MANO DE OBRA BARATA SIGNIFICA ATRASO TÉCNICO

Inútilmente los agrónomos y las publicaciones especializadas pintaban la conveniencia de la diversificación y mecanización de los cultivos. Con mano de obra en exceso, lo conveniente era el monocultivo, a que tendían también los contratos de arrendamientos que obligaban a sembrar hasta la puerta del rancho. El chacarero se convirtió en un comerciante que contrataba por un lado campo y por el otro mano de obra barata. Una sola siembra y una sola cosecha, acumulando en 40 ó 50 días todo el trabajo del año y después mano sobre mano. En esas condiciones no conviene siquiera vivir en el campo, ni tener lechera ni gallinas, ni hacer huerta, ni engordar dos chanchos para carnear en julio, ni amasar el pan y los tallarines en la casa.

La diversificación del cultivo y la conveniencia de mecanizar ha venido cuando la miseria del suburbio pueblerino trasladó sus brazos a la industria y dejó de presionar con la oferta barata de trabajo.

Entonces al chacarero le convino trabajar con sus hijos todo el año, sin tomar gente de afuera, prorrateando su tiempo durante el año, escalonando cultivos distintos, de diversa época de siembra y cosecha, y llenando los claros con explotación ganadera, para lo que dejó barbechos e hizo pasturas. La mano de obra bien paga trajo el progreso técnico, que no consiste sólo en la mecanización, como creen los charlatanes, sino en la explotación racional y en la genética. Así, aún en los malos precios, la chacra percibía todos los altos salarios no pagados a los de afuera, y donde no alcanzaba a ganar el comanditario, alcanzaba a ganar el productor con trescientos sesenta días suyos de trabajo y otros tantos por cada hijo, con sus jornales incorporados al costo de la producción.

Lógicamente al destinarse parte de la chacra a la ganadería aumentaron las haciendas y disminuyeron los cultivos; pero, eso es salud y no enfermedad para nuestros campos,

aunque no lo digan Bunge y Born y Dreyfus y los profesores por cuya boca hablan, afanosos por lanzar de nuevo el cereal de la Argentina al juego bajista que le hacen hacer en los mercados internacionales. También ocultan esos doctos que la nueva producción industrial, al hacer consumidores de los hambrientos de antes, agrandó el primer mercado defensivo de nuestra producción rural: el mercado interno. Viene enseguida la diversificación del mercado exterior.

ALGUNOS NÚMEROS PARA LOS IMPROVISADORES

Me estoy saliendo de lo social para entrar en lo económico, pero es imposible separarlos, como hacen estos ensayistas de los temas sociales, que cuando se meten en lo económico, salen repitiendo los lugares comunes de la prensa subvencionada por nuestros explotadores.

Es también inexacto que el combustible fuera caro; al tipo de cambio vigente entonces, el combustible para nuestra chacra era el más bajo del mundo, en países importadores del mismo, y es también inexacto lo de la falta de maquinaria rural, supuestamente disminuída. Remito al lector al informe del año 1954 de la Sociedad Rural Argentina y verá allí que mientras en 1937 había 21.500 tractores, éstos sólo llegaban a 25.000 en 1946 y que en los ocho años hasta el 54 subieron a 45.000, con esta particularidad: que en 1937 los existentes, con menos de cinco años, representaban el 9 por ciento y que en 1954 el 67 por ciento eran unidades de menos de cinco años.

En cuanto a la ganadería, transcribo los siguientes párrafos de mi trabajo sobre el Plan Prebisch (pág. 43):

“Quienes sobre la base de la comprobación anterior formulan un juicio desfavorable sobre la evolución de la producción campesina, olvidan que normalmente la ganadería compete con la agricultura en la utilización de la tierra, y que

ambas constituyen lo que unitariamente se llama actividad agropecuaria ⁽¹⁾.

“En los estudios de la CEPAL, Prebisch ha tenido oportunidad de referirse al problema de la distribución de la tierra entre ambos sectores de la producción. Así, en el Estudio Económico de América Latina correspondiente a 1949, luego de señalar que la existencia de ganado vacuno, aumentó de 33,2 millones de cabezas en 1937 a 41,2 en 1947, efectúa el siguiente comentario: Los 7,4 millones de cabezas en que aumentaron las existencias de ganado vacuno, entre los años referidos, necesitan aproximadamente otras tantas hectáreas de tierra o sea precisamente las cifras en que disminuyó la superficie cultivada, a saber: 25,7 millones en 1936-37, a 18,5 millones de 1946-47. En la cuenta realizada por Prebisch hay una curiosa irregularidad aritmética, dado que la diferencia de vacunos entre 1937 y 1947 es de 8 millones y no de 7,4 millones, como aquél expresa para dar a la fórmula una rigurosa exactitud matemática. Pero como la trampa en su aplicación no descalifica necesariamente la fórmula, nos permitimos emplearla.

“Utilizaremos para ello las cifras más actuales, que son las del censo agropecuario del año 1954. Pero como este último censo se realizó en la época de las pariciones, contrariamente a los anteriores, es necesario efectuar un reajuste para no incurrir en plagio de las malas artes con que Prebisch maneja las estadísticas.

“Efectuado el reajuste, la cifra de vacunos de 1954 se re-

(1) El tema se ha tratado con mayor extensión en “El medio pelo en la sociedad argentina”. Giberti (“El desarrollo agrario argentino, Ed. Eudeba) nos explica el proceso que va eliminando superficies agrícolas en beneficio de praderas perennes, como los alfalfares, y más modernamente la de pasturas consociadas, en especial en la parte de la Provincia de Buenos Aires, donde la agricultura ha sido sólo cabecera circunstancial para el establecimiento de las invernadas. También en “El medio pelo en la sociedad argentina” he señalado el valor relativo de las estadísticas cuando su estudio no se complementa con el conocimiento de la dinámica de la producción en los hechos. (Nota de la 3ª Ed.).

duce a 43 millones de cabezas, cifra que supera en 9,8 millones la existencia de 1937. Lo que quiere decir, conforme a las enseñanzas de Prebisch, que el área destinada a la ganadería ha debido aumentar, en desmedro de la agricultura en nada menos que 9,8 millones de hectáreas. O dicho de otra manera, que el área destinada a la agricultura tendría que haberse reducido, entre 1937 y 1954; en algo así como 9,8 millones de hectáreas.

“Bien. ¿Cómo se explica entonces que la reducción real del área sembrada, entre las dos fechas, haya sido inferior a 2 millones de hectáreas? No hay sino dos hipótesis: o la producción agropecuaria se ha extendido sobre nuevas tierras antes no explotadas, o la cría del ganado vacuno ha ido perdiendo su carácter extensivo y se realiza en base a una mejor utilización de la tierra. O las dos cosas a la vez. Pero cualquiera que sea, destruye las superficiales afirmaciones que el señor Prebisch formula en el “informe” acerca de una supuesta decadencia de nuestra acción agropecuaria”.

Vuelva el lector al párrafo de Martínez Estrada que comento, con datos oficiales y concretos, y pregúntese qué otra cosa que insolente ignorancia puede ser la afirmación de ese intelectual, que estoy destruyendo, Y recuerde, de paso, que el país sufrió la más terrible sequía que haya en la memoria de los vivos, para compararla con cualquiera de las anteriores, y considere qué cómodamente la pasó el campo sin los desastres de otras épocas y sus bancarrotas —recordemos nomás 1933, o la simple caída de los precios ganaderos en la postguerra de la primera conflagración— para ver qué fundamento tiene este palangana cuando habla de retorno de los tiempos de Azara y Sobremonte.

Este año se ha sembrado más que el anterior; lógicamente lo que ha aumentado de cultivos ha disminuído de hacienda.

Las matanzas han permitido casi doblar las exportaciones del año anterior. Lo dice muy complacido el Ministro de Agricultura, quien no señala la correlativa disminución del stock ganadero, dejando suponer que éste permanece inalterable,

como si por el milagro de Septiembre las vacas se hubieran hecho melliceras y los terneros llegasen a novillos en el año.

Como muy bien lo ha señalado Scalabrini Ortiz, se habla de los aumentos en volumen y tonelaje, pero se cuidan minuciosamente de mencionar los precios, porque hemos percibido por un aumento del cien por ciento en la carne exportada, sólo un 30 por ciento de aumento en los dólares pagados. Esta es otra hazaña del señor Prebisch, que ha quedado bien con Dios y con el Diablo, gracias a un milagro que permite a los ganaderos cobrar más, en pesos desvalorizados, y a los ingleses pagar mucho menos. Es cierto que protestan, junto con los ganaderos del Uruguay, los de Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la propia Gran Bretaña. En ese país, aunque gobiernan los conservadores, se atiende al interés general —que se llama bienestar del pueblo— más que al de un sector solo de la economía, punto de vista que, desde luego, no comparten los que a Lord Beaverbrook tienen por capitán. Tampoco lo comprenderán aquí el Sr. Blaquier y los suyos —todavía estoy asombrado del discurso de la Rural que nos reveló este nuevo exponente de la producción agropecuaria— porque son de la misma laya del Lord. Y con esto no los ofendo; sé que los halago.

NO VEN LOS QUE NO QUIEREN VER

Lo que ha pasado con nuestro proletariado rural no está en libros, pero lo ha visto desarrollarse cualquier hombre que ande entre los 50 y los 60 años y haya mirado sin anteojeras el drama de su pueblo. Pase que no lo haya visto don Julio Irazusta —aunque tenía ahí, a dos pasos, el barrio Frando de su poblado— ya que lagrimea: “Los pueblitos que habíamos visto florecientes, y parecían destinados a un porvenir de progreso indefinido, se estancaron y algunos se despoblaron quedando reducidos a ínfima expresión censística, habitados por ancianos y niños y el *mínimo de adultos más o menos bien ubicados*, o rutinarios, o amantes de su oficio para cambiarlo

a cierta edad, y sin los cuales se hubiera paralizado la vida nacional”.

El mal enlazador se castiga con su propio lazo. Para don Julio lo importante es que los pueblitos les sigan alegrando la vista con su florecimiento, para lo cual los *no ubicados y sin oficio*, deben quedarse como el santo castigado, de cara a la pared, o sea corriendo la liebre. Y es crimen darles trabajo en otra parte. Porque reconoce que se han ido a la ciudad los desocupados y sin oficio.

No me extraña esta posición en el Sr. Irazusta, pues proviene de una linajuda familia de Gualeguaychú, con casa cerca de la Plaza, que es como decir en el Barrio Norte. Pero, no se le puede admitir a don Ezequiel Martínez Estrada, por su distinto origen. Éste es hijo de un cochero de San José de la Esquina, lo que no disminuye, pero lo obliga a saber lo que pasaba en los rancheríos.

EL “ESTATUTO DEL PEON”

En este asunto de los “cabecitas negras”, estoy defendiendo algo en lo que creo tener alguna parte, aunque más se refiere al peón de estancia. Debo hacer presente que un establecimiento ganadero, con 2 ó 3 millones de pesos de capital, se maneja a lo sumo con dos o tres peones, uno por millón, de manera que el salario no representa costo apreciable y más se gasta en reparación de automotores y aceite para los molinos, que en el trabajo humano. Otra cosa es que el patrón sienta perdido su dominio del hombre.

La queja habrá podido originarse, en todo caso, en que el patrón no pudo elegir a voluntad, como lo hacía con la excesiva oferta de brazos que tuvo antes. Estos son problemas que origina la plena ocupación, pero que no autorizan a nadie para hacerse campeón de la desocupación y la miseria. Además, la plena ocupación compensa el menor rinde unitario con el aumento en el mercado de consumo. Pero, hay dragoneantes

de economistas que quieren "la chancha, los veinte y la máquina de hacer chorizos".

La culpa que confieso es haber lanzado las palabras "estatuto del peón" ante quien podía establecerlo y esto lo hice recogiendo de labios del Dr. Luis Güemes el relato de un verdadero estatuto del gaucho, que había implantado el caudillo de Salta para proteger a sus paisanos, cuando amurallaban con sus pechos el frente Norte de nuestra Independencia. Cuando murió esa institución rastreada vaya a saber en qué reminiscencia visigótica, cayó en el olvido. Y después se preguntan por qué el gaucho apoyó a los caudillos. ¡Qué civilización y barbarie y qué niño muerto! *El caudillo era el sindicato del gaucho.* (1)

Cien años después, en la Quebrada de Lesser, he pasado con Adolfo Güemes por la finca de Luis Patrón Costas, y viendo ranchos sin techo y sin puertas, le he preguntado al nieto del prócer qué significaban. Don Adolfo me explicó que era una vieja institución: el amo proveía las paredes y el suelo, y el paisano traía las puertas y el techo, que se llevaba al irse. A cambio de esa ocupación debía prestar algunos días de ser-

(1) Ver en "El Medio Pelo en la Sociedad Argentina" las citas de Juan Agustín García, Joaquín Díaz de Vivar y del general José María Paz sobre el significado del caudillo, y particularmente el caudillo militar de la Guerra de la Independencia en el conflicto de clases en la sociedad tradicional. Lo mismo en Manuel García Soriano en "Revisión histórica" (Revista del Instituto de Estudios Históricos y Sociales Argentinos "Alejandro Heredia" de Tucumán, número de Mayo 1960-1961). En especial Jorge Eneas Spilimbergo en "Izquierda Nacional" (octubre de 1966, número 3) excelente estudio que explica la conspiración de la oligarquía salteña y su connivencia con el ejército español hasta lograr el asesinato de Güemes en el que se encuentra el fracaso de la acción de pinzas, planeada por San Martín e impedida por Rivadavia, y cuya consecuencia será la renuncia de Guayaquil y la segregación del Alto Perú propiciada por los unitarios. La fuente más importante de este trabajo es la "Historia del general Güemes y la provincia de Salta, o sea, de la Independencia argentina" del salteño Bernardo Frías, solo parcialmente publicada y de bastante oculto acceso. Para la "gente decente" de Salta la Guerra de la Independencia significaba la

vicio personal a la finca. Era casi el siervo de la gleba. Pero, con todo, es más envidiable su suerte que la de los condenados a la miseria sin trabajo de los "pueblitos florecientes".

Este Martínez Estrada fue de mozo payador, y de los buenos. Se ha metido después a practicar como ensayista, en lo económico y social, que exige ser concreto. Payador y todo, no toca ni de oído, ni por música, ni por cifra, que es el modo de los que no somos académicos. Fuese siquiera,

insurrección de la "chusma" y Güemes era un traidor a su clase. La misma situación que con Artigas. Ver también: "Güemes Leyenda y Realidad" de Juan Manuel de los Ríos. Ed. del autor, Salta 1966. Este último me advierte que en el Reglamento Provisorio de 1817 existía una disposición que establecía el "fuero militar" o "fuero de guerra" a favor de los soldados de los ejércitos de la Patria participantes en la Guerra de la Independencia, pero esta disposición no se extendía a las milicias irregulares, los "gauchos", porque no registraban entre los cuadros oficiales de ningún regimiento. Entonces el gobernador Güemes, en abril de 1818, convocó una asamblea de afincados en la casa del Provisor Dr. Figueroa que hizo extensivo este fuero militar a las milicias gauchas, ampliando sus alcances. El bando firmado por Güemes, del 11 de abril del mismo año exime del pago de arriendo a todos los paisanos que participan directa o indirectamente en esta guerra con sus personas o sus bienes. Se los eximió de las obligaciones anexas al arriendo y se estableció la prohibición de ejecutar o compeler al pago a ninguno de los soldados. Esto fue provocando la irritación de la clase afincada contra Güemes y sus gauchos y la tensión en aumento terminó con las convulsiones que en 1821 determinaron la muerte del caudillo en oscuro episodio. En esta materia, agrego yo, la historia oficial ha hecho lo posible por ocultar la colusión entre realistas y afincados de Salta. Todo esto debe tenerse presente cuando en este libro, como en "El medio pelo en la sociedad argentina", señalo que las Guerras de la Independencia provocaron la presencia en el Estado de la hasta entonces pasiva clase inferior —el conflicto entre el jefe militar que deviene caudillo al defender a sus soldados de las exigencias patronales motivando la aparición de una fuerza político-social que se opondrá al planeamiento del país según las exigencias de la división internacional del trabajo. Para hacerlo fue necesario aniquilar esas resistencias y reducir la plebe a una situación pasiva como la anterior a 1810 en una economía que para el interior significó la ruina de sus actividades productivas de la autosuficiencia anterior. El decreto de Güemes referido consta en el legajo 10.574, que puede consultarse en el Archivo General de la Nación.

como el negro payador que cuenta Vicente Martínez Cuitiño, al que le pidieron que improvisara sobre la metempsícosis:

*Al que me mete en sicosis
le diré con verso vario,
¿por qué al mandar la pregunta
no me mandó el diccionario?*

Pero éste no pidió el diccionario, y a falta de tema conocido hizo de sus lacerías culpa del país, alzándose como un profeta, en grotesca simbiosis de Job y de Ezequiel: “espero que han de ser un día los peronistas quienes me comprendan y quienes me den razón. Eso indicaría que el Espíritu del Señor habría descendido sobre mi pueblo”.

¡No pide nada el mozo! Pretende que el espíritu del Señor descienda a explicarnos sus galimatías. Más fácil le será al espíritu del Señor doblar a este soberbio que tiene el “duro corazón de los cultos” para que intente entender a su pueblo.

Hay otro procedimiento: es el que dicen aplicó el general Velazco —¡tiempos crueles aquellos!— a un mocito que le faltó el respeto a un “cabecita negra”.

Lo puso en penitencia y le hizo escribir mil veces en un cuaderno: “Debo tratar con respeto a mis hermanos del interior”.

CAPÍTULO II

CONTINUAMOS CON EL RADIOGRAFO DE LA PAMPA DE LA "LEY DE VAGOS" AL OBRERO INDUSTRIAL

Veamos ahora cómo el desplazamiento de las capas más pobres de la sociedad —esas migraciones provocadas por las transformaciones económicas—, es acompañado por fenómenos políticos y sociales, en todo el curso de nuestra historia. Y de paso, señalemos como un hecho histórico la incompreensión de la mayoría de los intelectuales que se creen "progresistas" porque han leído cuatro libros y aprendido unas pocas fórmulas de importación, pero se vuelven airados contra las tentativas populares para que el nuevo orden económico los comprenda en sus beneficios, si los hay, o por lo menos no los deje fuera del cuadro de la producción.

Dejemos la palabra a Juan Alvarez: "Por falta de método en los estudios, el pasado argentino parece como un confuso amontonamiento de violencias y desórdenes y es general la creencia de que millares de hombres lucharon y murieron en nuestros campos por simple afección hacia determinados efes y sin causa alguna que obrara hondamente sobre sus intereses, sus derechos o sus medios de vida actuales. El despectivo *South América* viene a ser de este modo una creación de los mismos sudamericanos. Buena parte del

error emana de atribuir más importancia al aspecto externo de los hechos que a la investigación de las causas. Es como si se confundiera el detonante con la sustancia explosiva. Casi siempre actuó a modo de detonante un jefe militar o un caudillo y quienes lo seguían exteriorizaron el propósito de elevarlo a la primera magistratura; por ello aparece la revolución como resultado de la voluntad del caudillo; pero con el mismo criterio podría asegurarse que la alza o la baja de los precios depende exclusivamente de los rematadores. En efecto, los intereses o aspiraciones de un solo hombre no explican la actitud de las muchedumbres mejor que las aspiraciones e intereses de esas muchedumbres. ...La adhesión al jefe nace de la ineptitud de las masas para reformar la legislación o el estado de cosas que motiva el estallido; le obedecen, como seguirían las órdenes del médico para curar la enfermedad que no atinan a combatir por sí mismos. Hay sitio, sin duda, para la sugestión del que manda y el afecto del que se deja arrastrar; estos dos elementos no bastan por sí solos para determinar un estado crónico de guerra social”.

Tal dice Juan Alvarez en “Las Guerras Civiles Argentinas” (pág. 4). Juan Alvarez es figura de primera línea en los cuadros acatados intelectualmente. Aunque su pensamiento ha sido poco difundido, a su persona se le dio rango de primera línea. No olvidemos que en la crisis del año cuarenta y cinco se recurre a él para formar en el intentado gobierno de restauración oligárquica. Recientemente su memoria ha sido objeto de homenajes por el actual gobierno; pero, se cuidarán de no cumplir el mejor y más útil: la difusión de su pensamiento escrito.

En el párrafo que acabo de transcribir va implícita la condenación del método de nuestra “intelligentzia” y esa falsa historia destinada a habituar al argentino a la idea de que todo lo que aquí ha ocurrido, desde que el primer unitario degolló al primer deferal, o vice-versa, es solo el producto de nuestra “incultura social”, y de que nuestra historia se

desarrolla en la estratósfera sin que incidan sobre ella todos los factores externos que gravitan en la de los demás pueblos.

Hable usted con esos "cultos" y le explicarán minuciosamente qué hay detrás de los bandos que dividen a Egipto o al Irak, a los turcos o a los congolese; hasta sabrán explicarle qué sutiles diferencias separan a Republicanos de Demócratas en los Estados Unidos. Pero no traslade el problema a su país e intente develar los factores en juego, porque aquí es un simple problema de alfabeto o de virtudes domésticas. Y peor será si se le ocurre intentar otra interpretación, porque inmediatamente le darán una interpretación libresca, según el último catálogo, y sin tomarse el trabajo de pasar la vista sobre el medio que lo circunda.

PRUEBAS AL CANTO

Veamos sólo los títulos de los siete capítulos que componen el libro de Martínez Estrada: Libro I. — Los espíritus elementales de la tierra (*Fausto*, de Goethe). Libro II. — Fafner, Mime y los Gnomos (*El anillo de los Nibelungos*, de Wagner). Libro III. — Koros, Hybris, Ate (Toynbee). Libro IV. — Las vidas paralelas (Plutarco). Libro V. — El destino es la Política (*Napoleón: Diálogo con Goethe*). El hombre "Zoo Político" (Aristóteles). Libro VI. — El Capital y el Trabajo o la Lucha de Clases (*Manifiesto Comunista*, Marx-Engels). Libro VII. — Los Daimones del Alma (*El Yo y lo Inconsciente*, de Jung).

Recuerdo que el autor está intentando explicar un hecho argentino. ¿Para qué más comentario?

Sigamos con Juan Álvarez como contrafigura.

Como éste nos ha explicado la génesis de los caudillos nos explica el desplazamiento de la población motivado por el cambio en la forma de producción y comercio, subsiguientes a la aplicación del libre cambio como consecuencia de nuestra separación de la metrópoli española. Estos desplazamientos,

como el que señalé anteriormente, no son cosa nueva, pero han pasado inadvertidos a nuestra "cultura", que no ha intentado resolverlos en beneficio del hombre argentino.

LA LIBERTAD DE COMERCIO Y LA "LEY DE VAGOS"

Así dice Alvarez (pág. 13): "Precisamente el interior constituía por entonces la parte más poblada y rica del Virreynato de Buenos Aires y el litoral la más atrasada y pobre. Puede estimarse que a principios del siglo XIX, sobre cerca de un millón de habitantes —población total— correspondieron unos ciento treinta mil a la Intendencia de Buenos Aires, sesenta mil a la del Paraguay, doscientos veinte mil a la de Córdoba y Salta y el resto a la del Alto Perú".

Nos señala más adelante la caída de las industrias del interior, frente a la competencia de la mercadería importada por Inglaterra con ventajas de flete y producción en gran escala —y hasta dumping— y las consiguientes alteraciones de las economías regionales y su conformación social, con el nomadismo y las emigraciones que fueron sus consecuencias. Vemos también cómo el progreso en un sentido es el anti-progreso en otro, pues lo que benefició a los importadores del puerto de Buenos Aires y a los propietarios de la tierra del litoral, por la valorización consiguiente, se tradujo en el pauperismo del grueso de la población radicada en el interior. Entonces como ahora los teorizadores de una República Ideal se empeñaron en ignorar la naturaleza social y económica del fenómeno y hasta el fenómeno mismo, para considerarlo como un problema de cultura, suprimiendo al hombre como inadaptable. Recientemente he leído un artículo de uno de estos teorizadores, aconsejando la conveniencia de llevar los coyas de nuestra alta montaña a lugares donde sean más útiles, como unidades económicas, sin consideración alguna a las condiciones fisiológicas-históricas de los mismos, que lo impiden; mucho más prudente sería si tuviera que pensar en sus posi-

bles ganados, para cuyo caso consultaría las conveniencias del sujeto y del medio. (1)

Dice Álvarez: "Acrecióse al mismo tiempo el rigor contra los gauchos, que persistían en sus hábitos anteriores, hasta llegar al decreto del 30 de Agosto de 1815: Todo hombre de campo que no acreditara ante el Juez de Paz local tener propiedades, sería reputado sirviente y quedaba obligado a llevar papeleta de su patrón, visada cada tres meses, so pena de conceptuárselo vago. Importaba también vagancia para el sirviente transitar el territorio sin permiso del Juez; los así declarados vagos cumplirían cinco años de servicio militar o dos años de conchavo obligatorio la primera vez. y diez la segunda, en caso de no resultar aptos para las fatigas del ejército". Esta resolución fue dictada por el Gobernador Intendente de Buenos Aires, según consta en el Registro Oficial de la Nación y ha estado vigente en la práctica hasta hace menos de setenta años. (2)

Martín Fierro cantaba cosas que sus oyentes habían vivido, pero que la historia oficial de nuestros educadores ignora cuidadosamente, y así los comentaristas de Hernández suelen ser como los admiradores de Betinotti: mucho "pobre mi madre

(1) A Héctor Maya, ex-gobernador de Entre Ríos en la "Tiranía Sangrienta" le he oído un refrán paisano, de los suyos, recogido de la sabiduría popular: "plantas de sur a norte, animales de norte a sur", donde en una fórmula simple se enseña la relación entre los seres vivos y el clima, pero de la que los eruditos prescinden cuando se trata de los hombres, si estos hombres son cosa tan insignificante como los "coyas", cuyos organismos tiene una adecuación que corresponde a una altura y un clima determinado.

(2) Sobre este tema los ya citados artículos de Manuel García Soriano y especialmente Gastón Gori en "Vagos y mal entretenidos" (Ed. Colmegna, 1965). Este último trae bastantes antecedentes, aunque el trabajo esté escrito con las deformaciones típicas del mitro-marxismo, en la forzada adecuación de los hechos al esquema de la historia oficial, adoptado por el zurdismo, y que se analiza más adelante. Así es como sobre frases aisladas de Sarmiento hace aparecer a éste casi como un defensor, de los "bárbaros" para cuya destrucción adoctrinó sistemáticamente.

querida" y lágrimas para el difunto, pero siguen aplicando la misma norma para sus contemporáneos, y en cuanto alguno quiere afrontar el problema es puro hallarle pelos en la leche y recurrir al viejo sistema, cuando las circunstancias apuran.⁽³⁾

Así han ocultado los escritos políticos y sociales de Hernández, como el pensamiento de Guido Spano, disimulado tras los renglones llorosos de "Nenia", igual que las rectificaciones o aciertos de Sarmiento, Alberdi y el mismo Echeverría, para acomodarlos en la línea ortodoxa del mitrismo.

Volvamos a Álvarez: "Paréceme que esta explicación de los hechos permite comprender por qué, de Artigas a López Jordán, hubo permanentemente en nuestro país millares de hombres descontentos y dispuestos a rodear, con una popularidad que no conoció la guerra contra España, a cuantos se

(3) Hay muchos "tradicionalistas" que propician el monumento al gaucho pero se oponen al "Estatuto del Peón". Es que una cosa es el gaucho muerto y otra el gaucho vivo.

Abunda la gente de esta laya.

"La Nación", del 19 de marzo de 1967 en sus "Voces de Provincia" publica lo que transcribo:

"El olvidado "mensú".

"Falta un monumento que, haciendo justicia, evoque su legendaria figura, sirviendo también como testimonio de que, en la injusta organización social de la explotación del hombre por el hombre, es el explotado el que al final queda en el recuerdo de la gente de bien. Monumento que podría levantarse en la alta barranca de las cercanías del Puerto de Posadas, mirando a ese río que una vez lo navegó aguas arriba todavía ebrio de caña, mujeres y música; todavía animoso y cantando sobre la cubierta a proa, polkas como "Chendárecoi la culpa rojaitú yepé..." ("Yo no tengo la culpa de quererte tanto...").

Abrió picadas en la selva que luego serían caminos; fundó campamentos que luego serían prósperas poblaciones; con su sudor y con su sangre contribuyó a cimentar el progreso de Misiones.

La gesta de este primario héroe anónimo de la enconada lucha contra un medio inhospitalario merece tal recordación".

Invito al lector a que busque en la colección del mismo diario lo que decía sobre el mensú cada vez que "la legendaria figura", como dice ahora, "intentaba hacer valer sus derechos humanos..." en ocasión de los conflictos sociales del Alto Paraná. Adhiero a la idea del monumento pero reclamo que en el pedestal se transcriba en lápidas los

alzaron contra el gobierno autor de las nuevas fórmulas económicas”.

He aquí una pintura del pasado lejano que corresponde al pasado cercano que he descrito en el capítulo anterior. La “intelligentzia” de ahora, como la de entonces, frente a la tesis propuesta por la realidad, opone la antítesis de su fantasía (o del interés foráneo que representa) y se vuelve iracunda y abominadora cuando alguien intenta la síntesis sobre los únicos elementos con que puede hacerlo: los de esa realidad.

La verdad es que, así como el interior se vio obligado a la emigración y el nomadismo en el pasado argentino, los veinte millones de argentinos actuales no caben en los cuadros de una economía pastoril que está cubierta con siete u ocho.

juicios contemporáneos de la prensa colonial y las páginas de Rafael Barret en defensa del mensú cuando era mensú vivo...

Así Rafael Barret escribía mientras se iba extinguiendo el pueblo nativo de donde salieron los mensú:

Los departamentos de Yerbales, de Ygatinú, San Francisco, se han convertido en cementerios. Treinta años de explotación han exterminado la virilidad paraguaya entre Tebicuary Sud y el Paraná. El Tacurú-Pucú ha sido despoblado ocho veces por la Industrial. Casi todos los peones que han trabajado en el Alto Paraná desde 1890 a 1900 han muerto. De trescientos hombres sacados en Villa Rica en 1900 para los yerbales de Tormenta en el Brasil no volvieron más de veinte. Ahora se rafla por las Misiones argentinas, Corrientes, Entre Ríos. Julián S. Bouvier dice sobre Misiones: Así se mató a casi toda la juventud paraguaya. Así se mató a la juventud misionera de Santa Ana, Candelaria, Corpus, Cerro Porá, San Ignacio, Posadas... Por allí andan los hombres de Núñez y Gibaja y de Domingo Barthe, pasando el rastrillo sobre los hombres sanos y atrayéndolos con el espejismo del anticipo, contrata que empieza con dinero para gastarlo en caña y prostitutas. Hay la marca de una yerba, la Flor de Lys que “inmortalizó” el apodo de una prostituta que sirvió de gancho a la contrata de los que marcharon monte adentro bajo el látigo y el Winchester del “capanga” y que no pudieron nunca volver, librados del anticipo...

Pero nada de esto fue publicado en los grandes diarios cuando era oportuno pensar en el hombre y no en la estatua. Entonces el pionero era el empresario y su “capanga”... nunca el mensú cuya protesta se ahogaba en sangre con el pretexto del anarquismo, que era el usado entonces en nombre del patriotismo...

No caben en las condiciones de la producción anterior y menos en un agrarismo tecnificado. No pueden volver al campo y su único horizonte es la guerra social, si el país no se recobra de este mal paso y vuelve a encarrilarse por la ruta de la transformación necesaria. La única solución es la que se ha dado: la transferencia del exceso de campesinos a la producción urbana; más aún, es la única solución del mismo campo, cuya única base sería de consumo es el alto nivel de vida proletario y la apertura de mercados nuevos, que no condicionen nuestra producción al mantenimiento de una economía de factoría. Por otra parte, la ciudad es el mercado natural de la agricultura diversificada e intensiva, que nos liberará de esa angustia colonial que oscila entre el miedo a perder las cosechas por los factores climáticos y el temor de no poder venderlas, si éstos le son favorables. De más está decir, por añadidura, que este fenómeno de la emigración campesina es universal.

Parecen cosas de Perogrullo. Pero, encarar el problema importa enfrentar el destino que se nos tiene asignado en los cuadros extranjeros y al que sirven los teorizadores de la "intelligentzia".

OTRA VEZ LIBROS Y ALPARGATAS

Se esmera Martínez Estrada, con intención peyorativa, en establecer la continuidad histórica del proceso que dio origen al partido federal primero, al radicalismo más tarde, y por último al movimiento popular de 1945. Está en la línea de "Civilización y Barbarie". ¿Cuándo no? ¿Qué extrañar entonces que donde nosotros encontramos el enfrentamiento de opresores y oprimidos, de minorías extranjerizantes y mayorías nacionales, de coloniales y emancipadores, él sólo encuentre el de libros y alpargatas, el de "cultos" y "bárbaros?"

Citemos a Martínez Estrada: "Al verter en las ciudades a la población rural, en las fábricas a los peones de campo —en las fábricas y en los arsenales— injertó en un cuerpo

de por sí anémico como era nuestro proletariado urbano, un elemento retardatario y estabilizador, como lo es el campesinado en todas partes del mundo. La esclavitud de la gleba, que se dice en la lengua poética de los agitadores, se convirtió entre nosotros en la servidumbre de los pastores o del rebaño político en masa. No liberó con ello al campesino de su ancestral y proverbial esclavitud a la tierra sino que sometió a servidumbre campesina al obrero de fábrica y almacén”.

¿Pero de dónde cree esta alquitarada flor de tara que han salido los demás obreros del mundo a medida que se desarrolló la industria? ¿De un fermentario socialista, de una biblioteca o de un laboratorio? Para qué seguir: no puede ser más evidente la capciosidad destinada a sostener que el país debe estratificarse en la forma de protección que conviene al coloniaje.

Estamos otra vez en la famosa oposición de libros y alpargatas que inventó Ghioldi, uno de la misma laya, con el resultado que era de prever: las masas populares hicieron del agravio una divisa.

Al hombre que no es un intelectual, y por eso razona según el orden de la naturaleza, se le ocurre que en el orden de las demandas humanas, que es el mismo, están primero las alpargatas que los libros. El fuego debe calentar de abajo, dice Fierro, y la cultura debe ir precedida de zapatos, ropa, frazadas y pan. Pero la tradición de la “intelligentzia” argentina es al revés, porque su amo imperial es vencedor de ideas, y lo que quiere comprar barato es lo que los “cabecitas negras” pretenden consumir. ⁽¹⁾ Estos pensadores son de la misma

(1) Hace varios años en la Sección Literaria de “La Nación” se publicó una nota de un periodista español radicado en Perú que hacía un paralelo entre Joaquín Costa, político y polígrafo español, con nuestro Sarmiento. Se los identificaba por cuanto Costa tenía como divisas **DESPENSA Y ALFABETO**, y Sarmiento **ALFABETO**. Este es un sofisma deliberado pues precisamente representaban lo contrario. Costa ponía como condición previa de la alfabetización, la despensa; Sarmiento se olvidaba de ésta esperando que de la alfabetización surgiera la des-

índole de los médicos que le proponen complejos vitamínicos al que está necesitando un churrasco y de los que dan conferencias a los santiagueños en lugar de agua corriente: con agua corriente y cuarenta grados de temperatura la gente se baña a pálpito y sin necesidad de iniciación cultural. Perdóneme el lector si mis reflexiones son un poco pedestres; no encuentro modo de desasnar estos inteligentes que no sea sacándolos por la oreja del ámbito de mentiras solemnes y recíproco bombo en que actúan.

pensa, lo que es invertir el orden de la naturaleza pues "la cultura" requiere primero, o siquiera paralelamente, resolver las condiciones de existencia del que la va a recibir.

El "primus vivere" no es sólo para los filósofos; vale también para los chiquillos subalimentados y desnudos. La educación debe apoyarse sobre sus bases naturales, como cualquier hecho de cultura tanto por razones fisiológicas, como por razones exclusivamente culturales que exigen una relación de fines a medios.

Un estanciero muy rico de la Provincia de Buenos Aires quiso mejorar las aptitudes hogareñas de las mujeres de los puesteros y les enseñaba a tejer; pero como era muy "amarrete" no les compraba agujas ni lana, y así empezó por el punto cadena que les enseñaba juntando el índice y el pulgar de la mano izquierda y pasando por el aro así formado el índice de la mano derecha. Inténtelo Ud., y verá que no enseña a tejer, pues lo que resulta es una safaduría.

Pero la referencia de "La Nación" se reitera, porque todas estas maliciosas deformaciones pedagógicas tienen cabida en sus columnas. Ahora mismo, mientras escribo, acabo de leer en el número dominical del 12 de marzo de 1967, un artículo de León Halperin titulado "La promoción social de la educación en países europeos" donde relata la importancia de la enseñanza técnica en el Viejo Continente para terminar con lo siguiente:

"Cierro esta nota con la mención de algunos párrafos de un editorial del diario "ABC" de Madrid, del 1º de diciembre pasado".

"La clave del desarrollo reside en la educación de los pueblos. En una reunión del Consejo de Europa se lanzó este grito subversivo: ¡Ministros de educación, uníos contra los ministros de hacienda! *La economía comienza siempre por el alfabeto*".

Se trata de desviar hacia un conflicto financiero pedagógico, el problema básico económico-cultural cuyo punto de partida es la situa-

CULTURA Y NIVEL DE VIDA

Si hubiera sabido mirar habría visto cómo ese campesino fue cada día más un obrero; al principio a ese hombre, al que la miseria consuetudinaria había privado de otras necesidades que las elementales, le sobró el dinero y lo dilapidó en pañuelos de seda, en perfumes o en discos fonográficos: varias generaciones de criollos, a través del nieto de Martín Fierro, compraban sueños cuando compraban chiches. Habría visto después cómo fue vistiéndose mejor, introduciendo mejoras en su hogar, alimentándose racionalmente, graduando sus

ción social, es decir, el hombre que ha de ser receptáculo de la enseñanza. Mejor haría el Sr. Halperin en decirnos qué han hecho esos países de Europa previamente a la enseñanza técnica, promoviendo el levantamiento del nivel de vida y las condiciones de producción para que la enseñanza técnica no sea como la del punto cadena del estanciero citado.

Promover la enseñanza técnica sin crear paralelamente las condiciones de aplicación de la técnica es fabricar técnicos para la emigración, o para que decoren la salida con un título inútil, y alfabetizar niños cuyos hogares no estén en los niveles de vida correspondientes a la alfabetización es como levantar agua con horquilla. Todas las escuelas mecánicas que hay en el país no han producido el 1 por mil de los tomeros que produjo el desarrollo industrial que en pocos años convirtió peones de "pata al suelo" en obreros especializados, y todas las escuelas y facultades de comercio y economía no pudieron divulgar elementales conocimientos de los negocios y de las actividades comerciales, que ahora son conocimiento común de los argentinos gracias a una etapa de expansión que se vivió. No se trata de que la enseñanza técnica no sea necesaria, pero es inútil si no están dadas las condiciones para su efectividad, como no se trata de no alfabetizar, sino de alfabetizar sobre una sociedad en condiciones de recibir el alfabeto y ponerlo a su servicio.

Aquí está la trampa de la pedagogía colonialista. Impedir el desarrollo de nuestra cultura y barnizar al mismo tiempo el país de una apariencia cultural; desvincular la cultura de la vida concreta, para que sea un adorno, una decoración de "pega" que oculta y hasta impide obrar a los factores verdaderos de la realización cultural desde su base propia y necesaria.

Esta referencia parece un poco larga pero es útil para comprender la técnica de la colonización pedagógica. (Nota de la 3ª Ed.).

diversiones a medida que las nuevas necesidades a satisfacer crecían con su cultura de consumo, que sólo puede lograrse sobre bases económicas. Paulatinamente fue entrando en los consumos de la cultura. Hable, señor Martínez Estrada, con uno de esos hombres; posiblemente ignorará a Goethe, a Toynbee, a Plutarco o a Jung —esa erudición deslumbrante de nuestro macaneador— pero conocerá mucho mejor que Ud. los problemas de su sindicato y los de la sociedad en que vive, las incidencias de la modificación de los cambios en su economía familiar y en la de la Nación, y sobre todo quiénes son y dónde están sus enemigos. Esas “acémilas”, como las llama amablemente, se encontraron en un momento con un exceso de numerario que no sabían gastar ni ahorrar; pero el ausentismo en las fábricas, que fue su consecuencia, fue desapareciendo a medida que las necesidades de la cultura reclamaron esos excedentes de salario, (1)

(1) Con motivo del actual registro de extranjeros supuestamente destinado a controlar la inmigración clandestina se ha podido constatar como predominan en gran parte de las llamadas “Villas Miserias” los nativos de los países limítrofes de más bajo nivel de vida, pues sus primitivos pobladores de origen provinciano a medida que fueron aumentando sus recursos, adquirieron nuevos hábitos y nuevas necesidades de consumo, en razón de lo cual han ido poco a poco trasladándose hacia las modestas construcciones del gran Buenos Aires. Lo mismo ocurrirá con los nuevos ocupantes, a falta de una solución más acelerada a cargo del Estado, pero sólo en la medida en que los recursos faciliten la creación de necesidades; un nivel más alto de cultura, es inseparable del económico, que le es previo. Pero esto mismo no se resuelve de un día para otro porque el mejoramiento económico debe anteceder con el espacio de tiempo suficiente para que incida en la modificación cultural, difícil de realizar en una sola generación.

Es una particularidad que he señalado muchas veces, que en los países de inmigración, los hijos educan a los padres, porque éstos se crían en un medio más propicio al desarrollo cultural en razón de la mejor base económica y social que encuentran en su infancia. Lo que sucede con la población procedente del interior o de los países limítrofes americanos, sucedió respecto de la inmigración masiva procedente del mediodía de Europa. Los hijos nacidos y criados en un mejor standard de vida traían de la escuela y de la convivencia con sus com-

El obrero principiante y torpe se fue perfeccionando con la costumbre de la técnica, y "el cuerpo anémico del proletariado urbano" se vigorizó hasta dar por resultado organizaciones sindicales con un poder y una disciplina tal que siguen existiendo, cuando destruidas implacablemente, ya no queda vestigio de su apariencia formal. Aún por las "acémilas" se ha dicho que las cargas se acomodan sobre la marcha, y es siempre así en la historia no escrita por pazguatos.

Añora el señor Martínez Estrada el plácido sindicalismo ideológico con italianos baratos, importados a granel. Pero ahora Italia no manda aquel inmigrante, sino estos "tecnicí" exigentes que hemos visto estos años últimos por las calles de Buenos Aires, con su cartapacio bajo la axila, en que con una sugestión de planos se esconde el gigantesco "sandwich" de milanese.

pañeros, normas, ejemplos y hábitos que iban transformando a los padres; éstos, por sus hijos, iban paulatinamente adquiriendo necesidades y gustos propios de un nivel de cultura distinto al que sus padres habían conocido. En este sentido hay que carecer de capacidad de observación para no percibir, aunque más no sea en el ambiente de los "cabecitas negras" que ya llevan años de asentamiento, en la vestimenta de las criaturas, el contraste con la que a la misma edad llevaban los padres en sus lugares de origen. Es que no es "moco de pavo" afrontar el problema de sociedades enteras en las que durante más de cien años la miseria absoluta fue el signo, y se creyó que curarla era un simple problema de alfabeto, invirtiendo el orden natural que es pan, techo, ropa, y después alfabeto. O simplificando, trabajo, es decir despensa, y después educación. Como decía Joaquín Costa, y no como creía Sarmiento y siguen creyendo los sarmientistas. En la tan usada fórmula de "Dios, patria y hogar" también se invierten los términos queriendo hacer de Dios y Patria cómodos sucedáneos que excluyen la responsabilidad de la creación de las condiciones básicas del ascenso espiritual de un pueblo. A éstos también les cabe lo que es inútil decirle a los liberales: "a Dios rogando pero con el mazo dando". Y lo están diciendo las encíclicas. (Nota de la 3ª Ed.).

LA LANZA, LA LIBRETA DE ENROLAMIENTO Y EL CARNET SINDICAL

Volvamos a la línea histórica que señala el mismo Martínez Estrada: Federal, Radicalismo Yrigoyenista y Revolución de 1945.

Recogemos con orgullo lo que para Martínez Estrada es despectivo. Es muy clara esta filiación que arranca desde los días del Partido Federal. Lo era también para el radicalismo de Yrigoyen —en quien hasta venía de raza— hasta que éste dejó de ser Yrigoyenista y fue captado por los “galeritas” quienes le deformaron el estilo, el pensamiento y los orígenes. Los que han quedado en el radicalismo, fieles a las líneas iniciales, y las nuevas promociones, lo reconocen, aunque con una timidez explicable en quienes por coincidencias táctica, eventuales han tenido que compartir las propagandas de corte foráneo que han nutrido su acción de los últimos años, y la reverencia que se han visto obligados a profesar a los órganos de opinión, a los intelectuales y a los próceres del entreguismo. Aún recuerdo risueñamente el horror de los “galeritas” cuando nos encontrábamos con ellos en la Recoleta, para rendir homenaje a Yrigoyen, y de vuelta dejábamos unas flores sobre la tumba de Facundo, tan cercana —¡ay!— a la del General Alvear.

Debe haber sido mucha la confusión introducida por las “malas juntas” para que un hombre viejo como Ricardo Caballero, en su libro “Yrigoyen y la Revolución de 1905” —tan sabroso de anécdotas y hechos vividos— se desoriente en lo contemporáneo y después de establecer la filiación histórica de su partido, no reconozca al mismo pueblo que pasa ante sus ojos. Lo mismo le sucede a Félix Luna, joven y enjundioso escritor radical que viene rastreando desde Los Llanos, “tras la sombra terrible de Facundo”, la huella de las multitudes argentinas, para perderla en cuanto llegan al afirmado

y se derraman por las calles que corren entre las altas paredes de las fábricas. (1)

¡Qué fácil, sin embargo, le hubiera sido seguir su rastro y percibir cómo la lanza, el sufragio y el sindicato señalan sucesivamente los tres momentos de su historia! Porque fuera de esos tres momentos no tienen historia. Pero ya la memoria de las multitudes federales, ellas reaparecen en la escena con el Radicalismo que es su cauce de protesta y esperanza. Si el hombre del ayer remoto valió un hombre porque valía una lanza, este hombre del sufragio valió un hombre porque valía un voto. Dejó de ser cosa despreciable para el patrón, para el Juez de Paz, para el comisario, porque la Libreta de Enrolamiento le dio cotización en las jerarquías humanas. Y tuvo padrino, porque al patriarca extinguido lo

(1) En 1966 el mencionado autor ha publicado "Los caudillos" y ha logrado ya identificar las multitudes federales con las que "se derraman contemporáneamente por entre las calles que corren entre las altas paredes de las fábricas". Ha comprendido también por qué, *el caudillo es el sindicato del gaucho*. Espero que pronto comprenda la falsedad del esquema civilización y barbarie que es el disfraz de lo anti-nacional y lo nacional, y se deje de buscar una transacción, que todavía cree, puede ser síntesis. Bastará con entender bien a los caudillos que lo vieron a Rosas como esa síntesis de equilibrio entre el litoral, favorecido por su incorporación al mercado mundial en las condiciones del siglo XIX, y el interior con una estructura económica de autosatisfacción, cuya vigencia había que conservar para hacer la integración del país.

Es cuestión de que el nuevo revisionismo queme los últimos mitos de la historiografía liberal, y afronte el análisis histórico con el realismo político con que los caudillos reivindicados comprendieron a Don Juan Manuel, como expresión de síntesis circunstancial. Esa, que Urquiza después, no supo o no quiso ser, cuando abandonó a sus hombres para encerrarse en su ínsula entrerriana como señor absoluto, usufructuando el monopolio de los beneficios de la "civilización", con una sensualidad que hubo en el Palacio de Concepción del Uruguay, y no en la casona de Palermo. Porque Urquiza de político devino estanciero, y Rosas de estanciero devino político.

Lo primero es prosperar y lo segundo "jorobarse", como el mismo Don Juan Manuel lo dijo. (Nota de la 3ª Ed.).

vino a suplir el caudillo de campaña o de barrio, que no lo sobornó tanto como se ha dicho, sino que lo respaldó en las desigualdades de la igualdad sólo formal de la ley, y le resolvió los mismos problemas que son gigantescos para el desamparado: el entierro del deudo, la cama del hospital, la arbitrariedad policial, la prepotencia del poderoso, la receta del médico y esa farmacopea del caudillo que son las muestras gratis; fue tiempo de postulantes en la administración pública, de paternalismo a lo Jackson, dice Martínez Estrada, y de beneficencia colectiva. Martínez Estrada señala los efectos, pero no las causas generadoras del mal y olvida también que con horror de toda la "cultura"—tengo presente los editoriales de la "prensa seria"— por primera vez los jefes sindicales entraron a parlamentar en la Casa de Gobierno con los gerentes de las empresas. Fue tiempo de agudas luchas sociales, y anota Martínez Estrada los errores, cuidando de silenciar los aciertos, que fueron muchos más.

La llegada del radicalismo al poder coincidió además con una nueva tentativa del país para salir de la economía colonialista de signo agropecuario; fue el comienzo de la industrialización, favorecida por la guerra 1914-1918 y por algunas sabias medidas proteccionistas —como el cierre de la Caja de Conversión y la devaluación monetaria consiguiente— y comenzaron entonces las primeras emigraciones de los suburbios de los pueblos de campaña hacia los centros fabriles en formación.

Nuestros académicos en democracia y derecho político —pudiera ser uno de ellos Carloncho Sánchez Viamonte, ese pícaro Don Juan de constituciones— debaten con pintoresca seriedad la cuestión del sufragio como problema de cultura, rehuyendo su significación social; por eso ignoran que la posesión de la Libreta de Enrolamiento le dio a los hijos del país, juntamente con una jerarquización social, la conciencia de su responsabilidad en el destino nacional. Conviene además señalar aquí cómo el radicalismo de Yrigoyen recogió en el

mismo cauce que a las muchedumbres criollas de ascendencia federal, a las nuevas promociones procedentes de la inmigración cuyos hijos, constituyentes de una nueva clase media, no tenían cabida en los cuadros de la política contemporánea. Esa absorción hecha por el Yrigoyenismo impidió que se cumpliera lo que había planificado el sonzaje intelectual: el país como un campamento de colonias extranjeras, separadas entre sí, llenas de pequeñas rivalidades y conservando sus usos y costumbres originarias. Los que hemos vivido y observado desde principio de siglo, recordamos la entrada a los Tedeums de las fiestas patrias, con el choque inevitable, por cuestiones de rango, entre los abanderados de la Sociedad Española de Socorros Mutuos y los de la Porta Pía, y aún entre los de la Porta Pía, mazzinianos y masones y los de la Príncipe di Nápoli, devotos del "Re galantuomo". Las peleas de los 14 de Julio entre Bonapartistas y Gambettistas, que exhumaban para esa fecha sus viejas pasiones políticas junto con los "jaquets" y las levistas arratonadas. Los hijos se desprendieron de las preocupaciones de sus padres y los profesionales recién egresados, los herederos de los almacenes de ramos generales o de las chacras, y los empleados, se dieron a una idea por la que entraban en lo nacional. Solo que esto no fue muy profundo, pues conspiraba contra ello toda esa "cultura" argentina a que me estoy refiriendo, sembrada desde la escuela, la cátedra, el libro y el periódico. Se desligaron de la formación de sus padres, pero como argentinos se les ofreció el híbrido producto que estoy comentando. Esa falta de base nacional hizo posible la desnaturalización del radicalismo —sobre la que ahora parece se intenta reaccionar en cuanto murió Hipólito Yrigoyen, que vivió en permanente lucha con los deformadores. Cuando él murió quedó una etiqueta vacía de contenido que entró al mercado de la transacción imperialista. Un pequeño núcleo de hombres recogió su consigna, tan amarga en la boca de un viejo: "Hay que empezar de nuevo". Así nació F.O.R.J.A.

Vino la "década infame". El fraude desvalorizó el voto y con él la Libreta de Enrolamiento; con esa desvalorización el hombre común quedó reducido a cosa del montón. Con la complicidad de Socialistas primero y de Radicales después, se sancionó la serie de leyes que denominamos "Estatuto legal del Coloniaje" con que se intentó frenar la evolución del país.

Pero, en 1945, las multitudes volvieron al escenario. La última guerra mundial dio una nueva oportunidad para que el país saliera del esquema agropecuario. Las previsiones establecidas para impedirlo se debilitaron ante las exigencias imperiosas del aprovisionamiento imperial, y los cuantiosos márgenes de utilidad; la atención vigilante de la política imperial estaba absorbida por exigencias más inmediatas. Con el desarrollo industrial comenzó la demanda de brazos y la ocupación en aumento fortaleció las organizaciones sindicales. Estas crecían paralelamente al desarrollo industrial y el hombre del común venía empujando otra fuerza a la que la oportunidad le daba poder: el sindicato. El movimiento político que integró su programa con tres banderas: soberanía, liberación y justicia social, expresaba por un nuevo instrumento, con la presencia del pueblo en el escenario, las mismas viejas demandas de la historia. El hombre, al rescatar el sufragio rescataba la dignidad ciudadana de que lo había privado el fraude. Pero esta vez un nuevo instrumento estaba en sus manos para dar vida a la esperanza de todos sus días y sus noches: el sindicato.

La secuela histórica se iba cumpliendo: la lanza, primero; la Libreta de Enrolamiento, después; ahora el carnet sindical.

EL PLAN INSTITUCIONAL

Ya sabemos lo que pasa ahora con el sindicato. Veremos lo que pasará después con el sufragio.

Dos experiencias históricas han enseñado a nuestros colonizadores que cada vez que el pueblo está presente en el Es-

tado, deja éste de ser su instrumento, para serlo de la Nación. Han comprobado también que los grandes movimientos de opinión son difícilmente controlables y que son mucho más dóciles los partidos minoritarios.

Estamos así en presencia de una reforma institucional en marcha. Se empezará por la representación proporcional cuyo objeto es dislocar las fuerzas históricas representativas de lo nacional, para facilitar la tarea de los ideólogos y los pequeños grupos, disociando lo popular. Los gobernantes no serían así el resultado de fuerzas históricas, de mayorías nacionales unificadas en un pensamiento, sino de combinaciones de trastienda, de tomas y dadas dirigidos por los gestores del interés extranjero.⁽¹⁾ Se complementará esto después con el sistema de gobierno parlamentario, para que, disminuida la autoridad del Poder Ejecutivo, éste sea el resultado de los "caucus" par-

(1) Como se ve. ya en 1957 anticipé el establecimiento de la representación proporcional, con el objeto de impedir la existencia de fuerzas políticas históricamente responsables y unitivas, disgregando la representación legislativa y la composición de los colegios electorales para favorecer las combinaciones de trastienda, como si no bastaran el fraude o la interdicción de las fuerzas mayoritarias. El objetivo anunciado se cumplió después: era la constitución de gobiernos débiles, marginados del consentimiento popular, y cuya vigencia dependía sólo de su aceptación por determinados factores de poder, generalmente de impulso extranjero. Esta construcción artificial impide la creación de gobiernos de grandes líneas y de continuidad histórica y es lo que ahora descubren las Fuerzas Armadas que los respaldaban, y uno de los argumentos justificativos de la actual Revolución. Pero se sigue insistiendo dentro de ella en creer que el problema consiste en la estructuración formal del aparato gubernativo, porque sigue predominando la mentalidad unitaria que atiende a las formas y no a la sustancia. El problema y la solución está en la existencia de un consentimiento que architecture la voluntad del ser con su presencia actora. El consentimiento es el que da el título y la eficacia, y no las formas destinadas a canalizarlo, desvirtuándolo. El hombre es el hombre y no el traje con que se viste, y el buen médico no mira las ropas, sino al sujeto en calzoncillos, cuando no desnudo del todo. Es la cuestión del ser y no (la del cómo ser), según pretende la sofisticación jurídica. (Nota de la 3ª Ed.).

lamentarios, pendiente cada Ministro y cada funcionario de satisfacer a los innumerables líderes de minorías, manejadas desde la sombra. Se restablecerá la dictadura jurídica de un poder judicial intangible —única autoridad permanente y cierta en el nuevo sistema— para que con el manto de una Constitución elaborada de exprofeso, impida con sus fallos la validez de cualquier ley favorable a la liberación argentina.

Disminuidas las facultades del gobierno nacional, so pretexto de federalismo, volveremos al sistema de las oligarquías provinciales, intangibles, que hicieron decir a Yrigoyen: "Las autonomías son para los pueblos, no para los gobiernos". Un federalismo de "boquilla" que ahora tiene de campeones a los elementos de ASCUA, con Erro por capitán, que desde luego se cuidará de no remover las causas económicas del unitarismo, pues esto importaría remover las bases de la estructura colonial que lo ha generado.

Dentro del plan, hay un plan económico, hay un plan cultural, hay un plan institucional. Lo que dije sobre el Plan Prebisch, cuando apareció, ya está plenamente confirmado en lo económico. Lo que digo del plan institucional, está confirmándose sobre la marcha.⁽²⁾

Por ahí dicen que Dios es criollo. No hará falta recurrir a la dramática invocación de Darío. Todo esto es antihistórico y es el sueño imposible de un imperio en agonía y sus instrumentos. Lo histórico es esta Nación, camino del futuro.

(2) Recuerdo al lector que esto se publicó en 1957 y cómo los hechos han confirmado todas mis previsiones.

CAPÍTULO III

RADIOGRAFIA DE UN FOTOGRAFO DE BARRIO

POSICION POLITICA DE LAS CLASES SOCIALES

Dice Martínez Estrada, en el libro que comento (pág. 61), refiriéndose a las nuevas capas obreras: “Tampoco las emancipó, sino al contrario, las sometió a servidumbres satisfechas, solitaria en su agrupación, aumentándoles los jornales, y, más que eso, permitiendo al trabajador libre, no artesano ni especializado —porque no hay que confundir esta especie con la del bracero sin especialización que piensa que se nace sabiéndolo todo—, la fijación ad libitum de sus salarios o el pago ocasional de changas, salario que vino a quedar equiparado al de un profesional o médico a domicilio. Creó un cuerpo domiciliario de haraganes estafadores. Un changador, un taximetrista, un mecánico de radios o de básculas que no entiende su oficio, un plomero, un lustrador de pisos que hasta ayer fueron repartidores de almacén, cobran su trabajo a razón de \$ 30 la hora. Y están tan infatuados que nos humillan con su arrogancia de analfabetos cuando les preguntamos por sus honorarios...” “Ese *lumpen proletariat* tampoco conoce ningún oficio ni quiere aprenderlo; son advenedizos, pigmeos de los

mismos políticos a quienes desprecian, rateros de la prole de los grandes ladrones de despachos ministeriales. No hay otra salida que llamarlos, pagarles y sufrir la estafa porque el caño se desuelda, el mosaico salta, la radio no funciona”.

¡He ahí el hombre en el que se resumen todos estos apóstoles sociales de la literatura izquierdista de cenáculo, los tremendos transformadores de nuestra sociedad a base de “cultura”! ¿De qué otra manera razona la tilinga de Pueyrredón y Santa Fe? ¡He aquí el otro Ezequiel, y el Job, y el Daniel! Todo el Antiguo Testamento de sus abominaciones se resuelve en el cálculo biliar de un pequeño burgués al que le fallan los desagües.

Podría haber agregado que es horrible hacer el sacrificio de llevar la familia a Mar del Plata para encontrar que la habitación de al lado la ocupa la mecanógrafa, el peluquero o el repartidor de leche; que en el restaurante no hay mesa porque lo desbordan gentes que antes no tenían acceso a él; que los camarotes del tren le son disputados por la multitud en fiesta; que cualquiera ocupa un taxímetro y que hay que hacer cola para comprar el pollo “*allo spiedo*” que antes ofrecía reverente el rotisero sin clientela al grave caballero de flácido bolsillo, que lo tuteaba paternalmente al protegerlo con la compra.

La prosperidad de los de abajo, ¿ha molestado a los de arriba? No a los de muy arriba, porque el empresario sabe que esa prosperidad general es condición necesaria de las buenas ventas, es mercado comprador para sus productos. Molesta solamente al escalón inmediato superior, a esa clase de *quiero y no puedo* de la pobreza vergonzante, a quien parece disminuir socialmente el ascenso de los que estaban un poco más abajo, porque se alteran sus jerarquías rutinarias de la importancia social.

Es cierto que la plena ocupación apareja males que son sus inevitables consecuencias. Desde el momento en que se restringe la oferta de mano de obra y el empresario no puede

elegir, disminuye el rinde unitario porque el obrero deficitario baja los promedios y relajando la disciplina del taller incide sobre su productividad de los más capacitados. Esto ocurre aquí y en todo el mundo, pero el empresario sabe que esos inconvenientes se compensan en el mercado de ventas por la presión compradora de la ocupación total. Con desocupación el empresario puede seleccionar sus obreros, pero los compradores a su vez, disminuidos en su poder adquisitivo, seleccionan los precios y las calidades.

Por otra parte, la deficiencia técnica del nuevo asalariado es un hecho de transición que se resuelve por sí mismo a medida que los sin-oficio van adquiriendo la técnica, por un proceso de formación cultural imposible sin la transformación económica que crea las condiciones del aprendizaje.

El radiólogo de la pampa prefiere el mantenimiento de la miseria estratificada por rango social; por eso, es consecuente al promover la separación entre obreros calificados y no calificados, para que la pobreza de unos se alimente de satisfacciones con la pobreza de otros; aspira posiblemente a una sociedad como la hindú, con sus castas organizadas y donde la función del cipayaje es debidamente considerada. Sin embargo, no le aconsejamos viajar porque las condiciones han cambiado mientras él adquiriría las características convenientes.

Postula el escritor una sociedad como la que genera la condición pastoril de la economía.

LA SOCIEDAD PASTORIL

Allá, muy arriba, la clase propietaria del suelo, en un plano donde se mueven los personajes de las grandes firmas exportadoras e importadoras, las altas figuras de la política tradicional y los gerentes de los grandes intereses extranjeros. Su riqueza y prosperidad nunca llegarán a la que puede lograr una burguesía nacional, fundada en la industria y los negocios, pero parece constituir una nobleza y casi puede atribuírsele un origen divino: "fue siempre así", forma parte del orden cons-

tituido y heredado, y su derecho, aun reciente, no molesta a los segundones, aún de origen más cercano.

Después vienen los pequeños propietarios y rentistas, los funcionarios, los profesionales, los educadores los intelectuales, los políticos de segundo y de tercer orden, elementos activos o parasitarios de esa sociedad. Esta clase es pobre, pero lo disimula en la pobreza general; está constituida por los estratos superiores de la inmigración y los de pasados de la clase gobernante —*primos pobres de la oligarquía*—. En ella se reclutan desde los maestros de escuela hasta los sacerdotes y los oficiales de las instituciones armadas, los estudiantes y algunas camadas de obreros calificados.

Esta clase no tiene horizontes. Asiste desde lejos a la fiesta donde conquistadores y cipayos lucen los esplendores de su poder. Está resignada; no aspira a superarse. La esperanza de sus hijos es heredar la modesta posición del padre; no tiene otro horizonte que el empleo público o entrar en una gran casa de comercio, y el título universitario es su máxima aspiración. A su vez, el doctor recién egresado no tiene cabida en su ciudad de origen y debe dirigirse a la campaña; si se queda vegeta en mísero consultorio o anda por los juzgados de paz pichuleando asuntos; si por casualidad siguió alguna carrera técnica, descubre que la producción colonial no tiene cabida para su ciencia. El padre con muchas hijas no sabe qué hacer con las "chancletas", porque su única colocación decorosa posible es el matrimonio con otro pobrecito vergonzante de su misma clase.

La transformación de la economía cambió todo esto. El joven de la clase media desprecia el empleo público y lo llaman las actividades del comercio y de la industria, donde no tiene que hacer las largas colas de las madrugadas, esperando la aparición de "La Prensa" para estar en primera fila de los que se ofertan; el universitario tiene trabajo abundante y hasta se da el lujo de instalarse en la ciudad de sus padres; para el padre prolífero las muchas hijas no son problemas cuando hay salario y ocupación y termina por ser un buen negocio, mien-

tras casarlas es malo, y esto va a darle a la mujer un lugar digno en el marco social. Los muchachos cuyas lecturas no pasaban de "fijas y batacazos", en materia financiera, están ahora al tanto de las cotizaciones de la bolsa; en las mesas de los cafés se habla de divisas y de cambios; todo el mundo tiene algo que ofertar en venta; todo el mundo es comprador de algo; la gente renuncia a los empleos públicos y bancarios para dedicarse a actividades privadas, ante el asombro de los viejos que dicen sentenciosos: "Esta locura no puede durar", recordando el drama de su juventud.

Nos han amolado diciendo que la pasión por el empleo público es producto de nuestra filiación hispánica y que eso no sucede en los países anglosajones, pero ocurre que en cuanto nos asomamos a condiciones económicas parecidas a las anglosajonas, nuestros muchachos proceden como yanquis o londinenses... El comercio internacional ya no es un misterio sólo reservado a unos cuantos alemanes, ingleses o franceses. Resulta que cualquiera puede ser exportador o importador, y la clase media aprende más de todas estas cosas, en unos pocos años, que en medio siglo de enseñanzas financieras y económicas a cargo de la Universidad.

Pero, esta gente está habituada a reverenciar la prosperidad de los cipayos, de las castas del lujo, los negociados entre las altas figuras nativas y los rubios representantes de los imperios, y cada uno siente celos de la prosperidad del otro, sin fijarse en la propia. Es un viejo fenómeno que ya lo vimos también en tiempos del radicalismo, aunque en menor escala: nadie le lleva la cuenta a los automóviles ni a los trajes de un Anchorena o de un Alzaga, ni al míster de la sociedad anónima extranjera, porque se parte del supuesto de que nació para tenerlos. ¡Pero todos se alborotan por el nuevo pantalón del inquilino de la pieza 31!

El Doctor se amarga porque ya no es tan importante; añora el tiempo en que fue el pequeño Dios casero del barrio o del pueblo; la gente lo veía pasar a Martínez Estrada y las comadres del conventillo decían: "Es escritor, sale en los diarios".

Y todos se quedaban mirándolo con los ojos abiertos. Ahora la gente se ha ensoberbecido y esto molesta al señor Martínez Estrada; ni lo mira, del mismo modo que no permite al Doctor que la proteja con su tuteo, y si a más no viene hasta le para el carro. Existen por lo demás muchos sectores verdaderamente lesionados; esto pasó ya en las reformas de Licurgo y de Solón y seguirá siendo siempre así, pues para que la máquina marche es necesario que el émbolo golpee en los dos extremos; ahí están los pequeños rentistas, la gente de entradas fijas, con sus economías lesionadas.

También ofende esa brusca promoción de industriales y hombres de negocios, salidos de su propia fila, con la chabacanería del enriquecido; es la burguesía, que no existía anteriormente, generada por las condiciones económicas propicias y a la que llaman la "nueva oligarquía", cuando es precisamente su negación: clase en constante formación, de altibajos frecuentes, y que suscita la admiración de sus adversarios cuando la ve actuar en los países anglosajones. Pero, este nuevo rico, tan improvisado como el obrero que molesta a Martínez Estrada, es más ignorante que aquél: no sabe que su prosperidad es hija de las nuevas condiciones históricas y cree que todo es producto de su talento. Aspira al estilo de vida de las viejas clases admiradas a las que trata de imitar; tal vez en su escritorio frente a la realidad de los negocios comprende algo, pero le irritan los problemas con el sindicato. No ha adquirido todavía esa suficiencia y esa seguridad burguesa que permiten mirar de frente a la aristocracia; suscita la envidia general, esclavo de sus utilidades de mercado negro que se ve obligado a gastar en automóviles coludos, y cuando regresa a su casa, la "gorda" en trance de señora bien, y la hija casadera, que ya se ha vinculado algo en la escuela paga, ahora quieren apellido y asegurarse un sitio social, aunque más no sea en la sociedad de San Isidro, que es ahora lo que fue el Club de Flores en mi mocedad. De visita, la "niña" y su madre asienten cuando oyen comentar que el "servicio" se ha vuelto insoportable, y las viejas señoras recuerdan la época

en que se recogían chinitas para “hacerles un favor”: “Tan cómodas —dice alguna—, para que los muchachos no se anduviesen enfermando por afuera”. Evoquemos aquel sermón admonitorio del cura Brochero, tan lleno de gracia y de justicia en el amor del pueblo..., y la gente de su parroquia frente a las veraneantes que reclutaban servicio doméstico. Este es el fruto de las meditaciones sociológicas de Martínez Estrada. ¡Para llegar a esa apreciación de nuestros problemas sociales ha nutrido su privilegiada inteligencia con una erudición que nos abruma! ¿Este es el radiólogo de nuestra sociedad?

Martínez Estrada expresa así —en una confesión de su subconsciente— el sentir de un gran sector que, extraviado y deprimido ante el hecho nuevo se siente declasado por sus prejuicios que le hacen ver una derrota donde hay una victoria. Lo pequeño y adjetivo ha sido más fuerte que sus verdaderos intereses sociales y económicos, pues si hay un sector destinado a beneficiarse de la grandeza nacional lograda por la liberación económica, es este intermedio, para quien fue escrita la palabra oportunidad en la transición entre el feudalismo y el capitalismo. Es cierto que por su media cultura de formación anterior, de la etapa semicolonial, tiene los valores éticos y estéticos de la época que perime, pero de sus filas salen los elementos constituyentes de la nueva burguesía, pues la ampliación del mercado interno, con la infinita gama de nuevas posibilidades —que van desde el desarrollo del comercio y de la pequeña industria hasta la abundante clientela profesional— le ofrecen amplias ocasiones dignas y bien remuneradas; igual cosa sucede a los funcionarios y técnicos, y a los constituyentes de las fuerzas armadas, instituciones éstas cuyo verdadero vigor sólo se puede lograr por el desarrollo de la potencia que está implícita en la grandeza nacional; nunca por una política sin destino propio, en cuyo caso les está reservada la función de represión y vigilancia que interesa a los administradores externos de las condiciones del país.

Un aspecto del hecho que estoy señalando ha sido destacado por el doctor Mario Amadeo en su libro “Ayer, hoy y

mañana", de donde tomo lo que sigue: "En las comunidades pequeñas, en las ciudades de provincias o en los pueblos de campo, es donde ese corte horizontal se advierte con más nitidez. En ellos se ve claramente cómo el médico, el abogado, el escribano, el comerciante acomodado, el "placero", forman una reducida corte a la que rodea la desconfianza del *popolo minuto*. Ninguna cordialidad existe entre esos dos grupos, salvo la que accidentalmente puede surgir de vinculaciones personales. Políticamente ellos se llaman "peronistas" y "contras". Pero estas son las designaciones políticas, y por ende superficiales, del hecho más serio y profundo que intentamos destacar: la separación de clase que ha puesto frente a frente a dos Argentinas y que amenaza malograr nuestro destino nacional". "Sí: que ha puesto frente a frente a dos Argentinas. Porque no olvidemos el hecho que la Revolución de setiembre de 1955 no fue solamente un movimiento en que un partido derrotó a su rival, o en que una fracción de las fuerzas armadas venció a la contraria, sino que fue una revolución en que una clase social impuso su criterio sobre otra. Esto acentúa la obligación de cerrar definitivamente el ciclo de la lucha e impone a los vencedores de ser especialmente templados y generosos".

Recuerdo, confirmando este dicho, que en vísperas de la elección de febrero de 1946 visité mi pueblo e indagué a un hermano mío sobre la posición política de la gente de nuestra relación habitual. Pregunté por 15 ó 20 personas conocidas, "placeros" como dice el doctor Amadeo, y todos estaban por la Unión Democrática. Se impuso la pregunta lógica:

—¿Entonces aquí ganará Tamborini?

Mi hermano me contestó, como resultó después:

—¡No! Ganamos nosotros, y lejos. Me has preguntado por los conocidos, pero esta elección la ganaron los desconocidos. —Y agregó— ¿Ves ese moreno que va allí, a caballo? Ese era el abanderado de la recepción a Tamborini y cuando pasó a mi lado me guiñó el ojo.

Digamos ahora que esta separación de las clases, cuando se refiere a esa clase del médico, del abogado, del comerciante,

del rotariano en una palabra, no se ha producido por obra del proletariado. No creo que en la historia del mundo se haya producido un movimiento social de tanta profundidad con menos quebrantamientos en la superficie, con menos dramas, con menos desgarramientos. Está dicho en la carta a Sábato. Por el contrario, esos rotarianos se han beneficiado con el ascenso de las clases colocadas en rango inferior: los profesionales han visto atestados sus consultorios y estudios; y los comerciantes, con un mercado comprador superior a la oferta, han redondeado sus mejores negocios. Tal vez los de ramos generales han sido privados de su poder, al sustituir la banca la función de crédito agrario que cumplían ellos cuando no había banca para los productores argentinos; pero mejoraron sus ventas al contado.

Sencillamente los rotarianos —casi todos los “placeros” lo son— han considerado la decisión popular como un alzamiento contra el orden establecido.

ASCENSO Y CLASES EN RETARDO

Pero, sacando la cuestión de ese enfoque de campanario, lo que ha ocurrido es una falta de correlación en la marcha. Mientras los trabajadores tomaron rápidamente conciencia del momento histórico y del papel que le correspondía, este sector intermedio se quedó en gran parte atrás: no comprendió su papel histórico ni la oportunidad que el destino le brindaba. El proletariado comprendió que su ascenso era simultáneo con la clase media y con la aparición de la burguesía eludiendo la disyuntiva ofrecida por los socialistas y los comunistas. Supo que su enemigo inmediato era la condición semi-colonial del país y que la evolución industrialista representaba una etapa de avances con buen salario y buenas condiciones de vida; no se prestó al juego de los antiguos sindicalistas ideológicos que, conscientes o no, obstaculizaban la formación del capital nacional en beneficio del acopiador extranjero de la producción primaria y barata. El proletariado comprendió la unidad ver-

tical de todas las clases argentinas para realizar la Nación y sólo demandó que en el prorrateo de las utilidades le tocara su parte correspondiente. Esto lo he dicho muchas veces y habrá que reiterarlo ahora sistemáticamente para evitar la desviación que intentan los izquierdistas europeizantes, en el cumplimiento de su función de otro lado de la pinza, que tienen asignada: "lo importante no es disputar las achuras como los perros de los mataderos; lo importante es evitar que se lleven la res y repartirla racionalmente". Entonces hay para todos.

La historia juzgará los acontecimientos contemporáneos, y sociólogos de otra calidad de los que estoy comentando sabrán explicar la razón misteriosa por la cual las clases a las que era accesible el conocimiento de un hecho tan elemental, se quedaron atrás en su comprensión, con respecto a los más humildes. Pero, gran parte de la responsabilidad incumbe a esa falsa cultura, a esa tradición de la "intelligentzia", que se propone señalar este libro. Eso fue el producto de un periodismo, de un libro y de una enseñanza destinados a desvirtuar los hechos nacionales.

Es lógico que sólo obtengan resultados favorables en aquellos más trabajados por ese periodismo, esos libros y esos maestros. Así fue como las alpargatas sirvieron al destino nacional mejor que los libros.

Sin embargo estas clases intermedias fueron las que primero tuvieron conciencia del hecho nacional; las que nutrieron en los años preparatorios del año 1945, desde el nacionalismo, desde F.O.R.J.A. y desde los sectores más capaces y tradicionales de la intransigencia radical, la siembra de la conciencia emancipadora. En las instituciones armadas, en el clero, entre los profesionales, los estudiantes, los pequeños comerciantes e industriales, se formaron los primeros cuadros de la lucha. Mucho después llegó el proletariado a la misma para nutrirla con el elemento básico que le faltaba. Recuerdo que en 1941, celebrando el 6º aniversario de F.O.R.J.A., dije a mis camaradas: "Día por día hemos visto crecer el público alrededor de nuestras tribunas callejeras; sin prensa, porque nos

está cerrada la información que no se le niega al más insignificante comité de barrio; sin radiotelefonía, porque a ningún precio se nos ha permitido el acceso a ella. El idioma que hablamos, que era sólo el de una pequeña minoría y hasta parecía exótico, hoy es el lenguaje del hombre de la calle. Puedo decirles en este aniversario, que estamos celebrando el triunfo de nuestras ideas. Pero estamos constatando al mismo tiempo nuestro fracaso como fuerza política: no hemos llegado a lo social, la gente nos comprende y nos apoya, pero no nos sigue. Hemos sembrado para quienes sepan inspirar la fe y la confianza que nosotros no logramos. No importa, con tal que la labor se cumpla”.

Los que sabemos que sólo somos eslabones, no podemos ser vencidos. Por eso, hablamos siempre el lenguaje de los triunfadores. (1)

(1) No le bastó a Martínez Estrada el lenguaje de iracundo profeta apocalíptico sino que paralelamente difundió su imagen como la de un mísero Job perseguido por la miseria. En un artículo de “Propósitos” dijo que había dejado de fumar pues no tenía para comprar cigarrillos, y en la solapa del libro que se comenta se dice que está pobre y solo. Digamos ahora que cuando falleció cobraba dos jubilaciones, la del Correo y la de la cátedra que no son incompatibles, con lo que excedía los \$ 100.000 mensuales, tenía automóvil, departamento en Buenos Aires y casa en Bahía Blanca, fuera de sus abundantes derechos de autor.

Pero veamos cuál era su situación durante la “Tiranía sangrienta”.

Me he tomado el trabajo de ver el juicio sucesorio de Ezequiel Martínez Estrada, expediente número 187, año 1964, juzgado número 3, secretaría número 5 de los Tribunales civiles de Bahía Blanca donde consta la existencia de dos fracciones de campo que suman 758 hectáreas, 80 áreas adquiridas por compra a doña Francisca Iñurritegui de Igartúa, con fecha 27 de febrero de 1937. Están ubicadas en el cuartel Octavo del partido Saavedra y su valor actual excede los \$ 25.000.000. Por la fecha de la compra es posible que ésta se haya hecho con el importe del Premio Literario Nacional que recibió durante la Década Infame, que como se ve, no negaba estos favores a sus tremendistas adversarios de la “intelligentzia”. Además consta en el mismo sucesorio la propiedad de una casa-habitación en la Calle Alem de Bahía Blanca, barrio residencial, cuya tasación actual no puede bajar de los \$ 10.000.000.

Esta casa fue comprada al Dr. Miguel Julio Rivas Argüello, juez de la época nefasta y durante ésta: ¡el 24 de mayo de 1949!, fecha en que se escrituró por ante el escribano Mario G. Nápoli y se registró bajo el N° 890.

Esto nos permite poner las cosas en su lugar: ni miseria ni persecución. Lo más que le pudo pasar es lo que le sucedió a todos los propietarios rurales alcanzados por la Ley de Arrendamientos y si ésta hubiera sido la reacción confesada de Martínez Estrada sería legítima. Lo que es inadmisibile es esto que digo: ocultar bajo la apariencia de la protesta social la disconformidad de un burgués al que se le tapan las cañerías.

En el caso de Martínez Estrada su anti-peronismo es una repetición de su anti-yrigoyenismo; si como propietario afectado por la Ley de Arrendamientos es un feroz anti-peronista, como burócrata fue anti-yrigoyenista, pues logrado un alto cargo en el Correo, que fue uno de sus primeros ascensos hacia el Premio Nacional, colaboró ampliamente en la confección de listas de cesantías de yrigoyenistas que se hizo en la repartición después de 1930. ¡El burócrata de ayer y el propietario rural posterior, santificado por su moral de tremendista, caso típico de *arielismo*, miraba por sobre el hombre de la moralidad al pobre rascabuche yrigoyenista o peronista que había realizado el sueño de la casita propia, o exhibía infatuado el reloj pulsera con malla de oro!

Con esto queda explicado —hipocresía de propietarios o de burócrata— toda una literatura de ensayos evasivos que ocultan el compromiso. Así resulta claro que Martínez Estrada nos diga que: “sería ociosa toda averiguación del sentido de nuestra historia y de los demás países sudamericanos si se prescinde del problema moral del mestizo” y que “el gaucho era eso: resentimiento” Abelardo Ramos en “Crisis y resurrección de la literatura argentina” (Ed. Indoamericana - 1954) que cita lo anterior comenta: “Arrojar sobre los hombros del mestizo y de la fusión racial las desgracias de una nación en formación, constituye una de las tesis más placenteras y más difundidas que el imperialismo contemporáneo puede acoger en nuestros días”. Además permite cargar sobre los hombros de los Pizarro o los Garay, la responsabilidad del mestizaje. Si los conquistadores españoles no hubieran convivido con los indígenas y muchas veces abusado de sus mujeres, los problemas no existirían. Por eso no existen en Estados Unidos donde los anglo-sajones no cohabitaron con las damas nativas: simplemente las liquidaron junto con los machos.

Muy bien anota Juan José Sebrelli en “Martínez Estrada una rebelión inútil” (Ed. Palestra - 1960): “Un acontecimiento catastrófico ocurrido en el principio de nuestra historia —el asesinato del indio y el acoplamiento forzado de la india con el conquistador español— se ha aferrado subconscientemente, según Martínez Estrada, al recuerdo de

ese pasado que ha devenido una maldición. La culpabilidad de esos crímenes impedirá para siempre la creación de una auténtica comunidad sobre la tierra maldita..." "...el argentino no tiene una historia profana, que transcurra en el tiempo continuo, sino una historia sagrada —o maldita lo mismo da— que transcurre en un tiempo eterno. Cualquiera de nuestros acontecimientos históricos no es más que una ceremonia de transfiguración, en la que bajo formas rituales y simbólicas, se revive un acontecimiento arquetípico ocurrido en los albores de la nacionalidad".

Muy bonito y muy cómodo ¿Qué más puede pedir la oligarquía y el imperialismo sino que sus adversarios cristalicen la historia en una fatalidad más cercana al psicoanálisis que a la política? ¿Cómo no sentar a la mesa del prestigio, de los premios, de la publicidad, de las academias, a estos *adversarios* tan colaborantes? ¿Y cómo perderse todo eso porque un "peludista" o un "cabecita negra" planteen el conflicto en términos concretos y actuales?

Ya ve Ud. en qué se funda ese "status" de la "intelligentzia" en que las partes se apuntalan recíprocamente y del que se hablará más adelante.

Es lo que dice Fermín Chavez ("Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina") - (Ed. Theoria - 1965) refiriéndose a los dos volúmenes de su obra: "Muerte y transfiguración de Martín Fierro". "En esta obra el autor quiere explicar por la vida privada de José Hernández, con la ayuda de Freud y de Kafka, lo que en realidad se explica sencilla y llanamente por el régimen mitrista que impera en la Argentina, que ha de continuar Sarmiento con leves variantes personales". Así, el gigantesco, barbudo y "machazo" José Hernández se convierte en un "tirifilo" necesitado de asistencia psicoanalítica. Como el psicoanálisis no estaba en los papeles de la medicina contemporánea, Hernández descargó sus complejos inventando al gaucho, la frontera, la Ley de Vagos, etc. Entre los complejos está, por ejemplo, no firmar con el apellido de la madre que era Pueyrredón, con lo que tal vez se explica que Martínez se agregue el Estrada, "per sicola" y sin complejos.

Agrega Chaves: "El intento de Martínez Estrada es en cierto modo original y lleva a cabo su tarea con rara habilidad. Elude constantemente la historia real de nuestra sociedad en el período mencionado, y alude permanentemente a los personajes más prestigiosos de la literatura universal. Se entromete en la vida privada de nuestro primer poeta épico, y se desentiende de lo que ocurría en la Argentina interior en tiempos de la Triple Alianza".

"En realidad, se trata de transferir a causas desconocidas lo que es históricamente comprobable y claro. Se trata en definitiva de relevar al *mitrismo* de toda culpa histórica para acusar al *Inconsciente* del poeta Hernández de oscuro resentimiento".

Las distintas alas de la "intelligentzia", por distintos caminos concurren al mismo rumbo. Si para Borges y los suyos Hernández no es más que un poeta, y el personaje un delincuente orillero, para Martínez Estrada es una cuestión psíquica; la finalidad buscada es siempre la misma: ocultar la realidad y la influencia del medio histórico-social para destruir el valor del documento. En todos los casos la técnica es la misma, y si Guido Spano es sólo un mal poeta, Andrade deja de tener importancia como tal en cuanto desentona en su prosa, y Sarmiento y Alberdi en cuanto se rectifican u ofrecen otras perspectivas que no son dignos de recordar.

Sobre este aspecto un libro fundamental para el análisis de nuestra cultura: "Imperialismo y cultura" de J. J. Hernández Arregui señala cómo Borges trata de envasarlo a Lugones exclusivamente como poeta hurtando su múltiple personalidad y su angustia de argentino en busca de un rumbo, que explica su desorientación pero también su pasión de búsqueda, constreñida por las exigencias que el medio creaba al intelectual. Así dice a este propósito: "Lugones, que jamás declinó su preocupación por lo argentino, que padeció su destino, que por vía poética le dio forma a ese ser colectivo nacional negado por la clase política gobernante, y que además, consumó en su persona el sacrificio de una generación intelectual postergada, merecerá para Borges el calificativo de poeta puro, y así, a media luz, denegará su tarea reivindicatoria de lo nacional que mucho más que su obra poética formal le asegura definitiva permanencia en nuestras letras". Borges dice: "Lo esencial en Lugones era la forma. Sus razones casi nunca tenían razón; sus adjetivos y metáforas casi siempre. De ahí la conveniencia de buscarlo en aquellos lugares de su obra no maculados de polémicas", es decir, de la búsqueda de la verdad cualquiera fuere el extravío de los caminos.

Continúa J. J. Hernández Arregui: "Los lugares polémicos de Lugones, eran precisamente su afirmación de lo argentino, amén de que fue el *descubridor* del "Martín Fierro". En otras palabras, la polémica era el país. Pero Borges prefiere al poeta ya nada seductor de "Lunario sentimental" y no al historiador de "La guerra gaucha", casi genial desde el ángulo de la reconstrucción histórica. Que también es arte. Lugones es el historiador de las multitudes sin apellido de la tierra americana. Las mismas que execra Mitre cuya tradición continúa en literatura Jorge Luis Borges. Montoneras más bellas que las metáforas que le sirven de soporte y más heroicas que los próceres enanos de la historia oficial".

¿Qué importancia tiene que Martínez Estrada, u otros de la misma laya, estén en la supuesta izquierda, o que Borges y los de su ralea estén en la supuesta derecha? La misma que puede tener el caballo de la derecha o el caballo de la izquierda en el tiro de un carro; de cualquier lado que sea ladero, en conjunto tiran para el

cadenero, que es el que da la resultante en el teorema de composición de las fuerzas. Y no olvidemos ahora que si en el pasado los intelectuales, los que así se auto-califican, pudieron ser perturbados por un deslumbramiento, estos de ahora tienen una clara conciencia del trabajo que hacen. Ya lo hemos visto con Martínez Estrada, tipo representativo de un ladero. Enseguida lo veremos con Borges, que cincha del otro lado.

El compromiso de la "intelligentzia" permite comprender al "mujik", al negro norteamericano, al vietnamés y al "guajiro". También al gaucho y al mensú muertos. Pero la cosa cambia cuando se trata del país concreto y en acción... (Nota de la 3ª Ed.).

CAPÍTULO IV

EL INTELLECTUAL QUÍMICAMENTE PURO

Pensaba dedicar este capítulo al intelectual puro. Y nada más indicado —si un botón basta para muestra— que hablar de Jorge Luis Borges, que es su quintaesencia. Artífice o artesano de la belleza en las letras, tal vez para eludir la deshumanización que se le imputa, ha descendido de su torre de marfil para decir sus palabras en el debate que agita a los hombres del común. En eso estaba, cuando Julián Barrientos, mi personaje de las letras gauchescas, me puso en la mano lo que va más adelante.

Tal vez el lector encuentre que en lo que dice hay algún resquemor personal. Es cierto, pero no he querido suprimirlo porque el personaje comentado, sacado de su técnica, es pequeño y se mueve en la minucia de esas mismas cosas que encontrará el lector. Iremos así hacia su propio medio para cocinarlo en su propia salsa.

Y ahora habla Barrientos:

“Allá, para fines del cuarenta y tres, mi amigo Nicolás Martín, grandote él y medio colorado, irlandés de origen y por lo mismo paradójico, echó un fallo, que no lo puedo olvidar. Si será paradójico mi amigo que siendo demócrata y progresista es “demócrata progresista”, o sea, de un partido de izquierda con hombres de derecha por nacimiento, profesión o

casamiento. Él me pronosticó que un coronel recién aparecido en la política argentina les iba a juntar la cabeza a todos. Me dijo:

—No ves que tiene en contra a los doctores, los artistas, los periodistas, los profesores, los escritores, los intelectuales en una palabra. No hay como equivocarse; cuando ellos se juntan, el pueblo se va para el otro lado. No sé si es causa o efecto, pero es así. Y fue nomas.

Es que éstos, que se llaman a sí mismos intelectuales, de tan afanados de saber lo que pasa en las otras casas, nunca saben nada de la propia.

Fue siempre así; en tiempos de los federales, en tiempo de Yrigoyen; ayer, hoy, mañana y siempre. Yo lo sabía porque andaba entonces ocupado en leer historia vieja, de esa nueva que escriben los revisionistas. Les pasa a los intelectuales lo que a don Pantaleón Acuña, que supo tener campo por mi pago. Era de los antiguos y su hacienda, criolla toda, guampuda y de muchos pelos. De viejo, las muchachas lo obligaron a usar "breeches" y por los pantalones le subió la "cultura". Fue una vez a la Rural y cuando volvió, con los prospectos en la mano, entró a clasificar: a las pampas las declaró Herefords, a las oscuras Aberdeen Angus y a las coloradas, Shorthorns; después a un entrevero de yaguanés y barroas les fue poniendo Jersey y Guernesey.

Los intelectuales en política son así. Primero estudian el catálogo y después clasifican por analogía lo que ven en su país. En cuanto hay una pueblada, porque revientan las cinchas artificiales que otros doctores le han puesto a la realidad, andan como los chicos buscando figuritas difíciles, para nominarlas. Y una vez que le han puesto nombre se quedan lo más satisfechos, mano sobre mano, porque ya lo saben todo. La última moda es llamarle nipo-nazi-fasci-falanjo, etc., a lo que no entienden. Ahora hay otra palabrita que va a hacer furor: "cripto". ¡Linda palabra! ¿No?

Además son de mala índole. Les gusta empujar para que otros peleen. Me acuerdo de la carta de Juan Cruz Varela a

Lavalle aconsejándole el fusilamiento de Dorrego. Después esconden la mano. "Cartas como ésta se destruyen", le decía... Ahora es Ghioldi —que se disfraza de político pero es intelectual, aunque a éstos les duela— el que dice que "se acabó la leche de la clemencia" y aconseja fusilar. Estos socialistas, de tanto ordeñar el presupuesto, no ven más que leche por todos lados; ¡hasta en la sangre! (1).

A los intelectuales les gusta empujar para que peleen los hombres.

Pero hay que cuidarse de ellos. Son como esos chicos que a la salida de la escuela se andan ofreciendo para tener el

(1) Cuando los sucesos de 1956 Norteamérico Ghioldi desde las columnas de La Vanguardia aconsejó fusilar: "SE ACABO LA LECHE DE LA CLEMENCIA", dijo. Esta reminiscencia lácteo-sangrienta parece inspirada en la tragedia shakesperiana. En algunas traducciones de "Macbeth", Lady Macbeth impreca a su marido por sus vacilaciones antes de asesinar a su rey y amigo y lo acusa de haber sido "amamantado con la leche de la clemencia". En este caso, Lady Macbeth-Ghioldi, tal vez temió que Aramburu hubiera sido amamantado en tetas parecidas y desde luego prefería las que amamantaron a Rojas. De todos modos es interesante comprobar cómo un personaje de sainete puede introducirse en el escenario de la tragedia, aunque más no sea glorando a un clásico.

Lo que fue clásico, sin reminiscencias ni imitación, es el modo en que murieron los fusilados, con la sobria dignidad del gran estilo; de generales a músicos, de jefes y oficiales a sub-oficiales, escribieron con su sangre una página de historia que cuando las cosas se coloquen en su orden correspondiente servirán para limpiar muchas páginas sucias. Aunque más no sea porque "un bel morire tutta una vita onora".

Que para instigar el crimen Ghioldi haya recurrido a la expresión de Lady Macbeth, me parece bastante lógico porque en los dos casos la ambición fue el motivo determinante. Pero confieso que me resulta difícil imaginar a este personaje frecuentando esa clase de lecturas. Pensé después que la expresión la había recogido de segunda mano, pues fue muy usual en la restauración borbónica, después de la caída de Napoleón, particularmente en el grupo del Marqués de Brancas, a cuya inspiración revanchista se atribuyen muchas muertes, entre ellas el fusilamiento del Mariscal Ney. La asociación resultaba bastante lógica pues en los dos casos —la restauración borbónica en Francia y la restauración oligárquica en Buenos Aires—, prevaleció el espíritu de re-

saco. Pero no les vayan a tocar un pelo porque entonces gritan a coro, los de uno y otro lado. Ellos empujan al militar y al zapatero, les llenan la cabeza de chismes al marino y al trabajador, al patrón y al peón, y cuando la gente entra a matarse, ellos tienen "coronita". ¡Al intelectual no!, gritan, como quién dice: las mujeres y los niños primero. ¡Los privilegiados de la inteligencia! Y la tierra se va cerrando sobre los que ellos empujaron. Muy casual que salga un hombre, de entre esos, pidiendo un cuchillo. Ellos están a la retaguardia, de boletineros. Eso sí, para pegar en el suelo son como mandados.

El que lea a los que comento podrá verlo.

vancha, que es lo que señala el título de este libro, aunque es un poco difícil la equiparación social de don Norteamérico y el marqués.

Pero después vine a descubrir que la erudición de don Norteamérico tiene un origen mucho más doméstico y conciliable con su "cultura" de fermentario socialista, pues en el "Diccionario mitológico y literario", publicado en 1952 por doña Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, esposa de nuestro personaje, la autora dice respecto de Lady Macbeth:

"Pero en Macbeth existe todavía una conciencia moral que le dicta reparos y le frena en la acción. Anhela el mal pero no se atreve a realizarlo". Parece que como Lord Macbeth, los gobernantes vacilaban para fusilar y hacía falta una instigación decisiva. Don Norteamérico resuelve hacer el papel de Lady Macbeth y usa las expresiones de la clásica instigadora que simplemente ha recogido corrigiendo amorosamente las pruebas del libro de su cónyuge, que, recordemos, es "edición de la autora". En la página 264 del libro de doña Delfina se transcribe el dicho de Lady Macbeth: "Desconfío de su naturaleza. Está demasiado cargada de la *leche de la ternura humana* para elegir el camino más corto. Te agradaría ser grande, pues no careces de ambición; pero te falta el instinto del mal que debe secundarla".

Así resulta que no es en el clásico, ni tampoco en los revanchistas de la restauración borbónica, que don Norteamérico bebió su láctea instigación. Esta nació sencillamente de la colaboración marital en las largas noches de invierno en que corregía los originales o las pruebas; así la imagen de Norteamérico Ghioldi glosando a la iracunda Lady Macbeth, es sustituida por la de un apacible pequeño burgués que tiene la madeja abierta con las dos manos mientras al tibio calor de chimenea, su Penélope practica su labor de aguja literaria.

De todos modos yo les tengo lástima. Nunca han probado ese gusto varón que pone el peligro en la boca de los hombres. ¡Pobre de ellos!

De indiferenciados les viene la crueldad y les cabe la afirmación del Mahatma, un sucio caudillo de una plebe sucia al que hubieran llamado nipo-nazi-falanzo, etc., de haberlo conocido, aplicando el cartabón que lo mismo sirve para Alemania o Italia que para América del Sur o la India. Para eso son cultos.

Me acuerdo del loro de un inglés que conocí en el Chaco; al loro y al inglés. De pichón fue de un paraguayo, y llegó al inglés de mano de un chacarero checoeslovaco. Era un loro culto: guaraní, español, checo e inglés; se zafaba en cuatro idiomas pero nunca acertaba con el del oyente.

Me llegó aquí, a esta costa del Cebollatí, donde estoy sino muy a gusto, mejor que en el Sud donde me habían reservado alojamiento, lo que dijo Jorge Luis Borges en Montevideo en una conferencia de prensa del mes de Junio; algo de complejos de culpa, necesidad de lonjearse en penitencias colectivas, y cosas por el estilo.

Lo recuerdo a ese Borges. Sabe su oficio. En alguno de sus buenos versos lo recuerda a un abuelo que fue coronel de los que pelearon, y hasta parece, con orgullo. Medio lo protege al indio, que no era tan culto como él. Seguramente cree que vale menos. Estas cosas son según se mire. Memorio que en el remate de la estancia El Cazador, en Escobar, que fue de don Cecilio López, dos de los concurrentes, gente de nuestra buena sociedad, de esos que antes que ahora poco, y ahora otra vez, van al Colón, comentaban: —¡Pobre don Cecilio! ¡Lo que le han salido los hijos! ¡Artistas!—. Se referían a los López Buchardo.

Así puede ser que en rueda de coroneles comenten del abuelo: —¡Cómo se vienen abajo las familias!— Y no estoy en eso con los coroneles, pero cuando se trata de los que hacen la guerra. Pero eso está también muy venido a menos.

Hablando de este Borges, me acuerdo de un prólogo que

le hizo a un libro mío. Comenta una patriada, que viví y es su tema, y dice que "la patriada es el único rasgo decente de la odiosa historia de América". Ahí lo tienen pintado al hombre. Toda nuestra historia es una porquería, odiosa, hasta la que hizo el abuelo. Hubiera sido francesa o norteamericana, turca o de Palestina, tal vez le hubiera resultado simpática al escritor. Si lo hubiera oído el abuelo, se corta... el brazo para no hacer historia que no le iba a resultar al nieto, tan fino él.

Bueno. Volviendo al tema. Por el año 33 anduve de revolucionario por Costa Uruguay, viniendo del Brasil. Caí preso en Bonpland, después de dos combates y algunos días de monte. Me dieron el recado de un compañero caído, para echarme, y tuve suerte porque a los que agarraron los primeros días los despenaron sobre el terreno y les sacaron las carchas; delante de mis ojos colgaba de un alambre la oreja cortada de un compañero, misionero el finado. El jefe de la situación había pelechado con las carchas y le cruzaban la barriga las cadenas de tres relojes ajenos. Lo mismo que las direcciones de diarios ajenos a los intelectuales. ¡Y hasta gritan cuando se las sacan olvidando que son del finado o del Estado, si la herencia es mostrenca!

A los dos días de estar le mandé a una paisana de al lado, para que me las lavara, mis pocas pilchas. Después me acordé que en una costura se habían ido doscientos pesos, hijos únicos de madre viuda. Me callé, primero porque el calavera no chilla, y segundo, para no beneficiarlo al de las tres cadenas, que se hubiera quedado con ellos; les hice la cruz a los doscientos. Caía la tarde cuando se me arrimó un gurí trayendo la ropita.

—Dice mi mama que no es nada; que ella también es de la gente de Yrigoyen. —Y agregó, mientras me los alcanzaba: —Aquí están los doscientos que iban en la costura.

¡Pobrecita! Nunca habría visto tanta plata junta. Ella no era una intelectual; era sustractum social, *lumpen-proletariat*, cabecita negra, chusma, todo eso que dicen los in-

telectuales. Pero no tenía la dureza de corazón de que habla el Mahatma. Para ella era un caído. No la movió como puede creerse la solidaridad política; la movió ser mujer tal como las paren y como ellas paren, sin las desfiguraciones que da la ilustración.

Estuve cuatro meses preso en Corrientes con Dellepiane⁽¹⁾ —mejorando lo presente, aclaro que el otro—, Zumalacárregui, Etchepare y Llorente. La vida y la muerte nos ha dispersado como un tiro de bolas, pero todavía nos ligan los tientos del recuerdo. Eramos presos de un gran caballero, que además era Juez Federal (a veces se da el juego), Amado Sosa, muy pecador de la carne, que por sus virtudes de alma debe estar ahora sentado a la vera del Señor, por más que dragoneaba de los que ahora dicen “cripto”. Y esto será si Dios no tiene algún intelectual que lo aconseja al lado, aunque creo que de esa hacienda habrá pocos en esa estancia. La revolución había sido contra Justo —que ahora me están demostrando era la democracia y la virtud republicana—, y los del Comité Nacional del Radicalismo, para salvar responsabilidades, declararon en un manifiesto que los sublevados debíamos ser agentes provocadores. Quise poner una flor sobre esos muertos injuriados —cincuenta o sesenta sobre trescientos que cruzamos el Uruguay— y escribí un poema gauchesco: “El Paso de los Libres”, con la intención de dar a la prensa unas anónimas cuartillas. Le mandé los borradores a Homero Manzi, mi amigo, y éste me los devolvió diciéndome que Borges, a quien yo no conocía, le había pedido prologarlos.

Voy a hacer aquí un paréntesis para hablar de Manzi y mostrarle a estos intelectuales cómo trabaja por su país un culto, pero que a la vez es un hombre.

(1) Me refiero a Luis Dellepiane que fue presidente de F.O.R.J.A. y tuvo destacada actuación pública; y el equívoco podría surgir de la existencia de un hermano que en el grado de almirante figuró como Jefe de Policía Federal en la época en que un titulado “capitán Gandhi” la ejercía de hecho, como suma autoridad en la persecución política.

Manzi nació poeta. Fue poeta y de los buenos, desde la infancia; mucho antes que García Lorca fuera conocido, el mismo género de lirismo y la misma calidad campeaba en los versos de aquel muchacho de barrio. Estaba Manzi en la conscripción, cuando me dijo un día: "Tengo por delante dos caminos: hacerme hombre de letras o hacer letras para los hombres". Y así fue como sacrificó la gloria, para dar su talento a una labor humilde, convertido en letrista de canciones. Cumplió esa tarea, lo mismo que Discépolo, asumiendo el deber de jerarquizar el arte de su pueblo. Y esto lo hizo conscientemente, sacrificadamente, arrojando por la ventana la gloria que deslumbra a los que buscan la consagración literaria.

También estará a la vera del Señor, a pesar de sus muchos pecaditos; habrá llegado por el camino de la humanidad que no conocen los doctos.

Para que vean que Homero sabía cómo se hacen esas glorias, voy a contar una anécdota.

Fue en la casa vieja de "La Nación", un día que juntos fuimos a llevar una noticia de F.O.R.J.A. —qué, como todas no publicaría—. Llovía torrencialmente —aunque no era la estancia de "El Mojón"— y en el zaguán, contra una de las paredes estaban cuatro hombres en fila india. Me dijo Homero: —Mirá estos hombres libres; están encadenados. El primero es Rómulo Zabala, de la casa de los Mitre; el segundo, que le hace la corte, es Mallea, director de la página literaria; el tercero, que le hace la corte a los dos primeros, es el rusito que Mallea tiene de secretario; el cuarto es Enrique Larreta. Éste le hace la corte a los tres: a Zabala, a Mallea y al rusito. Larreta tiene treinta millones de pesos y podría escribir sus sonetos en mármol y afear las esquinas con ellos. Es federal por convicciones históricas y por la sangre, pues es nieto de Oribe. Pero no se anima a confesarlo. Está prisionero de la máquina de hacer prestigios literarios, como su atuendo del retrato que le pintó Zuloaga.

Este Larreta es el mismo que ha dicho sobre el petróleo

esas sonceras que salieron en "La Nación" como si hubiera dicho santas palabras. Porque además, esto de ser intelectual hace de cada uno un pico de la Mirándola, y como intelectual parece ser el novelista y el poeta, el arregla huesos y el ave negra lo mismo que el boticario y el historiador, todos son opinantes de todo, con tal de que les den patente, cosa que viene de tomar té con Victoria Ocampo o salir un poco seguido en letras de molde.

Yo nunca he podido entender a qué título, por ejemplo, es más importante que la opinión de Luis Angel Firpo la de Alejandro Ceballos cuando se trata de un problema de cambios, o la del mismo Larreta, que la de un peón de Yacimientos, cuando se trata de petróleo. Pero son autoridad. Pasa con esto lo que dijo Julio Camba de Waldo Frank, que es más o menos así: la autoridad que Waldo Frank tiene en Estados Unidos reposa en la autoridad que tiene en Sud América, y la autoridad que tiene en Sudamérica reposa en la que tiene en Estados Unidos. Y era así nomás, porque en cuanto le tocaron los respetos a Waldo Frank en Buenos Aires ya nadie le llevó el apunte en Nueva York, y como nadie le lleva el apunte en Nueva York, ya nadie le lleva el apunte en Buenos Aires.

Esto de cómo se fabrican los prestigios, que es cosa de no tocar ciertos temas y no revisar ciertas consagraciones, me recuerda un suelto de Homero Manzi, en uno de esos periódicos que nacen para gritar cuatro verdades y morir enseguida —que son los únicos que podemos tener los paisanos—. Después que nos balearon en la calle Florida, desde las ventanas de "La Fronda", allá por el treinta y uno, Ignacio Anzoátegui, que acababa de publicar "Vidas de Muertos", nos soltó un brulote. Homero contestó:

—Usted, que se ha metido con todos los próceres menos con uno: el que dejó un diario de guardaespaldas...

Recordando a Manzi me salí de rastrillada. Volvamos a ella. Con el aval de Borges como prologuista, le puse la firma al libro. Era un trabajo de preso, como un cabo de

naipe o una de esas lapiceras. Regalo de pobre en que sólo "se aprecea la buena voluntad", pero Borges le dio valor en unas preciosas páginas donde le pronosticó "la amistad de los hombres y de las guitarras", diciendo que estaba en la línea de Ascasubi y de Hernández. Borges firmó el prólogo en "Las Nubes", que es la casa de Amorim, en el Salto Oriental. Pero debe haber bajado de las nubes, pues en una conferencia que dio hace tres o cuatro años en la S.A.D.E., sobre los gauchescos, mencionó a todos —oro, plata, cobre y lata— menos al prologado. Yo no puedo creer que haya sido por motivos políticos, porque sé que Borges es un amante de la libertad de pensamiento. Si no lo creyera dudaría de todo. ¡Da miedo pensar lo que sería un Borges de tirano, con la sartén por el mango, si es tan castigador con una cosa tan chiquita como una pluma y un olvido!

Pero uno no sabe verdaderamente bajo qué apariencia se esconden los dictadores. En 1955 ayudé con unos pesos a un teatro independiente. Fue entre el bombardeo de junio y la revolución de setiembre, y en ese teatro representaron la versión española de "Julio César", hecha por el poeta recientemente fallecido Vicente Barbieri. El horno no estaba para bollos, el Gobierno teceleaba, y se conspiraba por todas partes. La versión de Barbieri era bastante intencionada y la dirección también; había que verlo a ese Bruto cuando se entonaba, diciendo, más o menos: "Naciones aún no nacidas en idiomas aún no dichos, repetirán nuestros nombres". Era un Shakespeare que pedía a gritos un Rigoberto⁽¹⁾. además el traductor repartía entre los concurrentes un prólogo que quemaba. Yo, que era el caballo blanco, no me opuse

(1) Rigoberto es el nombre del matador del dictador nicaragüense "Tacho" Somoza.

Se suspiró mucho tiempo antes de la revolución de 1955 por un Bruto, y hay una anécdota al caso, que se la cuelgan a Lucas Padilla.

El Dr. José de Apellániz, vieja y consulta figura de los altos círculos cargaba a la juventud del Jockey Club pidiendo un asesinato

a la representación; el Gobierno tampoco. Y no pasó nada, salvo al pobre Bruto —un muchacho que prometía—, y que desde entonces no ha podido sacarse de encima un aire de senador romano galgüeando por las calles de Buenos Aires. Pero pasa que después ocurre una revolución y un crítico teatral lo molesta con un comentario a Barbieri. Este reacciona mandándole una carta al director de la revista "Qué", donde después de injurarlo al crítico, lo embiste al director porque le permite escribir a un peronista, raza de gentes que no tiene derecho a opinar, según Barbieri. ¡Si es casi de agradecer que esté un milico y no un intelectual en el candelero! Al fin, lo que éste hace está dentro de su oficio, que es hacerle la diligencia a los hombres, pero Dios nos libre de libertadores intelectuales.

El mismo Borges, para lucirse, contestando una encuesta de "Esto Es", cuando era de los dueños —porque ahora es de cualquiera, desde que se ha restablecido el orden jurídico— sobre el tema: "Cuál es el mejor libro de los últimos cincuenta años", fue tan ingenioso que contestó: "No tengo ninguna duda de que de hacerse esta encuesta antes de la Revolución de septiembre, todos habrían dicho que el libro de una señora ya fallecida, escrito por un español de apellido Penellas". Borges, que sabe todos los chismes en materia de letras, debe haberse informado del rumor de que ese libro fue escrito de primera intención para la señora de Roosevelt. En ese caso, la boca se le habría hecho a dos lados elogiando. Ese chiste de mal gusto sólo puede ser hijo del odio. Pero no la odiaba tanto a la finada por política como por bonita.

patriótico. Cuentan que un día increpó a un grupo de jóvenes entre los que estaba Lucas Padilla, y Lucas le contestó:

—¿Y por qué no lo mata Ud., Dr. ...?

—¡Porque soy viejo —contestó éste.

—Si se trata de matarlo, Dr., no de... amarlo.

(Aquí Lucas habría empleado un término más explícito.)

Se non é vero é ben trovato. (Tota de la 3ª Ed.).

Conozco

Aquí, en la ciudad, entre los ricos, al tipo de hombre como Borges, cuando chico, le dan libros para que se entretengan de noche, y así algunos resultan escritores. En el campo de puro brutos que somos, de noche les atamos las manos. Es la única forma de que se levante despejados.

Yo no digo que Borges no tenga motivos para estar enojado; lo echaron de un empleo que tenía en la Municipalidad, donde revistaba como inspector de ferias y con una revolución. Con otra lo hicieron director de la Biblioteca Nacional. Algo hemos ganado, porque lo veo más para director de biblioteca que para andar mirando balanzas y almacenes rosados.

He leído últimamente una revista: "Contorno". Escribe allí un mozo, Viñas, que creo es uno que yo nombré y eché de un empleo. Pero éste no respira por la herida, y trata de ser útil al país desde su punto de vista, que, desde luego, no es el mío. Este ve el blanco y ve el negro, balancea y hace su juicio. Ese juicio no nos es favorable, pero es un juicio de hombre. Este muchacho pinta para intelectual, pero no se despinta de varón; y además trata de ver al país como hijo del país. Es otra cosa que "un intelectual libre". Estoy seguro que es capaz de "ponerse" detrás de una idea, como el padre. Tal vez, en alguna ocasión tengamos intelectuales de esta laya, aunque sean adversarios. Ojalá no los echen a perder las malas juntas que trae el oficio, y los sometimientos que se impone a los hombres libres. Viven de eso, aquí como en Roma o en la Italia del Renacimiento. Del mecenazgo, que es dinero y fama. Un té de Victoria o una columna de "La Nación" abren la puerta.

Estos intelectuales tienen dos modos de comer: dando las gracias a cada bocado o rezongando; igual que los perros, que hay de las dos layas. Pero siempre están al lado de los grandes intereses, de la prensa grande, de las agencias noticiosas, etc., que es donde está la comida que les conviene. No hay que hacerles juicio a los que gruñen mientras comen;

nunca están del lado del guarda del tranvía que les cobra el boleto ni del peón que les ensilla el caballo. Están con los peones, con todos los peones del mundo; con los guardas, con todos los guardas del mundo; con los pueblos, con todos los pueblos del mundo; así en abstracto. Ellos están con la libertad, pero nunca han seguido al vigilante gritando: "¡Que lo larguen!", a un preso de carne y hueso. Están con la humanidad y eso los libera de la obligación de estar con lo humano. No sé si me explico. Pero los Mecenas los entienden y saben que sirven para distraer a la gente de las cosas concretas. Más aún, cuando alguno hace una cosa concreta, de esas que ellos ponderan en abstracto, le empiezan a buscar pelos en la leche para decir que no está bien, por esto o lo otro, ya que "el que hizo la casa se ensució con el barro edificando".

Hasta aquí llega Julián Barrientos. Borges le ha servido para pintar a su manera un medio, una mentalidad, una técnica, un estilo de vida. Y para contraponer otras figuras, la mayoría modestas, coincidentes o no con él, pero colocadas en el drama auténtico de su pueblo y demostrar que también el artista tiene una tarea que en general no cumple.

Me pregunto qué quedará de Borges y de su fina labor de aguja, de su *petit-point*, si nuestro destino no se cumple, si lo que se ha puesto en marcha se detiene, y en mísero retorno nos quedamos en la frustración de todas las posibilidades argentinas, apéndice lejano de una metrópolis, sin creación propia, sin nada.

Porque Borges, y los como él —no importa la insignificancia del hombre, sino la grandeza del artista— no trascenderán en la historia sino es con la patria que los haga trascender. Tenemos que luchar por ellos: ellos también son parte de nuestro destino, y a pesar de ellos darles un lugar en la historia cumpliendo en la historia con nuestro deber.

CAPÍTULO V

SILVANO IRAZUSTA Y JULIO SANTANDER

DEL ABATE GALIANI AL ABATE FARÍA

Es difícil considerar por separado a los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, a pesar de ser tan distintos en sus físicos y caracteres. Altos los dos, Julio es delgado y aguileño, parco, y al parecer poco dado a imaginaciones; más bien hombre de trabajo metódico y ordenado, todo lo ordenado que no parece Rodolfo, que es grueso y de poderosa armazón ósea, ostentoso, imaginativo, pronto en el decir, rico en ademanes que en el otro son mesurados. Siempre juntos, parecen hacerlo todo en colaboración, desde la fundación frecuente de partidos políticos a los manifiestos con que los inician y terminan. Son además solidarios para ponderarse recíprocamente, condición ésta que sí enaltece la fraternidad en algo perjudica la modestia.

Después de leer el libro de Julio Irazusta "Perón y la Crisis Argentina" he buscado inútilmente alguna referencia a la intervención de Rodolfo en el mismo. No la hay. Pero el que ha leído "La Argentina y el Imperialismo Británico", guardando las distancias que hay entre este libro y el que comento, sospecha la colaboración fraterna.

En aquel libro, que lleva la firma de los dos hermanos,

está clara la frontera entre el trabajo de uno y otro, pues hay una evidente diferencia entre la primera parte, que debe ser de Julio y la segunda que atribuyo a Rodolfo.

Esto explicaría el contraste, en el libro que comento ahora, de los dos o tres primeros capítulos —y esto es ajeno al juicio que merezcan sus dichos— con el resto del contenido. En ningún momento el autor recuerda quién es, y quién sabe si a los lectores, que lo han respetado, y para cohonestar la falta de seriedad informativa nos trae de los cabellos aquella cita del Doctor Johnson: “Si para todo lo que se dice de la política hubiese que dar pruebas fehacientes, la historia no se podría escribir”.

Al tocar el tema de los conflictos de Perón con la Iglesia, Irazusta recuerda la conocida frase de León XIII, que resultó profética: *Qui mange du Pape est meurt*. Recuerdo que un poco antes de septiembre me encontré en la Avenida de Mayo con el pintoresco y conocido lego Fray Pedro, quien me dijo lo mismo en términos mucho más franciscanos: “El general no sabe que la carne de prete es indigesta”. He recordado esta anécdota porque la desproporción entre el lenguaje del papa y el lego es la que hay entre las primeras páginas del libro que comento y su continuación. Pero no puedo afirmar que ésta sea de Rodolfo ya que Julio asume íntegramente su responsabilidad.

No dedicaré mucho espacio a las fantasías económicas de Julio Irazusta. En la página 135 nos advierte sobre el origen de sus conocimientos: “Mi maestro de economía y finanzas, el abate Galiani, me lo había enseñado en su *“Della Moneta”*. El dicho es un tanto equívoco y deja perplejo al lector: ¿Tuvo don Julio Irazusta una educación dieciochesca, con abate y todo, en un Chateau a orillas del Guauguaychú? ¿O simplemente compró el libro del abate Galiani en un kiosco?

A los historiadores del futuro queda la solución del interrogante.

Lo cierto es que en este libro la influencia preceptiva del abate Galiani, sólo se hace sentir en las primeras páginas.

Después aparece decisivamente la influencia de otro abate: el abate Faría, famoso preceptor del Conde de Montecristo, en un novelón con tesoros y espías que habrá de merecer su aceptación por Hollywood, y anticipa la aparición de Santander, como suma autoridad.

Sin embargo el autor cree haber escrito un trabajo de carácter económico-financiero.

Los hermanos Irazusta están un poco entonados porque son los únicos contradictores a quienes el experto Prebisch hizo el honor de contestar. Sería un error de juicio por parte de don Julio colocar esta distinción en el mismo rango de la que le ha hecho Santayana. Sabrá don Julio, como hacendado que es, que en los rodeos nunca falta un paisanito ladino que cuando ve un animal mal pisado, aprovecha para pecharlo y "alzarlo por los elementos". Téngalo presente y sabrá por qué fue elegido entre los contradictores; ésto lo hará más prudente en lo sucesivo para administrar las informaciones fraternas y sus conocimientos técnicos.

LAS "FUENTES" DE LOS HERMANOS IRAZUSTA

La información contemporánea no es el fuerte de los hermanos Irazusta. Recuerdo que en la madrugada del 3 al 4 de junio de 1943, me encontré en el restaurante "Edelweiss", de la calle Libertad, con los dos hermanos. Habían quedado en el local de F.O.R.J.A. unos trescientos muchachos con sus gorras blancas, dispuestos a participar en los acontecimientos. (Aprovecho esta oportunidad para decir que los trescientos radicales de gorra blanca, actores en los sucesos del 4 de junio a que se refiere Mariano Montemayor en su folleto "Las dos revoluciones del 16 de septiembre", eran esos.)

Así que me senté, los hermanos Irazusta me propusieron participar en una conspiración encabezada por el General Menéndez; dejé dilatar la conversación hasta que una persona que había citado entró y me confirmó la noticia esperada con una señal. Entonces les contesté: "En este momento están

saliendo de Campo de Mayo las tropas sublevadas. ¡Pero es otra Revolución!”

No sé si me habrán perdonado la sobrada. Pero lo que sobre todo no han perdonado es a los que hicieron una revolución sin consultarlos.

Por este libro nos enteramos de que siguieron conspirando —tenían cañoncito propio— y pudieron haber triunfado en 1951, si el General Menéndez le hace caso a Rodolfo que es el estratega de la familia (pág. 11). Al fin el General Lonardi hizo suya la táctica aconsejada —de la periferia al centro— y el movimiento triunfó. Supongo que la literatura de este género es la que llevó al general Luis González a dictar su conocida conferencia en el Círculo Militar. ¿Para qué romperle a los muchachos la cabeza haciéndoles leer a Clausewitz y otros gringos totalitarios, habiendo tanto “civilaco” capaz?

Para dar una idea de la utilidad que puede haberle prestado el abate Galiani a don Julio Irazusta, al introducirlo en los conocimientos económico-financieros, bastará con señalar el entusiasmo con que destaca el descubrimiento de su hermano Rodolfo —¡cuándo no!— en la designación *libras-lápiz* al sistema inglés de contabilizar su deuda con nuestro país. Cree su hermano, y con él el autor, que la cuenta debió componerse de libras oro o papel, depositadas en un tesoro a nombre de la Argentina. No corresponderá este sistema a la contabilización internacional de los créditos, pero es el más adecuado para los descubrimientos de un discípulo del abate Faría, y que en algo se parece a la idea bancaria que tenía un chacarero que conocí en Resistencia, el cual depositaba su dinero todos los días, a la hora del cierre bancario y lo retiraba a la hora de la apertura, para que el Banco no trabajase con “su” plata. Lo utilizaba como tesoro. Y en esto no va una defensa del sistema emisor, que es de la época de Prebisch. Y menos de que pagásemos intereses por nuestro crédito, que esto sí, es un invento de Prebisch.

Es así como nos da el producto de sus medulosos estu-

dios en las páginas finales, con una nueva invención del paraguas: el secreto de nuestra economía está en vender la carne en dólares. Con esto el señor Irazusta no habrá descubierto nada nuevo desde el punto de vista económico, pero se agrega un nuevo laurel como historiador: ha descubierto el otro huevo de Colón.

Por el mismo camino y después de coincidir con Martínez Estrada, en criticar la emigración de *los pueblos florecientes*, de los desocupados de sus suburbios, hacia las ciudades industriales que le ofrecen ocupación, afirma que hubo una política anti-industrial, sin reparar en el contrasentido.⁽¹⁾

Las "fuentes" en que apoya esta tesis son la poca fortuna de la firma Ballester Molina y lo que ocurrió con el Instituto Massone. Y eso es todo. Para el señor Irazusta una golondrina hace verano, y bastará que a una firma le haya ido mal, para sostener que la industria fue perseguida y no apoyada. Yo desde aquí, en Montevideo, y sin otros elementos que mi memoria, puedo recordar la evolución de esa firma desde su origen en la Salinera Española, firma muy meritoria en sus iniciativas, y recuerdo su primer automóvil, el Hispano Argentino, del que deben hacer veinte años, y sus fábricas de armas. Pero ni la antigüedad, ni el espíritu de iniciativa, bastan para acreditar la capacidad técnica y financiera. Recuerdo, sí, que las armas eran buenas y que el Estado, en la época cuestionada, le hizo compras cuantiosas, y que aun se llegó a vender al extranjero cantidades apreciables. Tal vez el señor Irazusta tendría que hacerle algún cargo a Fabricaciones Militares por haber comprado la patente Colt, al establecer su fábrica de armas livianas, en lugar de la Ballester, pero eso no reza con la política industrial de un gobierno sino con la opinión técnica de los militares. De todos modos no se puede

(1) Scalabrini Ortiz señala como índice del crecimiento industrial la diferencia entre los 86.440 establecimientos de 1946, y los 181.733 de 1954; el aumento del consumo de combustible que pasó de 10.813.000 metros cúbicos en 1945, a 15.700.000 metros cúbicos en 1954.

fundar en un hecho aislado, que se contradice totalmente con la estadística, con la evidencia, y hasta con el resto de sus propios argumentos, la crítica de una política económica. Siempre de memoria, y sin acceso a la documentación, aprovecharé para destacar una política industrial, así como en defensa de la nacionalización de los ferrocarriles —que Irazusta impugna— lo que se ha hecho en materia de suministros a los mismos, que cuando eran extranjeros traían del exterior hasta los letreritos en que va pintado el destino de los vagones. Hoy en el país se producen llantas, ejes para vagones, cigüeñales para locomotoras, cilindros, calderas, zorras de vías, repuestos de todas clases, material para vías y obras, sistemas de señalización, etc. Le daré algunas direcciones, ya que su sistema es el del informe personal: Locomotoras F.A.D.E.L. (Fábrica Argentina de Locomotoras); Vagones de carga: Burriasco e Hijos (María Juana, Santa Fe); Zorras de vía: Musikansky (San Martín, Bs. As.); Llantas y ejes: F.O.R.J.A. (Córdoba), a la que acaba de agregarse la entonces iniciada por A.C.I.N.D.A.R. (Santa Fe); Coches subterráneos: Basseler y Cía. (Avellaneda); Calderas: Mellor Goldwin; Remolcadores: A.S.T.A.R.S.A.; Barcazas: Astilleros Tigre y Caristeno; Diques Flotantes: A.S.T.A.R.S.A. y Astilleros Tigre; Remodelamiento de locomotoras a vapor: Dante Luis Porta y A.S.T.A.R.S.A.; Tranvías y Trolleybuses: Talleres de T.V.A.; Motores Diesel: FIAT (Córdoba).

Pero el “experto” Irazusta no se conforma; prefiere la imaginación.

Distinto es el caso del Instituto Massone, que puede argüirse como política industrial, si no de mala política de la otra. Para endulzarle esta información le recuerdo también los caramelos Mu-Mu. ¿Pero se puede decir algo sobre esta mala política después de la destrucción sistemática de industrias que se ha hecho por motivos políticos —aunque ésta es otra política de alcances más lejanos— con el pretexto de la recuperación patrimonial?

Abunda el autor sobre la falsedad, hecha lugar común,

de la destrucción del agro, a la que ya me he referido con alguna extensión. Para quien quiera más datos sobre el particular lo remito a mi trabajo sobre el Plan Prebisch, titulado "El Plan Prebisch, retorno al Coloniaje". De paso también el señor Irazusta se ocupa de las compras del I.A.P.I., repitiendo los conocidos argumentos difundidos por los vendedores rurales de Chevrolet y Ford, tan ignorantes como el señor Irazusta de que en los años inmediatos a la guerra, y mientras los países productores hacían la reconversión de sus líneas industriales, estuvieron absorbidos exclusivamente por el abastecimiento interno, y de que las exportaciones estaban regidas por el permiso previo establecido para las materias críticas. Como aquéllos, ignora el señor Irazusta que aun la compra de los sur-plus de guerra era tenazmente disputada en un mercado superabundantemente comprador, y que en los tiempos inmediatos a la paz era más difícil obtener la oferta de mercadería que el permiso de importación.

LA TÉCNICA DE LA TRAICIÓN

Pero toda la novela del señor Irazusta se desarrolla con la ingenuidad del folletín, en el campo del posibilismo y la fantasía.

A una obra de imaginación no se la puede contestar y eso es todo el resto del trabajo, en cuanto se refiere a la negociación de los ferrocarriles y a las transacciones con Gran Bretaña.

Cabría aquí lo de Clifton Brok: "Nada hay más peligroso para la mente que un falso absoluto..."

Pero, en cambio, el señor Irazusta nos da la clave de su tesis. Vamos a remitirnos a ella para descubrir las raíces de su arbolito de navidad.

Toda la argumentación parte de este razonamiento: El personaje incriminado ha sido espía alemán; Inglaterra lo descubre al terminar la última guerra y lo extorsiona poniéndolo a su servicio. Todo el edificio reposa sobre este hecho del

espionaje. ¡Y este hecho se prueba por el testimonio del señor Santander en su libro "Técnica de una Traición"!

Aquí el señor Irazusta está en su propia especialidad, la de historiador. Cuando toca su violín de Ingres, lo económico-financiero, es admisible que desafine. Merecerá a lo sumo una sonrisa piadosa. Veamos cómo aplica el historiador el método de Descartes.

No es una afirmación deducida, la de que la clave de todo lo que dice está en el dicho del Sr. Santander. Es una afirmación expresa del mismo señor Irazusta (pág. 222): "Sin la verdad de la historia contada por Santander, el caso Perón no se explicaría. Pues el hecho de que el hombre sometido a la influencia inglesa en la forma que hemos probado concluyentemente, hubiese empezado estando subvencionado por los alemanes, es el dato decisivo para explicarnos la enormidad de su conducta. La pendiente que suele llevar a los hombres del servicio secreto a perder todo el sentido moral y volverse agentes dobles es conocida".

Remarquemos bien: si lo que dice Santander es verdad todo se explica; si no es verdad, o no se prueba que es verdad, nada de lo que ha dicho Irazusta se explica. Estamos, pues, en el nudo de la cuestión. ¡Un momento decisivo de la historia argentina se resuelve por la veracidad que merezca el señor Santander y las pruebas por éste aportadas!

Esto obliga al señor Irazusta, que por añadidura es historiador, a la más rigurosa hermenéutica.

Nada dice al respecto el autor, lo que nos obliga a hacer nosotros el análisis:

I. — Antecedentes personales del señor Santander, objetividad, seriedad, conducta anterior y posterior. Me abstendré de opinar: el señor Santander es un hombre público y cada lector tendrá juicio personal sobre él.

II. — Medios de que se valió el señor Santander para procurarse la documentación. Convendría determinar en primer término si el señor Santander es hombre de fortuna para haber hecho un largo viaje a Europa, acompañado por asesores.

(Esto resulta de sus declaraciones ante la Comisión de la Cámara de Representantes del Uruguay). Si no tenía medios, quién se los proporcionó y si éste fue un particular, una empresa o una nación extranjera.

III. — Posibilidades de acceso a la documentación. Si ésta era de acceso público a quien la solicitaba, o si este acceso era un privilegio, o si sólo se proporcionaba cuando el país poseedor de ella tenía interés.

IV. — Si en el supuesto de que el señor Santander haya viajado por medios propios y la documentación haya sido accesible a cualquiera, qué autoridad dio ese acceso; y si fue un gobierno de los beligerantes, si éste tuvo o no tuvo interés en perjudicar al gobierno argentino.

V. — Si los documentos publicados en el libro corresponden fielmente a los originales auténticos o fraguados que se habrían proporcionado al señor Santander, lo que hace necesario el cotejo.

VI. — Si el señor Santander ha ofrecido los negativos correspondientes a la fotografía que publica, a autoridad calificada, para juzgar su autenticidad.

LA INVESTIGACIÓN QUE NO HIZO EL HISTORIADOR

La veracidad de los dichos del señor Santander y su documentación ha sido cuestionada judicialmente por los señores general Peluffo, doctor Juan Carlos Goyeneche y doctor Carlos Iburguren ante los tribunales de justicia, sin que el señor Santander haya ofrecido la prueba de cualquiera de los elementos que conforman sus imputaciones. Ha habido en el ejército Tribunales de honor para considerar casos como el del general Von der Becke. ⁽¹⁾ Pero, el señor Irazusta no se

(1) En prensa este trabajo el general Von der Becke ha dado a publicidad el fallo del Tribunal de Honor, que califica de burda falsificación el libro que sirve de fuente al "historiador" Irazusta, y hasta identifica la persona del falsificador en el famoso Jurgues.

ha tomado el trabajo de proveerse de esos antecedentes que estaban a su alcance. Más aún, creo que el señor Irazusta debe ser amigo personal del Dr. Goyeneche, y lo debió ser del extinto Dr. Ibarguren. Señalo que este celoso historiador, si acepta la validez de un documento publicado por Santander en su libro tiene que aceptar la de todo el contenido del mismo. Y más: si uno sólo es inexacto se cae todo el edificio. No sé si el Dr. Goyeneche y los descendientes del Dr. Ibarguren se han apercebido de la solidaridad implícita que el señor Irazusta asume, por el hecho del libro que comento, con las imputaciones del señor Santander. Porque como el señor Irazusta acepte que uno sólo de los documentos es falso, destruye todos los documentos de Santander, de manera que la fe que hace en uno de los documentos lleva implícita la fe en todo el contenido.

LA TÉCNICA DE UNA TRAICIÓN... A UN HISTORIADOR

Pero, el señor Irazusta no ha hecho ningún análisis del libro ni de las piezas. Lo acepta de plano. Tampoco se ha tomado el trabajo de informarse sobre las impugnaciones hechas, ante los tribunales respectivos, tanto por Goyeneche e Ibarguren como por los generales Peluffo y Von der Becke. Ha procedido en este caso, como en todo el libro, sumándose a la injuria derramada en toneladas de papel y aprovechando que muchos de los impugnados no disponen de recurso alguno para defenderse: ni prensa, ni tribunales de justicia; y que muchos se hallan en prisión.

Tampoco ha tomado la precaución de hacer el análisis extrínseco del libro de Santander. Si lo hubiera hecho estaría enterado de que entre la edición uruguaya y la edición argentina, hay notables diferencias, algunas de las cuales paso a señalar.

Así, en la página 33 de la edición de Buenos Aires *está omitido el cheque 662.114 del 28-6-1941 librado al general*

Carlos Von der Becke por la cantidad de \$ 50.000.— que aparece en el lugar correspondiente de la edición uruguaya. Este mismo general desaparece en la mención de un epígrafe de la página 32 que existe en la edición uruguaya y no en la argentina. En la página 37 al renglón 36 de la edición argentina, se agrega un texto inexistente en la edición de Montevideo: *“En estos submarinos se trajeron riquezas invaluables y a éstas se las denominó el tesoro nazi”*. Es posible que el señor Irazusta haya hecho la vista gorda a estas alteraciones que le permitían crear el suspenso y el tesoro, necesarios al folletín. El capítulo lleva el título: *“La llegada misteriosa del submarino”* (pág. 37). En la página 39 de la edición argentina se ha eliminado una lista de nombres que figuran en el texto correspondiente de la edición uruguaya, y está alterada la redacción a partir del renglón 7. En la página 44 vuelve a omitirse al general Von der Becke, pues parece que la edición argentina tiene alergia a este nombre tan difundido en la edición uruguaya, seguramente a mérito de su origen germano. Lo mismo le habría pasado al general Ike Eisenhower, por razones de fonética, si en lugar de nacer bajo la bandera de las bandas y las estrellas hubiera nacido bajo la azul y blanca.

Por último, y para abreviar, señalemos que en la edición argentina, en la nota al pie del capítulo 4º pág. 80, se agrega un largo párrafo inexistente en la edición uruguaya, donde se explica a base de *“habría”, “pretextaría”,* y otros condicionales, que el famoso tesoro está ahora en Suiza.

Estoy escribiendo estas líneas cuando recibo de Río de Janeiro un recorte de *“Tribuna da Imprensa”*, de la primera quincena de noviembre ppdo. (1957), donde se informa del paso por dicha ciudad del señor Santander, quien en conferencia de prensa explica el objetivo de su viaje. *“Viajo, dice, para Alemania, y me dirigiré después a Inglaterra e Israel, cuyo gobierno me invitó. Estoy firmemente convencido que aún hay muchas cosas desconocidas relacionadas con el tesoro de Hitler y tengo el firme propósito de proseguir mis investi-*

gaciones comenzadas en 1953. Varios líderes nazistas, entre ellos el conocido colaborador de Hitler, general Galland, están directamente envueltos en el asunto. Puedo afirmar que en los últimos días de 1954 se realizó en casa de Galland, en Córdoba, una conferencia internacional de líderes nazistas, fascistas y falangistas, presidida por el propio Perón. Entre otros líderes fascistas participó en la reunión Oswald Mosley, líder fascista inglés". Agregó, además, que a poco de la revolución libertadora, un grupo de militares de tendencia nazi facilitó la fuga de Galland para el exterior.

Es evidente que el señor Santander no ha revelado a su discípulo señor Irazusta todos los datos del tesoro y le está sacando ventaja. Siempre sucede así en los folletines que están llenos de planos falsos y datos equivocados. Por lo menos, ahora sabemos por cuenta de quién viaja el señor Santander; por cuenta del gobierno argentino y más adelante del israelí.

Yo no sé qué opinión tendrá el señor Irazusta de estos libros de quita y pon, donde los personajes aparecen y desaparecen según las ediciones. En la técnica de los folletinistas es frecuente resucitar al difunto; pero en la del escándalo, los objetivos que se persiguen son otros. Intimidar, beneficiarse y "aínda mais", diré bajo el influjo de "Tribuna da Imprensa" que me trae "saudades" de la lengua de Camoens.

MÁS DOCUMENTACIÓN SOBRE LA TRAICIÓN A UNA TÉCNICA HISTÓRICA

Por mi parte, he leído, aquí en Montevideo, las actuaciones de la Comisión Investigadora designada por la Cámara de Representantes, a raíz de imputaciones parecidas hechas por el señor Santander al Senador Haedo. En las diversas oportunidades que el señor Santander compareció ante la Comisión a declarar sobre el contenido de una carta privada entregada al señor Morelli, donde se formulaban las imputaciones, reconoció no tener en su poder prueba fotográfica de la imputación. Preguntado sobre cuál de los protocolos existentes, se-

gún su dicho, contenía la imputación, contestó con esta maravillosa precisión: "Uno de ellos". Preguntado qué gobierno poseía ese protocolo, dijo que el mismo estaba en Berlín Oriental, e interrogado sobre si sería fácil tener acceso al mismo, contestó: "Por momentos es fácil y por momentos muy difícil y peligroso". Interrogado si sería posible a los servicios diplomáticos del Uruguay, obtener acceso a los mismos, contestó con la misma precisión: "Si las cosas fueran corrientes y normales o naturales, sí"; agregando más adelante: "Si ustedes lo hacen oficialmente me parece un poco difícil por la situación cambiante de la política de oriente y occidente". El gobierno uruguayo gestionó por intermedio de su Ministerio de Relaciones Exteriores los antecedentes que pudieran obrar en los famosos protocolos y no obtuvo ningún resultado. Los telegramas de los representantes diplomáticos del Uruguay son concluyentes al respecto: o los gobiernos requeridos no tenían antecedentes, o si los tenían no se los querían proporcionar al gobierno de una nación que había sido su aliada en la última guerra. Es curioso que en cambio se los hayan proporcionado al señor Santander, a no ser que el señor Santander haya sido más aliado que el Uruguay. O cabe otra hipótesis: que los documentos existan, pero que sean producto de una falsificación, y que los gobiernos aliados no consideren correcto proporcionarle documentos falsificados a un gobierno responsable, pues esas cosas sólo se proporcionan a los irresponsables.

Pero, hay algo más. Ante la insistencia de la Comisión Investigadora, el señor Santander termina por expresar que las pruebas no están en su poder, pues las ha remitido a un organismo privado llamado "Unión Internacional de Abogados", radicado en París, en cuyo poder se encuentran, para que se pronuncie sobre la validez de los documentos.

Pues bien, la Embajada del Uruguay en Francia recibe un telegrama del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República del Uruguay, cuya parte pertinente dice: "Sírvese informar telegráficamente en forma confidencial sobre la na-

turaleza e importancia de la "Unión Internacional de Abogados" que tendría su sede en ésa. También interesa saber si el Doctor Silvano Santander ha hecho alguna gestión ante esa organización".

A esta segunda pregunta, contesta el Embajador: "831. Persona citada segunda parte telegrama B5680 no lo conocen ni tuvo relación con institución mencionada. Stop. Vía aérea. Firmado: SAENZ".

Sin comentario.

UN VALSECITO CON EL SEÑOR SANTANDER

Ahora el señor Santander viaja, y no sería extraño que hiciera algunos arreglitos. De paso podemos esperar otro libro, donde no sería difícil que aparezcan algunos "criptos" (y vayan poniendo las barbas en remojo los correligionarios intransigentes del señor Santander y algunos generales desafectos a la visión democrática y libertaria del mismo).

De la mano del abate Galiani, hemos pasado a la del abate Faría, y de la de éste a la del señor Santander. En mi mocedad alcancé a bailar los últimos lanceros, y recuerdo la cadena, una figura en que se iba cambiando de pareja tomando la mano de la dama siguiente, primero con la derecha, después con la izquierda, para terminar valseando con la que llegaba en el momento indicado por la música. El señor Irazusta baila en este libro su "lancero", y termina la figura en un valsecito con el señor Santander, de quien se convierte en caballero y por quién da fe. Es lo que sucede al investigador con preferencia por el "lancero".

Como experto económico-financiero, el señor Irazusta todavía no ha empezado. Como historiador termina aquí. ¿Quién va a creer de ahora en adelante en la seriedad de sus investigaciones, cuando ha recurrido a fuente de tal naturaleza y ha prescindido de las más elementales reglas de sana crítica? ¿Quién va a creer en su criterio, en su hermenéutica, cuando

teniendo todos los elementos de juicio delante de los ojos, ha hecho suyo el gazapo?

Diré, para atenuar la situación del señor Irazusta, que ha sido víctima del "cuento del tío".

Sabido es que el secreto del cuento está en lo que en la jerga se llama "el yeite", que consiste en aprovechar el punto sensible del "candidato"; en unos es la codicia, en otros el sentimentalismo. En este caso pudo ser el odio, o la vanidad excesiva o una oculta y recién aparecida afición al suspenso y la búsqueda de tesoros.

De todos modos los revisionistas tendremos que revisar la historia *revisada* por el señor Irazusta. No lo vemos, a pesar de este mal paso, en el panteón de la historia oficial bajo el ala protectora del neo-mitrismo, sentado a la izquierda de Rivera Indarte, con cuyas tablas de sangre tiene tanta analogía, en cuanto al método y la seriedad de información, el trabajo que comento. Pero la pasión de Rivera Indarte nació en medio de la pelea, y el señor Irazusta revela una temperatura que no se concilia, ni con su modalidad anterior, ni con sus actividades de "revolucionario secreto". Aquel pegó en el combate, y éste pega en el suelo; y queriendo pegar a un hombre pega a un capítulo de historia argentina que es el que ha trabajado más seriamente por nuestra emancipación, cualquiera sea el arrastre de errores y de aciertos, y si se quiere, de virtudes y crímenes. Es que el señor Irazusta no ha tenido presente al pueblo como el actor más importante de la tragedia. En rebeldía contra el pensamiento de la "intelligentzia", viene a coincidir con la misma. Parece que se ha acercado a la posición nacional, solo desde el ángulo pequeño del ganadero. Ha visto los novillos y no ha visto los hombres, creyendo que las soluciones son altamente técnicas y no sociales. Casi todo el "nacionalismo" se ha depurado o se está depurando de su incompreensión de lo social, hasta en los estratos que provienen de las viejas clases dominantes. Es lamentable que esto no ocurra con el "señoritismo" pueblerino. Diré que estamos en presencia de un "placero" de pueblo

que por excepción no es rotariano y frecuente con éxito las altas cumbres del pensamiento. Pero no baja de las cumbres a la esquina del café y a la cancha de fútbol, donde tiene todavía que aprender las primeras letras del alfabeto de la realidad. (1)

Por ver el personaje sin ver las causas profundas dentro de las cuales debe ser interpretado —sin necesidad de que esto determine el juicio sobre las calidades propias del mismo— no ha podido escapar a la común actividad de la “intelligentzia” y las malas compañías y comparaciones que de ella resulta. (2)

(1) Para consuelo de don Julio Irazusta reproduzco el telegrama que bajo el título revelación, publica “La Nueva Provincia” de Bahía Blanca el 26 de noviembre de 1966. ¡Diez años después de su libro!

París, 25 (UPI). — Jacques Delarue, empleado público francés e historiador, reiteró hoy que el régimen de Juan Domingo Perón vendió seis mil pasaportes en blanco para que fuesen utilizados por nazis que huían al final de la segunda guerra mundial.

Entrevistado por United Press International, Delarue dijo que el acuerdo fue negociado en Estrasburgo, Francia, el 10 de agosto de 1944, por el general alemán von Leers, nacido en Sudamérica, a cambio de “considerables fondos” que fueron puestos a disposición de Perón.

Delarue, autor de una “Historia de la Gestapo”, que se ha publicado en catorce naciones, manifestó lo que antecede en conferencia dictada el 19 de noviembre ante un grupo antinazi llamado “Club 44”, en Chaux-de-Fonds, Suiza. Forma parte de la comisión internacional de expertos contra el resurgimiento del nazismo, derivación de la Unión Internacional de Luchadores de la Resistencia y Deportados, la cual cuenta con afiliados en doce naciones y cuya sede se halla en Bruselas.

Como fuente de esa “revelación” citó a Hubert Halin, secretario general de la unión, belga, el que a su vez manifestó que “ese asunto es bien conocido”, agregando que obtuvo la información en un libro titulado “Técnica de una traición”, escrito en 1953 por el señor Silvano Santander. (Nota de la 3ª Ed.)

Si mal de muchos consuelo de soncos, el historiador Julio Irazusta puede alegrarse de no haber sido el único que hizo “entrar” el Sr. Santander. Diez años después, Santander sigue encontrando clientes como este “historiador” Jacques Delarue, autor de una “Historia de la Gestapo” que nos remite al través de otro historiador, Hubert Halin, que allí bebió, como nuestro prestigioso revisionista a la límpida fuente de

la "Técnica de una traición". Pero me parece que este Delarue y el Halin ese, no son precisamente zonzos, sino industriales del mismo negocio que el Sr. Santander. Y yo no creo que el Sr. Irazusta sea industrial. "A tout seigneur, tout honneur".

Este telegrama es una demostración contemporánea de cómo se construyen los mitos históricos; el Sr. Irazusta nos ha demostrado en nuestra historia la técnica operativa, que a través de citas y citas de citas va construyendo "el monstruo" que se le vende a la opinión pública en las escuelas, en los libros y en los periódicos con transmisiones y retransmisiones que van consolidando la mentira. La tarea del historiador revisionista es precisamente esa; seguir el rastro para encontrar el Santander que está en la base de todo, con lo que se deshace la pompa de jabón inflada de transcripción en transcripción. ¡Y justamente es un historiador revisionista el primero que entra!

¿Comprenderá ahora el Sr. Irazusta cómo sin ponerlo al nivel de Borges y Martínez Estrada, era preciso marcarle su mal paso dictado por la pasión, hasta en defensa de su propia labor histórica?

(2) Julio Irazusta ha publicado posteriormente un libro sobre don Tomás Anchorena, prócer de la Independencia (y Ministro de Rosas, lo que lo excluye del procerato). Sé que no ha recibido de los descendientes del mismo la más leve nota de reconocimiento. Si no estuviera "empacado" conmigo a consecuencia de este libro no hubiese experimentado esa sorpresa pues leyéndome se hubiera enterado de algo que he dicho al respecto: que los Anchorena de esa rama no quieren que les menten el pasado federal de su apellido, prefiriendo atenerse al usufructo de las ventajas adquiridas entonces, sin los inconvenientes que les hubiera significado una lealtad histórica, en la sociedad que puso en penitencia durante más de medio siglo a los amigos de don Juan Manuel. Esa es la razón por la que dije que "pudiendo tener un González Arrili u otro «académico» con cama adentro, con el sueldo de un mucamo", para historiar su pedigree, han preferido arrancarlo de las exposiciones rurales. (Dicho esto con la salvedad del Dr. Manuel Anchorena que es de otra rama menos obligada, y que cultiva una conducta y una mentalidad conforme a la tradición del apellido. Pero éste, a diferencia de los otros, no le hubiera negado a Rosas la rendición de cuentas que les pidió en la pobreza, sobre los negocios que les administró. Por el contrario, ha visitado muchas veces la tumba de Southampton para rendir su homenaje.)